



# EL GRAN SECUESTRO

## (Omnia sunt communia)

Pr. Joaquín Yebra

Vallecas-Villa, Madrid, y Primavera de 2013

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE VALLECAS-VILLA

*“Todas las personas somos igualmente valiosas para Dios. Por eso procedemos del mismo origen y hemos sido redimidos con el mismo precio: La sangre de Jesucristo. Por consiguiente, no hay fundamento para establecer jerarquías entre los humanos.”*  
*Joaquín Yebra.*

## Contenido

INTRODUCCIÓN .....	1
EL ABUSO DE LA VOZ "IGLESIA" .....	5
UN CIELO DIFUSO Y UNA IGLESIA OSCURA .....	16
EL EVANGELIO DE JESUCRISTO HA SIDO SECUESTRADO .....	21
ANARCOCRISTIDAD .....	26
EL CICLO DE VIOLENCIA .....	39
EL MEJOR ESTADO ES ENEMIGO DE CRISTO .....	51
JESÚS Y LOS POBRES DE LA TIERRA .....	66
LA DECEPCIÓN Y EL GÉLIDO INVIERNO ESPIRITUAL DEL CRISTIANISMO ORGANIZADO .....	90
¿PARA QUIÉNES ES EL REINO DE DIOS? .....	106
UNIRSE A JESÚS NO ES HACER FILOSOFÍA PARA OCIOSOS. ....	114
LA AGONÍA DE LA FALSA CRISTIANDAD .....	135
EL ADVENIMIENTO DEL REINO .....	142
LA IGLESIA QUE JESÚS QUERÍA Y SIGUE QUERIENDO .....	152
CONCLUSIÓN .....	163

---

## INTRODUCCIÓN

Urge volver a nuestro Señor Jesucristo para hallar en sus palabras y en su praxis las respuestas que el mundo necesita. Pero estamos convencidos de que semejante retorno resultará cada día más difícil dentro de las instituciones religiosas organizadas, comprendidas las que se autodenominan *“iglesias cristianas”*.

Escoger ese nombre, como cualquier otro, es gratis, pero tal elección no significa necesariamente que el contenido responda a las implicaciones del mismo.

Mientras que en la mayoría de los círculos evangélicos se habla de temas que no interesan realmente a nadie, o algún predicador fundamentalista amenaza a su auditorio con lluvias de fuego y azufre, golpeando su Biblia y los tímpanos de los oyentes, y en el catolicismo romano se gasta saliva y tinta hablando del control de la natalidad, del divorcio y los preservativos y otros anticonceptivos, fabricados incluso por empresas en las que hay intereses de instituciones eclesiásticas, muchas personas solas, desesperadas y maltratadas no se sienten escuchadas ni acogidas por quienes afirmamos ser discípulos de Jesucristo. Estamos locos de atar. Y lo peor es que no queremos verlo ni hay nadie interesado en atarnos.

Tratamos de comunicar a todas nuestras posiciones y posturas como iglesias cristianas respecto a determinados temas y asuntos de la vida y la convivencia social, pero los que sufren se preguntan a quiénes aman las iglesias verdaderamente, y cómo les amamos, de qué manera práctica.

A la vista está que nuestras reivindicaciones no suelen ser a favor de los sufrientes y desposeídos, sino principalmente centradas en nuestros propios derechos. He conocido manifestaciones ante embajadas de países donde han sido asesinados nuestros misioneros, contra el cierre o amenaza de clausura de nuestros locales de culto; a los católicos les he visto organizar protestas y manifestaciones multitudinarias contra las distintas leyes a favor del aborto provocado; pero no conozco que haya habido convocatorias desde los púlpitos para manifestarse contra la legislación más que abusiva en materia de desahucios. Tampoco tengo noticias de que en medio de la crisis actual se haya producido algún gesto de parte de la iglesia de Roma para renunciar a algún porcentaje de las asignaciones estatales que su institución recibe de varios ministerios, ni que los miembros de la Conferencia Episcopal hayan prescindido de parte de su sostén a favor de las familias en situación de precariedad extrema. No hay anillos episcopales ni cruces pectorales en las tiendas de empeño. No hay vergüenza.

Este mundo actual nuestro, precipitado por un deslizadero generado por el sistema capitalista, basado en la avaricia y la explotación salvaje de los pueblos por parte de las familias oligárquicas nacionales e internacionales, apenas sobrevive bajo el cautiverio

de sistemas políticos y económicos que han esclavizado por siglos a los hombres, y siguen haciéndolo mediante métodos cada día más complejos y sofisticados.

En medio del espejismo producido por la viscosa red de ideologías encontradas, de espaldas a la voluntad de Dios expresada en el Decálogo, como Mandamientos Divinos de su Constitución Universal -estrategia en la que están comprendidas las instituciones religiosas en general, incluido el cristianismo organizado- el hombre pierde el horizonte que conduce a la comunión con Dios y con los demás hombres, sus hermanos, hasta llegar a combatir y derramar sangre bajo los pretextos del nombre de Dios o el emblema de la Cruz de Jesucristo.

El oscurantismo filosófico de los pensadores a sueldo de las instituciones eclesiásticas, *filósofos* disfrazados de *teólogos*, y *doctores* en “*doctorerías*”, ha convertido el mensaje de Jesús de Nazaret en una trama de dogmas y ritualismos instituidos por la potestad de los clérigos de alto rango, administradores del poder jerárquico sacerdotal, que ha entroncado al “*cristianismo*” dentro del sistema religioso mundial como una religión más, ni más ni menos, a millones de años-luz de la persona y la enseñanza de Jesús de Nazaret.

Desde nuestra postura *libertaria* –el adjetivo no termina de gustarnos por tener matices que no responden a nuestros auténticos principios *evangélicos* (entiéndase “*pertenecientes al Evangelio*”), pero lo empleamos porque se aproxima muchísimo a lo que pretendemos decir, y porque no nos viene otro a la mente- nosotros procedemos a reinterpretar el mensaje y la praxis de nuestro Señor Jesucristo lejos de los intereses de quienes auspician a las instituciones eclesiásticas que se vuelcan sobre sí mismas y olvidan que Jesús de Nazaret no predicó una iglesia como generalmente la concebimos hoy, sino el Reino de Dios.

La cristiandad comenzó como una relación personal con Jesucristo por medio del Santo Espíritu de Dios. Cuando llegó a Atenas, alejándose de Jerusalem, se convirtió en “*cristianismo*”, es decir, en una filosofía con tintes cristianos. Al alcanzar el resto del continente europeo pasó a formar parte de la llamada “*cultura occidental*”, y en nuestros días no pasa de ser el paquete ideológico bajo el cual pueden albergarse las más variopintas doctrinas de las que unas instituciones religiosas autoproclamadas “*iglesias*” han hecho inmensas fortunas, y en los tiempos más recientes hemos visto todos surgir y desarrollarse empresas autodenominadas “*ministerios*” dedicados a hacer creer a millones de incautos que la fe obra como una fuerza mágica poderosísima para obtener salud, riqueza, éxito, prosperidad en definitiva.

Personalmente, no nos duelen prendas en creer y confesar que el cristianismo organizado no es actualmente nada más que una religión acerca de Jesús, pero que nada o muy poco tiene en común con las verdaderas enseñanzas de Jesús de Nazaret.

De ahí que creamos que estamos llamados a ser colaboradores con Dios en la construcción de ese reinado divino, prometido por nuestro Señor y esperado por toda la humanidad, entre quienes cada día se produce una decepción más honda en vista de los desmanes de la religión organizada en general, y muy especialmente en sus dos

extremos, las iglesias históricas vinculadas al estado secular, en franca decadencia, y estos modernos movimientos casi siempre ligados a los medios masivos de comunicación, que muy a menudo proclaman posturas relacionadas con la teología de la prosperidad en sus diversas versiones.

Recordemos aquí las palabras claras, que tantos mentecatos desconocen, de uno de los *gurúes* más exitosos de los tiempos recientes, *Lafayette Ronald Hubbard* (1911-1986), quien dejó una fortuna valorada en la friolera de 600 millones de dólares y muchos restos de drogas y alcohol en su autopsia:

“Escribir para recibir un centavo por una palabra es ridículo. Si un hombre desea realmente hacer un millón de dólares, la mejor forma es comenzar una nueva religión”.

Y, efectivamente, así fue. *Hubbard* fundó *Dianética* y *Cienciología*, con lo que la fortuna de sus herederos continúa creciendo hasta el día de hoy, por cuanto “*cada día que amanece, el número de tontos crece.*” Lo que significa que no les falta ni les faltará clientela.

Creemos que cuando Juan el Bautista proclamó: “*voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*” (Mateo 3:3), su llamada no fue a una espera pasiva, ni a trabajar en el levantamiento de una macro- organización universal coronada por una cruz, sino a contribuir en esa construcción del Reino de Dios entre los hombres, mediante el enderezamiento de nuestra conducta personal para alumbrar en el camino de la vida.

Pero, infortunadamente, la historia nos muestra que lo que las instituciones religiosas han realizado, comprendido el cristianismo organizado, ha sido levantar los “*reinos*” de sus gestores.

Personalmente, estamos dentro de un sistema denominacional porque nos resulta impracticable vivir completamente aislados, e incluso nos atreveríamos a afirmar que no se trata de lo peor que conocemos en el *mercado de las vanidades* y sus respectivas “*ferias*”, principalmente a causa del hecho de no inmiscuirse en la autonomía de la congregación local. ¡Menos mal! Pero eso no significa que no seamos conscientes de lo que está aconteciendo dentro de nuestras propias filas y en las demás formaciones a nuestra alrededor. Todo lo contrario.

Creemos que estamos llamados por Dios a ser una familia, pues así lo expresa con frecuencia la Sagrada Escritura al referirse al pueblo de Dios. Sin embargo, creemos igualmente que resulta difícil conciliar el seguimiento de Jesucristo con la práctica de las organizaciones religiosas; al menos a nosotros personalmente nos cuesta bastante esfuerzo. Ante todo pretendemos ser sinceros, por encima de tener razón.

*“Hoy el sol brilla para la humanidad; pero puesto que para nosotros no puede iluminar más dichosos días, me considero feliz al morir, sobre todo si mi muerte puede adelantar un solo minuto la llegada del venturoso día en que aquél alumbre mejor para los trabajadores.*

*Yo creo que llegará un tiempo en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la esplendorosa mañana del mundo emancipado, libre de todas las maldades, de todos los monstruosos anacronismos de nuestra época y de nuestras caducas instituciones.”*

*Samuel Fielden (1847-1922).*

## EL ABUSO DE LA VOZ “IGLESIA”

Cualquier observador serio de las Sagradas Escrituras muy pronto se percata de que en ella no se encuentra la voz “*iglesia*” en los labios de nuestro Señor Jesucristo, sino en dos ocasiones, como son [Mateo 16:18](#) y [Mateo 18:17](#), y como fácilmente puede comprobarse, fuera del contexto en que nosotros hoy solemos emplear dicho término.

En el primero de estos textos, Jesús pregunta a sus discípulos acerca de lo que las gentes piensan de Él. La respuesta es que unos creen que se trata de *Juan el Bautista* que ha revivido; otros afirman que se trata de *Elías*, que ha vuelto de su arrebatamiento a los cielos; o bien *Jeremías* o alguno de los demás profetas veterotestamentarios. Cuando Jesús les pregunta quién creen ellos que es Él, *Simón Pedro* se adelanta y responde diciendo:

“Tú eres el Cristo (el ‘Ungido’), el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro (griego ‘petros’, un fragmento de la roca), y sobre esta roca (griego ‘petra’, una roca grande de la cantera) edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán sobre ella.” ([Mateo 16:16-18](#)).

Si el *Hades*, el lugar de los finados, arquetipo de la muerte, no podrá prevalecer sobre la iglesia, cuerpo de Cristo, es evidente entonces que Jesús al hablar de la “*roca*” no está refiriéndose a su discípulo Pedro, hombre vulnerable y mortal como todos los humanos, ni mucho menos a unos supuestos “*sucesores*” en orden monárquico, cuando el propio Señor ha declarado que su “*Reino no es de este mundo*”.

En el segundo de los textos en que aparece la voz “*iglesia*” en labios de Jesucristo, tampoco podemos equiparar dicho término a lo que hoy entendemos por el mismo, a menos que hagamos una auténtica pirueta exegética, a lo que, por otra parte, estamos tristemente demasiado acostumbrados a ver entre quienes defienden el *statu quo* a costa de esconder o disfrazar las verdaderas doctrinas de Jesucristo.

[Mateo 18:15-18](#): “Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.”

La Iglesia de Jesucristo es una. Él no tiene dos, del mismo modo que no posee dos cuerpos. Por consiguiente, el sentido en el que Jesús emplea la voz “*iglesia*” en este caso, en el que está dándonos instrucciones específicas sobre cómo corregir a nuestro hermano que haya pecado contra nosotros, no tiene nada que ver con el sentido en que emplea este término cuando profetiza que su Iglesia será edificada sobre la Roca de la Eternidad, que es el propio Cristo, cabeza, fundamento y piedra angular del edificio que es su propio Cuerpo místico constituido por todos los redimidos de todos los tiempos, presentes, pasados y futuros.



La “*iglesia*” a la que Jesús se refiere aquí, a la que ha de ser llevado el caso del hermano que después de haber sido amonestado en privado y posteriormente ante dos o tres testigos, es la comunidad local de fieles. En el contexto del momento en que Jesús habla es evidente que la voz “*iglesia*”, del griego “*ekklesía*” fue el término escogido por los autores del Nuevo Testamento para traducir al griego el hebreo “*kahal*”, es decir, “*comunidad*”, sobre el que abundaremos más adelante.

El vocablo “*ekklesía*” está formado por la preposición griega “*ek*”, “fuera de”, y “*klésis*”, del verbo “*kaleo*”, que es “llamar” o “convocar a reunirse”.

En el griego clásico esta palabra se empleaba para referirse a quienes vivían en una determinada ciudad y en ella formaban la asamblea que tenía autoridad para decidir sobre los asuntos cívicos de la misma; es decir, lo que nosotros entenderíamos actualmente por “*asamblea local o autonómica*” o “*gobierno de la ciudad*”.

La “*ekklesía*” fue la principal asamblea de la democracia ateniense, instaurada por *Solón* (640-558 a.C.) en el año 594 a.C., y constituida con carácter popular. Todos los ciudadanos mayores de veinte años podían acceder a ella, al principio sin ninguna distinción de clases. *Solón* liberó a los campesinos de su grave endeudamiento y eliminó la esclavitud por causa de deudas; limitó la extensión máxima de las propiedades; creó un sistema monetario propio en Atenas; limitó los poderes de la llamada “*nobleza*” y reestructuró las instituciones políticas estableciendo un equilibrio entre la “*Ekklesía*”, es decir, la “*asamblea popular*”, la “*Bulé*”, órgano deliberadamente reservado a las clases altas, y nueve “*arcontes*”, es decir, nueve titulares del poder ejecutivo, escogidos de entre las clases superiores.

Este nuevo orden facilitó el desarrollo económico y potenció la participación del pueblo en los quehaceres del estado. Al establecer la igual de los ciudadanos ante la Ley, hizo posible el posterior desarrollo de la democracia griega que ha servido de inspiración, a pesar de sus defectos, a todos cuantos sentimos la abismal distinción entre súbditos y ciudadanos.

En ese sentido original hallamos esta voz en el texto de Hechos 19:39, en ocasión del alboroto formado en la ciudad de Éfeso cuando el platero *Demetrio* arremetió contra el Apóstol Pablo por su predicación del Evangelio, al estimar que el anuncio del Dios Eterno, Espíritu y Verdad, ponía en peligro su negocio de estatuillas de la diosa Diana de Éfeso.

Cuando Pablo y sus compañeros, *Gayo* y *Aristarco*, fueron arrebatados por la multitud ensoberbecida por la arenga pronunciada por *Demetrio* y su gremio de artesanos, y en medio de la gran confusión reinante corrían éstos peligro de ser despedazados, intervino el escribano de la ciudad, quien a duras penas logró apaciguar a los reunidos, temeroso de que pudieran ser acusados de sedición por las autoridades romanas, aduciendo lo que sigue:

Hechos 19:38-41: “Que si *Demetrio* y los artífices que están con él tienen pleito contra alguno, audiencias se conceden, y procónsules hay; acúsense los unos a los otros. Y si demandáis alguna otra cosa, en legítima asamblea (‘*ekklesía*’) se puede decidir. Porque

peligro hay de que seamos acusados de sedición por esto de hoy, no habiendo ninguna causa por la cual podamos dar razón de este concurso. Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea ('ekklesia')."

El significado original de esta voz griega es la congregación, reunión o asamblea formada por todos cuantos eran convocados por el heraldo a salir de sus casas para constituir la asamblea del pueblo. Solamente podían formar parte de dicha asamblea los que eran ciudadanos. Los esclavos no podían acceder a dicho cuerpo.

Aquí es de suma importancia que tengamos muy presente que nuestro Señor Jesucristo no habló en griego, sino que en su habla cotidiana durante su ministerio público lo hizo en el dialecto *arameo galileo*, y en la lengua hebrea al leer las Sagradas Escrituras. Del mismo modo, hemos de recordar siempre que el Evangelio según Mateo, al igual que el resto del texto del Nuevo Testamento, nos ha llegado en el *griego koiné* o "*lingua franca*" del Mediterráneo de la época.

Evidentemente, el original fue redactado en arameo o hebreo. De modo que el término "*ekklesia*" es una traducción de un concepto hebreo. Ignorar esto puede fácilmente conducirnos a atribuir a estos términos significados que no corresponden a su realidad contextual.

En el texto de la *Biblia Septuaginta*, traducción griega del *Tanaj*, el Antiguo Testamento hebreo, conocida también como "*Versión de los Setenta*" (*LXX*); se encuentra la voz "*ekklesia*" un centenar de veces aproximadamente. En la mayoría de las ocasiones corresponde al hebreo "*kahal*", vocablo que significa "*reunión*", "*asamblea*", "*comunidad*", "*pueblo*", y "*confederación de tribus*".

Existe otro término en el hebreo bíblico para referirse a una *comunidad, congregación, reunión, asamblea, pueblo, colectividad*, e incluso *aglomeración de gentes, horda, banda y tropa*, dependiendo del contexto en que se halle. Se trata del vocablo "*edá*". Ahora bien, cuando este término aparece en las Sagradas Escrituras, nunca hace referencia al pueblo de Israel, sino a otros pueblos y naciones. De modo que "*edá*" se traduce siempre en la *Septuaginta* por el término griego "*synagogé*", de donde nos ha llegado el castellano "*sinagoga*", pero nunca vertieron los traductores de la *Septuaginta* el vocablo "*edá*" por "*ekklesia*".

Aquí conviene aclarar que existe una notable distinción entre la *Biblia Septuaginta* y el uso de las voces "*ekklesia*" y "*synagogé*" en el griego clásico. En la *Versión de los Setenta*, el vocablo "*ekklesia*" se emplea con sentido religioso, no político, mientras que el término "*synagogé*" se utiliza para hacer referencia a cualquier tipo de asamblea, pero no en el sentido de asamblea congregada a efectos de culto, como en el griego clásico. De ahí que en la *Versión de los Setenta* la voz "*ekklesia*" represente a la asamblea de Israel como todo el pueblo congregado ante el Dios Eterno. En ese caso es una traducción literal del término hebreo "*kahal*".

Por consiguiente, cuando nuestro Señor Jesucristo afirma en Mateo 16:18 "*edificaré mi Iglesia*", está profetizando que edificará su "*kahal*", por cuanto Jesús de Nazaret vino como Verbo Encarnado para edificar su congregación de los hijos de Dios, hebreos y

gentiles, que se congregan ante el Dios Eterno que “no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia”. (Hechos 10:34-35).

El hecho de que lingüísticamente nos llegue en el tiempo futuro, “edificaré”, no significa que el pueblo del Señor no haya existido con anterioridad, sino que en Cristo Jesús ese “kahal” no va a estar constituido solamente por hebreos, sino también por los gentiles que van a ser llamados al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo, Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones; el Buen Olivo en el que serán injertados los gentiles, como ramas de acebuche, de olivo silvestre; un injerto contra naturaleza que sólo Dios puede hacer; un pueblo destinado a ser embajada del Reino de Dios, figura de su reinado, sin semejanza alguna a los reinos de este mundo y sus estructuras de poder abusador, manipulador de las conciencias, explotador del hombre por el hombre; poder movido siempre por el afán por el lucro y la dominación.

Así podemos comprender que quien no acepta la reprensión de la comunidad ha de ser considerado, no como enemigo, por cuanto siempre hemos de perdonar y esperar la reconciliación, pero sí como gentil que no acepta la rica savia del olivo, equiparable a permanecer como un publicano, es decir, un recaudador de impuestos para el nefasto imperio de entonces, el de hoy y el que perdure sólo hasta su destrucción definitiva al final de los tiempos.

No deja de ser muy sospechoso que nuestro Señor sólo se refiriera a la “iglesia” en dos ocasiones, frente a la importancia que hoy damos a esa palabra. Hay que esperar a momentos muy posteriores en el curso de la historia para encontrarnos con esta voz tergiversada y extraordinariamente inflada para justificar a quienes han hecho de esa “institución” fundamento para mantener su propia vida, su poder con pretensiones ilimitadas, vivir a costa de los demás y profanar muy sutilmente el Nombre de Dios nuestro Señor, atribuyéndole los más crasos despropósitos.

Encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles un texto muy significativo a los efectos de lo que venimos diciendo. Se encuentra en Hechos 7:38:

“Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos.”

Lo mismo hallamos en el texto de la Epístola a los Hebreos 2:12:

“Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré.”

La voz griega original que en ambos casos ha sido traducida por “congregación” es “ekklesia”. El traductor ha preferido el término “congregación” para el original “ekklesia” en vez de emplear el vocablo castellano “iglesia”, como ha venido haciendo en otros pasajes.

En realidad, es constatable que en todos los casos donde aparece el término “ekklesia” en el Nuevo Testamento, refiriéndose a la asamblea del pueblo de Dios congregada ante el Señor, los traductores han preferido la voz “iglesia” en lugar de los términos

castellanos “*asamblea*” o “*congregación*”. De esa manera, consciente o inconscientemente, no lo sabemos, nos introducen sutilmente un nuevo concepto, la “*iglesia*”, como si ésta no hubiera existido antes de la llegada de nuestro Señor Jesucristo. De ahí se desprende el grave error de interpretar que la “*Iglesia*” naciera en el *Día de Pentecostés* del capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles.

Entonces, ¿qué es lo que hay detrás de esta opción por traducir “*ekklesía*” por “*congregación*” y no por “*iglesia*” en estos textos? Cuando vamos a la Epístola a los Hebreos nos encontramos con una cita del Salmo 22 que se aplica al Adviento del Señor Jesucristo como Ungido de Dios, como Mesías, que anunciará el Nombre del Eterno en medio de sus hermanos, y todas las familias de las naciones de la tierra se volverán al Señor:

Salmo 22:22-23, 27-28: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré. Los que teméis a YHVH, alabadle; glorificadle, descendencia toda de Jacob, y temedle vosotros, descendencia toda de Israel... Se acordarán y se volverán a YHVH todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti. Porque de YHVH es el reino, y él regirá las naciones.”

Según esta preciosa pieza de los Salmos, el “*kahal*”, la “*ekklesía*” del Señor está formada por todos sus hermanos, por cuanto Jesús es el *Hijo del Hombre*. La pregunta lógica que hemos de hacernos es quiénes son esos *hermanos suyos*. Y la respuesta nos llega de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio:

Lucas 8:19-21: “Entonces su madre y sus hermanos vinieron a Jesús; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud. Y se le avisó, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. Él entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen.”

Queda sumamente claro según estas Escrituras que quienes forman parte de la Iglesia de Jesucristo, su “*ekklesía*”, su “*kahal*”, son los temerosos de YHVH, los gentiles que han entrado a formar parte del pueblo de Dios, toda la descendencia de Jacob, toda la descendencia de Israel y todas las familias de la tierra. Esto no les puede gustar, claro está, a los clérigos del cristianismo organizado, por cuanto se escapa de sus ansias de control, como el agua se escapa de entre los dedos de nuestras manos.

La verdadera “*iglesia*” en el sentido conforme a las Sagradas Escrituras judeo-cristianas, no según las definiciones eclesíásticas que han ido formándose en el curso de los siglos, son todos los *creyentes fieles*, todos cuantos vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica; todos cuantos vivimos en esa esperanza bienaventurada, y todos cuantos nuestro Dios añada hasta el día glorioso de la Segunda Venida de Cristo Jesús hecho *Mesías Triunfante*, el que estuvo entre nosotros como *Mesías Sufriente*.

La descripción del pueblo de Dios como familia se encuentra en muchos pasajes de las Sagradas Escrituras. Vamos a ver tres ejemplos:

Mateo 23:8: “Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí (‘Maestro mío’); porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.”

---

Romanos 8:16: “El Espíritu (Santo) mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.”

Efesios 2:19: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios.”

El sentido de familia se ve reforzado en las palabras del Apóstol Pablo a los cristianos de Éfeso, como se desprende del pasaje de Efesios 2:11-22:

“Por tanto, acordaos que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En el aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz (‘Evangelio’) a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él (Cristo Jesús), los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu (Santo) al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu (Santo).”

La obra de edificación de la Iglesia aparece como una reedificación que nuestro Señor realiza mediante la bendita Persona del Espíritu Santo:

Mateo 10:5-8: “A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado, sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.”

No había llegado el momento de ir a todos los pueblos con el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios. Era menester comenzar por las ovejas perdidas de la casa de Israel para que se cumplieran las Sagradas Escrituras. De ahí que la “*ekklesía*”, el “*kahal*” de Dios, su pueblo congregado en adoración, tuviera que ser limpiado y restaurado por el sacrificio de Jesucristo, por su ascensión al seno del Padre Eterno, de donde el Verbo Encarnado había venido, y por el derramamiento del Espíritu Santo en una visitación con una unción nueva y fresca para comenzar la labor del testimonio del Evangelio de Jesucristo a toda criatura comenzando en Jerusalem.

Esa derramamiento continúa hasta el día de hoy grabando los Mandamientos de la Santa Ley de Dios, no en tablas de piedra, sino en los corazones limpiados con la sangre del Mesías Sufriente, conforme a las Sagradas Escrituras:

Jeremías 31:3-4: “YHVH se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia. Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás en alegres danzas.”

Jeremías 31:33: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice YHVH: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón, y yo será a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.”

Ezequiel 36:25-27: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”

Romanos 8:3-4: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto (la ley) era débil por la carne (por nuestra naturaleza carnal), Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado (humana) y a causa del pecado (nuestro), condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo).”

2ª Corintios 3:4-11, 18: “Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu (Santo); porque la letra mata, mas el Espíritu (Santo) vivifica. Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu (Santo)? Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. Porque si lo que parece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece... Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

¿Cómo van a ver en nosotros a aquel Jesús que atraía a las personas hacia la voluntad del Padre Eterno, Padre de amor y de misericordia, que Jesús reveló con su amor compasivo, si lo mantenemos raptado dentro de las estructuras eclesíásticas que llevan siglos sirviendo de escándalo a tantos hombres, mujeres y niños que buscan a Dios?

Creemos que Jesús de Nazaret nos ha revelado al Dios escondido, Espíritu y Verdad, el Dios que los teólogos antiguos llamaron “*oculto*”, pero que se revela, no a los grandes,

poderosos y superespirituales, sino a los sencillos, a los niños y a los semejantes a ellos, sean formalmente cristianos o no, estén dentro de las iglesias o no.

Creemos en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios inefable, que no podemos describir con palabras ni tampoco mediante la exposición de conceptos, por lo que nuestras palabras siempre se quedan, no sólo cortas, sino secas, áridas, rígidas e insípidas.

Sin embargo, podemos abrir nuestros corazones y dirigirnos a Él, y lo que es más importante, es Él quien nos habla a todos, aunque no seamos religiosos, ni cristianos, ni tengamos una Biblia a mano para abrirla y leerla. Y esto es así porque Jesús nos ha revelado que Dios es trascendente y accesible sin tarifa.

Nadie está alejado del Amor de Dios, ni de su ternura, por lo que podemos percibir su cercanía tanto en nuestras soledades como en nuestros momentos de comunión con otros hombres y mujeres, compañeros del viaje de la vida.

Si estamos dispuestos a escuchar el fondo de silencio de nuestros corazones, creemos que será fácil escuchar el eco de la voz del Señor, como cuando caminaba con nuestros primeros padres en el frescor del día, a la caída de la tarde, y percibir la presencia de esa Luz que alumbra a todo hombre, esa Luz amiga que siempre nos ha acompañado en el curso de los siglos.

La religión organizada ha tratado por todos los medios de atar a Dios en los edificios destinados al culto, pero no lo han conseguido por la sencilla razón de que el Eterno no habita en los templos hechos con las manos humanas.

El Padre que está en los Cielos no es propiedad de ninguna organización religiosa, se llame como se llame. Si olvidamos esto nos volveremos rígidos, estrictos, secos, insípidos e incommunicables. Este es el síndrome del que se ven afectadas las organizaciones religiosas en nuestros días, y la principal causa de su profunda frustración, mientras que descargan sus iras sobre la sociedad acusándola de estar endurecida para recibir la Palabra de Dios. Pero, paradójicamente, el número de buscadores va en constante aumento.

Para ir a Dios no tenemos que realizar peregrinación a lugares tenidos por santos; no tendremos que ir a Jerusalem, ni traer piedrecitas ni agua del río Jordán. Las santas ciudades y los lugares sagrados siempre escandalizan, hoy como ayer, por convertirse siempre en mercados de la antigua farsa. Y en algunos casos, no son sino auténticas bombas de relojería que pueden estallar en las manos de sus reivindicadores y defensores, quienes nunca han llegado a comprender que la tierra es del Señor, y que Dios en su misericordia la hizo redonda para que nadie pueda reivindicar que su rincón es mejor que ningún otro.

Millones viajan todos los años en busca de Dios, tratando de experimentar un acercamiento a una fuente espiritual. Pero la realidad incuestionable es que Dios está siendo buscado mucho más intensamente que en las capillas, iglesias y catedrales, en

los vertederos de basura donde los niños sucios buscan restos de comida y tratan de cazar ratas para satisfacer su hambruna.

Dios está siendo buscado más estrechamente en las cárceles escondidas en los lugares más recónditos del mundo; en las unidades de cuidados intensivos de los hospitales; en los campos de refugiados poblados por los miles que huyen de la guerra y sus diabólicos señores; entre los parados de larga duración y los desahuciados por no poder hacer frente al pago de sus hipotecas, mientras los reyes de estos súbditos precarios siguen viviendo en la opulencia en sus palacios.

La samaritana del capítulo cuarto del Evangelio de Juan preguntó dónde debía adorarse a Dios, si en el monte de los samaritanos o en Jerusalem. Jesús respondió cambiando la voz “Dios” por la de “Padre”. Ese cambio no es mera coincidencia, sino que tiene un fondo mucho más hondo de lo que puede parecer a simple vista.

Hay un inmenso abismo entre la adoración religiosa al Dios siempre envuelto en los enredos de la cultura imperante, en los intereses de las clases dominantes, en las artimañas de los poderosos para mantener a los pueblos con la mirada fija en la “Montaña de Caña de Azúcar”, de “Rebelión en la Granja”, de *George Orwell* (1903-1950), y la confianza de sabernos en las manos del Padre de todos, el Padre nuestro que está en los Cielos.

Entonces fue cuando nuestro Señor Jesucristo reveló a aquella mujer samaritana y a todos nosotros que no es el hombre quien busca a Dios para adorarlo, sino que, antes bien, es nuestro Padre quien busca adoradores que le adoren en “Espíritu y en Verdad”, porque tales adoradores busca el Padre que le adoren, por cuanto Él es amor, ternura, aliento, perdón y reconciliación.

Adorar al Padre en Espíritu y en Verdad es dejarnos guiar por el Santo Espíritu del Padre y del Hijo hacia la libertad gloriosa de los hijos e hijas de Dios, alejándonos de nuestras viejas mentiras, propias y heredadas, que nos mantienen atados al tinglado de la antigua farsa.

Esa adoración tiene que pasar necesariamente por los hombres, nuestros hermanos, por cuanto, al igual que nuestra conversión, no puede ser sólo individual, aislada y aislante. Por eso es que Jesús nos llama a novedad de vida, no a un sistema religioso organizado a la manera de las instituciones del mundo.

Esa novedad de vida solamente alcanza su plenitud en una comunidad de fieles comprometidos con los valores del Reino de Dios y con el hombre, con el más débil de los humanos; una comunidad no violenta, no agresiva y abierta a todos sin excepción. Jesús no reunió en torno a sí un conglomerado de almas sin hueso, sino una *comunidad de personas*.

Como dijera *Oscar Arnulfo Romero* (1917-1980), arzobispo salvadoreño, asesinado por su identificación con los empobrecidos y explotados:



---

“La religión no consiste en mucho rezar; la religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí, porque les hago bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras; la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios... La manera como le miro: así estás mirando a Dios. Los méritos de cada hombre y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre.”

Podemos ser cristianos nominales sin saber realmente lo que significa saborear a Jesucristo, sentirnos a gusto con Dios y vivir en las huellas de su Unigénito Hijo.

No podemos ser cristianos sin saborear nuestra adhesión a Jesús de Nazaret viéndole en el hambriento, en el sediento, en el desnudo, en el enfermo, en el privado de libertad y de dignidad.

Vivir la fe como una adhesión a los conceptos abstractos que las iglesias denominan “doctrinas” y que expresan en lenguaje filosófico en sus credos y confesiones doctrinales de las diferentes denominaciones, no tiene absolutamente nada que ver con lo que nuestro Señor Jesucristo afirma acerca de la vivencia de la fe.

Urge hacerle sitio en nuestros corazones al Santo Espíritu de Dios, en nuestras Biblias, en nuestros cultos, en nuestros cantos, en nuestra predicación, en nuestras alabanzas, en nuestra mesa de acción de gracias, porque hay mucho “nuestro” en todo esto, y muy poco “suyo”.

*“El mayor mal es la falta de amor y caridad, la terrible indiferencia hacia nuestro vecino que vive al lado de la calle, asaltado por la explotación, la corrupción, la pobreza y la enfermedad.”*

*Teresa de Calcuta (1910-1997).*

## UN CIELO DIFUSO Y UNA IGLESIA OSCURA

El eje primordial y punto de apoyo de la religiosidad establecida por el cristianismo organizado se centra en un cielo nebuloso, etéreo, invisible, distante, ubicado en el más allá, donde irán los humanos muertos en forma incorpórea. Las imágenes no pueden ser más espantosas y horripilantes. Producen escalofríos. Recuerdan escenas esperpénticas de *“muertos vivientes”*. A nosotros nos producen honda repugnancia.

Creemos firmemente que se trata de un crudo negocio lucrativo basado en un producto muy caro pero intangible, que ha de ser, y sin duda lo es, muy rentable.

Esta es a todas luces la *“montaña de caña de azúcar”* de la que escribió *George Orwell* en su *“Animal Farm”*, conocida en el mundo de lengua castellana por *“Rebelión en la Granja”*, y que ya hemos citado.

Es la zanahoria sostenida desde el lugar del que monta el burro, y puesta delante de los ojos del pobre asno hambriento que la seguirá hasta caer exhausto. Así me he visto un día, y he tomado la firme decisión de no volver a prestarme para semejante imagen.

Cuenta el gran teólogo y predicador *John Stott* (1921-2011):

“No entiendo al Jesús del dogma”, dijo una vez un profesor hindú a Stanley Jones, “pero al Jesús del Sermón del Monte y de la Cruz lo amo y me atrae.” En forma similar, un maestro sufí musulmán le dijo que cuando leyó el Sermón del Monte y las Bienaventuranzas no pudo reprimir las lágrimas.”

Ese *“cielo”* de la religión organizada, comprendido el cristianismo, me repugna, me causa náusea y vómito, y en algunos momentos llego a sentir auténtica rabia difícilmente contenida, especialmente cuando escucho la melosa manera de hablar de los agentes que me gusta definir como *“turistas-misioneros”*, y a quienes he dedicado un trabajito que el lector interesado puede encontrar en la sección titulada *“publicaciones”* de [www.ebenezer-es.org](http://www.ebenezer-es.org)

Esa celestial quimera es un *“quitasueño”* de muertos vivientes, de zombis, de espectros fantasmagóricos de novela gótica y cosas peores.

En lo que a mí respecta, afirmo que *“Heaven can wait”*, *“el cielo puede esperar”*, al menos esa versión tristemente popularizada.

La imagen que presenta es la de un *“dios”* a todas luces monstruo iracundo dispuesto a devorar a todos sus hijos e hijas que no militen en la Iglesia del Imperio, y no sólo del romano, y que no se conformen con un credo filosófico plagado de terminología arcaica e incomprensible para la mayoría de las personas.

Lógicamente, pues no podía ser de otra manera, los “fieles” llegan a ignorar completamente su realidad, su entorno, y bajo los auspicios de la teología escapista, que de auténtica reflexión teológica no tiene casi nada, buscan la misericordia divina para que el “dios” devorador de sus propios hijos e hijas aplaque su ira ancestral y les indulte o castigue temporalmente.

A mi, personalmente, siempre me ha costado predicar semejante deidad como quien, al mismo tiempo, es amor. Nunca me ha cuadrado. Siempre he percibido de alguna manera que ahí había “gato encerrado”.

Esto incluso después de la muerte, continuando en forma de plegarias y ritos por los difuntos. Personalmente no me cabe la menor duda de que se trata del tinglado de la antigua farsa sostenida por la superestructura por lo que beneficia a sus intereses inconfesables.

Esto se da en forma de rito expiatorio en el catolicismo romano, para rescatar a las almas supuestamente “eternas” del platonismo invasor de la sencilla fe cristiana de las comunidades nacientes, que se presentan paradójicamente ardiendo en las llamas del “dios amoroso”, cuya misericordia se proclama “eterna” desde el púlpito, pero después se niega en la enseñanza del purgatorio y el infierno a todas luces dantescos.

En la versión protestante del cristianismo evangélico organizado, hallamos el tinglado de la antigua farsa en forma de moribundas letanías insufribles o en sus versiones más modernas en el formato de interminables cultos de ruido ensordecedor y recursos inspirados en el marketing y la publicidad. De ahí su fácil encaje en los medios sociales de comunicación.

Algunos de nosotros nos sentimos sinceramente asqueados de tanta empobrecida miseria vergonzosa, de abusos mediáticos que sólo echan mucha porquería sobre el glorioso Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

La mezcla del egoísmo y narcisismo resultante actúa igualmente de fuerza centrípeta, anclando a los hombres en sí mismos y en la organización dominante que llega en su soberbia a considerarse “madre” de todos sus “fieles”; “progenitora” que acumula medios suficientes para atender a los que padecen hambre, sed, desnudez, enfermedad y falta de libertad, pero que opta por mirar en otra dirección y engrosar sus arcas para rendir culto a su verdadero “dios”, es decir, a “Mamón”, la deidad de la riqueza y el dinero.

Jesús de Nazaret, único Maestro verdaderamente autorizado y única Cabeza de su Iglesia, jamás enseñó semejantes monstruosidades, inventos del enemigo de Dios y de los hombres, con el único propósito de desprestigiar el nombre del Eterno y apartar a los creyentes de la fe ante tal cúmulo de porquería.

Jesús no predicó la Iglesia. Eso es más que evidente. La prioridad para nuestro Señor fue y es el advenimiento del Reino de Dios, un mundo nuevo en el que todos podrán comer; mientras que el cristianismo organizado y todo el sistema religioso de mil nombres no hace nada por avergonzar a sus patrocinadores mostrando que las

actuales carencias no se deben a falta de recursos en nuestro planeta, sino a la injusta distribución de los mismos por parte de los “señores” de este mundo, los que deciden desde sus despachos y salas de juntas quienes van a vivir, quienes van a sobrevivir y quienes van a morir directa o indirectamente por causa de la hambruna gestada por ellos mismos.

El objetivo de Jesús de Nazaret fue y es mostrar que puede haber un lugar a la mesa para todos, por cuanto Dios ha puesto un plato para cada uno; de manera que si alguno no halla ese plato es porque otros han corrido más y se han llevado su plato y algunos más.

Jesús presenta la esperanza activa del Reino de Dios, no como la supremacía de un sistema religioso transnacional y alienante, despótico y represivo, sino como un mundo en el que el enfermo es tratado con dignidad, donde desaparece el sistema carcelario, que no es sino el reconocimiento tangible de no saber qué hacer con los inadaptados y marginados, además de un fructífero “*modus vivendi*” para una larga escala de profesionales de la llamada “*ley*”, imperio explotador basado en las mayores ilegalidades e injusticias que dan soporte al denominado “*orden*”, es decir, el mayor de los desórdenes, una realidad que no responde a opiniones, sino que es perfectamente constatable, y, por consiguiente, cualquiera puede fácilmente comprobar, a menos, claro está, que opte por dirigir su mirada en otra dirección.

Nuestro bendito Maestro anuncia la llegada de un mundo nuevo, algo real y tangible, no una espiritualización etérea, que absolutamente nada tiene que ver con la verdadera espiritualidad.

Por eso Jesús de Nazaret multiplica los recursos escasos de un joven para repartir panes y pescado entre quienes pasan por una carencia. Aquel joven podía haberse quedado con merienda para él solo, pero optó por poner su comida a los pies de Jesucristo.

Jesús nos enseña a multiplicar para compartir, no para acumular. En ese gesto radica la esperanza mesiánica. Todo lo demás es un invento, una mentira, un subterfugio, una indignidad, una vergüenza repugnante.

La misa, entendida como ritual expiatorio de las supuestas *almas vivientes* de los difuntos, con “*ayudas*” especiales para quienes socialmente podían comprar indulgencias y estipendios de misas, servía para reducir la estancia dolorosa en el purgatorio.

De ese modo, quienes tenían y tienen recursos económicos pueden sufragar lo que la misericordia divina parece no poder alcanzar. De ese modo, los pudientes con sus recursos lograban liberar a sus seres amados de la *tortura* cruel del “*dios amoroso*”, mientras que los empobrecidos tenían y tienen que permanecer en lista de espera, como si se tratara de una operación quirúrgica en medio de la saturación de nuestros hospitales y los recortes en sanidad.

---

La ruptura que supuso la Reforma Protestante del siglo XVI, además de todos los movimientos reformistas anteriores, hubiera podido hacer creer a muchos que las cosas iban a cambiar. Y efectivamente hubo algunos cambios, pero ciertamente no han durado mucho. Las aguas siempre buscan en su corriente los viejos cauces, por secos y olvidados que hayan quedado. Las aguas en torrente siempre los buscarán.

De modo que hoy, dentro del mosaico del protestantismo burgués, podemos hallar corrientes explotadoras de la ingenuidad de los *“fieles”* que superan en mucho los montantes de aquella venta de indulgencias de tiempos pretéritos, especialmente a través de los medios televisivos y las campañas de supuesta *“evangelización”*, en las que se promocionan los llamados *“ministerios”*, es decir, organizaciones paraeclesiales millonarias y sus *gerentes-estrella*.

Estas *“pescas”* sólo buscan patrocinadores para seguir expandiendo sus tentáculos, algunos de cuyas *“estrellas”* han producido y producen recurrentes escándalos por fraude económico, impago de impuestos y abusos sexuales, que son manchas en medio del pueblo cristiano para enturbiar el Nombre de Cristo. Eso significa que no hace falta ser muy espabilados para comprender quién se esconde tras los mismos.

¿Dónde podemos dejar la compasión en medio de esta vorágine?

El mercado no puede ser compasivo, o de lo contrario dejaría de ser mercado, sea religioso o secular.

El mercado no tiene sentimientos, o de lo contrario no podría enriquecer a unos pocos a costa de empobrecer a muchos más.

Y la religión organizada es un negocio, un comercio, un mercado, un tenderete más en medio de la gran feria de las vanidades.

*“Baja a Dios de las nubes  
Y llévalo a la fábrica donde trabajas.  
Quita a Dios del madero  
Y grábalo dentro de tu corazón.  
Saca a Dios de los templos  
Donde lo encerraron hace tantos años.  
Déjalo libre en las plazas,  
Llévalo también al mercado y al pueblo.  
Porque Dios no es un Dios muerto,  
Y si tú piensas que está muerto,  
Equivocado, equivocado, equivocado estás.*

*Roba a Dios de los templos  
Donde lo encerraron hace tantos años.  
Déjalo libre en las plazas.  
Llévalo también al mercado y al pueblo.  
Porque Dios no es un Dios muerto,  
Y si piensas que está muerto,  
Equivocado, equivocado, equivocado estás.*

*Ayer hablé con Él  
Y le noté un tanto triste.  
Hoy me dijo que estaba solo  
Porque hay muchos hombres  
Que se reúnen en su nombre  
Pero no le dejan entrar a Él.  
Porque hay muchos hombres  
Que hablan en su nombre  
Pero no le dejan hablar a Él.*

*Porque Dios no es un Dios muerto,  
Y si piensas que está muerto,  
Equivocado, equivocado, equivocado estás.”*

*Luis Alfredo, cantautor cristiano.*

## EL EVANGELIO DE JESUCRISTO HA SIDO SECUESTRADO

El uso que se ha realizado del Evangelio se asemeja mucho al que hemos hecho de *“Animal Farm”*, conocida en España como *“Rebelión en la Granja”*, de *George Orwell*, que ya hemos citado anteriormente y siempre recomendaremos su lectura a todos, particularmente a los adultos.

Lo mismo ha ocurrido con *“David Copperfield”* y *“Oliver Twist”*, de *Charles Dickens*; con *“Robinson Crusoe”*, de *Daniel Defoe*, y otras piezas literarias de análisis profundo de la sociedad y de sus burgueses explotadores, que al destinarlas a la lectura de los más jovencitos, se ha logrado hacer pensar que se trataba de cuentos infantiles o literatura juvenil, encubriéndose el trasfondo de denuncia social que motivó la escritura de dichas obras.

Del mismo modo, el Evangelio de Jesús de Nazaret ha sido silenciado, maniatado, tergiversado y secuestrado. Sus supuestos intérpretes profesionales se han dedicado, bajo el auspicio de sus mecenas, a discutir sobre cuestiones metafísicas, como entretenimiento para quienes cuentan con el tiempo libre preciso para elucubrar y escribir.

De ahí que mientras los rabinos discutían sobre si era lícito comer un huevo puesto por una gallina en el día del *Shabat*, los pensadores cristianos en la *Escolástica* lo hacían sobre cuántos ángeles incorpóreos podrían ubicarse en la punta de un alfiler.

El resultado es evidente. Ese pseudo-evangelio no da verdadero fruto. No puede hacerlo. Podrá ganar adeptos, particularmente entre supersticiosos y temerosos de la muerte, pero no podrá dar el fruto permanente de la fraternidad basada en el amor, en la justicia y la paz de Cristo, la que Él ha prometido darnos, y no como el mundo la da.

Es más rentable para toda la cohorte de quienes tienen en el cristianismo organizado su medio de vida, dedicarse a hablar y enseñar acerca del más allá, de la ultratumba, de una espiritualidad desconocida para las Sagradas Escrituras, en las que hay mucha más tierra que cielo, y más hombres que ángeles.

Esto no es algo desconocido para muchos pastores del cristianismo organizado, tanto en el campo católico romano como en el ortodoxo y el protestante. Pero, evidentemente, el miedo guarda la viña, y de sus bocas no sale ni una sola palabra. Callan y otorgan. Pasen días y caigan ollas.

La seria reflexión bíblica, al igual que la historia de la Iglesia y el sentido común, muestran con prístina claridad que es menester corregir la marcha de la Iglesia. Pero, ¿quién se atreverá a ponerle el cascabel al gato?



Si no se acomete esta labor es porque hay mucho miedo, en algunos círculos casi pánico a que si se corrigen estos errores catastróficos, y se confronta a la cristiandad nominal con esta situación, y a la urgente necesidad de volver al compromiso serio con el amor verdadero, el del Dios que afirma no querer sacrificios rituales sino misericordia y justicia, se produzca una desbandada de los supuestos “*fieles*”.

Todo secuestro es penoso, cobarde, vergonzoso e intolerable, pero pocos son quienes se percatan del gran raptó que ha acontecido dentro de las instituciones autodenominadas “*iglesias*”.

Se trata no sólo del secuestro del Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios, sino también de la propia persona de Jesucristo.

¿En qué ha consistido semejante delito? El secuestro ha consistido en reemplazar a Jesús de Nazaret por la Iglesia, o mejor dicho, por las iglesias como red de cristianismo organizado.

Se ha quitado de en medio a Jesucristo para que ocupara su lugar, o al menos lo intentara, toda la caterva de jefes, más o menos revestidos exteriormente, hasta el punto de atribuirse títulos que sólo le corresponden a la bendita Deidad.

Este secuestro se ha realizado con “*guante blanco*”. Sus ejecutores han sido y siguen siendo expertos robadores y maquilladores, maestros del engaño y el nepotismo. Los actuales son herederos de quienes llevan siglos traficando con la necesidad de fe de las gentes. Son los autores de los mayores escándalos imaginables.

Jesucristo ha sido trasladado más allá de las nubes, bien alejado, todo lo distante posible, para de ese modo poder legislar en su nombre, entendiéndose manipular conciencias y explotar a los más débiles mentales.

Al Maestro hay que acceder por medio de la Iglesia, entendiéndose a través de la jerarquía establecida, en algunos casos muy visible y explícita, y en otros bastante maquillada con apariencia incluso de no existir, algo que se demuestra no ser cierto tan pronto penetra uno en los estamentos de dichos círculos de poder y decisión.

La Iglesia ha dejado de ser comunidad de fieles solemnemente asociados en torno a Jesucristo mediante la acción del Santo Espíritu de Dios.

Ahora las iglesias se presentan como puertas exclusivas de acceso al Señor, como quien penetra en un edificio suntuoso, frecuentemente rodeado de secretismo.

Los rasgos masónicos de estas instituciones no pueden ocultarse, sino que se muestran inequívocamente bajo el disfraz de cónclaves, conferencias, comités y un largo etcétera de parafernalia eclesiástica, habitualmente organizada por quienes disponen de tiempo para ello, pues viven a costa del trabajo de los demás.

Sus características de contubernio saltan a la vista de casi todos, al menos de los más avisados entre los creyentes.

No se trata de entrar en comunión libre, directa y personal con nuestro Señor Jesucristo, sino de entrar para situarse bajo los designios y normas de los secuestradores del Señor, los funcionarios y oficinistas religiosos bien pagados, con quienes hay que establecer vínculos de obediencia y seguimiento.

De lo contrario, de poco vale la fe personal en Jesucristo para vivir la inestimable relación con Él. Esa fe no es reconocida como válida, a menos que se realice bajo la supervisión de los dirigentes eclesiásticos.

Ellos son los amos, señores y dueños de las iglesias. Pretenden hacer creer a las almas incautas que realmente ellos son quienes mandan y Jesucristo obedece, aunque no se atrevan a expresar esta realidad con palabras. Sería demasiado descarado.

Pero la realidad constatable es que no buscan la dirección del Señor, sino que organizan sus propios planes y proyectos y después dedican unos pocos segundos a hacer una oración pidiendo a Dios que les bendiga dichos planes.

Los hombres no pueden amar y seguir libremente a Jesucristo como Señor y Salvador, Redentor y Maestro. Para que ese seguimiento sea tenido por válido es menester ser un siervo obediente de alguna de las iglesias que se enfrentan al mismo tiempo entre sí y se descalifican las unas a las otras, en lugar de respetarse como expresiones de un mismo hecho: La persona de Jesucristo y su Evangelio del Reino de Dios y de la Gracia Divina.

Los secuestradores, sus herederos y seguidores creen, si bien no podemos estar seguros de su sinceridad o ignorancia, y hacen creer que Jesucristo ha sido dado por Dios Padre a la Iglesia, lo que les ha permitido descuartizarla y fraccionarla en cientos de denominaciones.

Esos son quienes entregan su alma y vida por el caudillismo, por ser *“cabecitas de ratón”*, evitando ser *“colas de león”*, y así mantener su modo de vida.

Desconocen o ignoran voluntariamente que Jesucristo es don de Dios, regalo divino, a la humanidad, por cuanto el Eterno ha amado y ama tanto al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, no para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él. (Juan 3:16-17).

Ciertamente, Jesús de Nazaret no ha sido entregado por el Padre como instrumento manipulable puesto en las manos y bajo la tutela de los que ejercen algún magisterio eclesial. El Cristo de Dios no puede ser domado y sometido a la voluntad de los profesionales de la religión organizada.

Pero la vara de medir está en manos del Santo Espíritu de Dios, quien no delega en ningún hombre, pues sabe cuál es nuestra tendencia por la vieja naturaleza carnal, a convertirnos en legisladores y jueces, carniceros y verdugos.

De ese modo, el Evangelio es reducido a la visión y comprensión particular de cada grupo o jerarca, en función frecuente de intereses inconfesables motivados por las

---

ansias vivas de alcanzar la acumulación de poder de dominación y lograr el mayor lucro posible, que no es sino otra forma de explotación del hombre por el hombre.

Todo el derramamiento de sangre que durante siglos han producido las iglesias gustosamente subyugadas al poder secular ha sido tapado, cubierto y maquillado por las maniobras de sus sistemas de marketing y publicidad. Cuesta imaginar que haya hombres y mujeres conocedores de la historia del cristianismo organizado que puedan hoy pertenecer a la superestructura eclesiástica de cualquier nombre.

El resultado es que nuestro Señor Jesucristo ha ido quedando cada vez más distanciado, más oculto tras los muros que se han levantado en torno al castillo de su encierro.

Lo más patético del caso es que nadie pide un rescate para liberar a Jesús de Nazaret. Son casi dos mil años de secuestro. Pero la factura que inexorablemente pasa este cruel delito es que la mayoría de la gente de nuestros días ha dejado de creer por causa de los monopolizadores del Evangelio, quienes son al mismo tiempo sus corruptores y deformadores.

Hoy son millones quienes reaccionan no creyendo, no fiándose ya del mensaje que desprenda aroma a aquellos que han sido sus explotadores o sus cómplices. Se trata de una sencilla y llana pérdida del miedo que los clérigos de todas las iglesias vendidas al poder, sin excepción, han venido ejerciendo sobre los pueblos.

A pesar de haber desarrollado técnicas muy sofisticadas, la gente ya no se fía de ellos. Algunos por su conocimiento, fruto del estudio y la investigación, y otros como resultado de esa intuición natural que creemos también es don de Dios, dado a los humanos como mecanismo inherente de defensa frente a los explotadores de todo calibre y factura.

Pero el hecho es innegable por ser perfectamente constatable: Iglesia y totalitarismo van de la mano. Siempre lo fueron. Iglesia e intolerancia caminan indefectiblemente juntas a través de los tiempos.

De aquel cristianismo que no fue tal cosa, sino cristiandad, quedan pocos reductos, todos ellos perseguidos o desprestigiados por el aparato regulador de la autoproclamada "ortodoxia".

*“La institución religiosa que aterroriza o esclaviza a los hombres es una secta perniciosa.”  
Thomas Paine (1737-1809).*

*“La convivencia de Jesucristo con los tiranos nunca se dará.”*

*Joaquín Yebra.*

## ANARCOCRISTIDAD

La voz “*jerarquía*” es término al que estamos perfectamente acostumbrados. Lo damos por hecho. Nos parece que no existe ni puede existir una manera de estructurarnos que no responda a criterios jerárquicos. De ahí que no podamos imaginar otra manera de constituir la estructura del estado secular ni de ningún otro estamento de la sociedad, a menos que siga una estructura jerarquizada.

Creemos que esa estructura es imprescindible, y, por tanto que responde a la voluntad divina. Por consiguiente, todo aquel que se cuestiona la validez del sistema imperante o está fuera de sí, debe encerrarse, o bien representa un peligro máximo para el orden establecido, por lo que es menester eliminarle lo antes posible, no vaya a contaminar a otros con sus ideas. Se le atribuye el “*sambenito*” de ser “*antisistema*”, y ya no hay más que hablar, a menos que sea despreciarle y calificarle de “*perro-flauta*”.

Sin embargo, cuando estudiamos seriamente la Iglesia naciente, y lo hacemos sin proyectar sobre el texto del Nuevo Testamento nuestras ideas apriorísticas, generalmente heredadas sin razonamiento alguno, nos percatamos que dichas comunidades primeras no optaron, por lo menos de momento, por el camino del seguimiento de las estructuras del Imperio Romano.

Desde los albores de la cristiandad hubo un contingente de discípulos que optaron por seguir un camino espiritual, es decir, la senda marcada por el Santo Espíritu de Dios, el *Paráclito* enviado del Padre por nuestro Señor Jesucristo para no dejarnos huérfanos, mientras que otro contingente tristemente optó por seguir las huellas del Imperio Romano, que en aquellos momentos ya se encontraba en franca decadencia, y sedujo a la corriente principal de la cristiandad, entendiéndose de sus dirigentes, hacia un maridaje en el que el imperio vio la fórmula de coherencia que permitiría su fortalecimiento y catolicidad, es decir, sus dimensiones de universalidad.

Copiaron las normas del sistema imperial e imperante con sus estructuras jurídico-políticas, y de ese modo organizaron sus comunidades desde su sede central en Roma.

Así fue como establecieron una jerarquía alrededor de la categoría de los poderes sagrados del imperio, los “*sacra potestas*”.

Aquellos cristianos emprendieron un camino de riesgo altísimo, por cuanto su punto de partida fue la abierta desobediencia a nuestro Señor Jesucristo, quien siempre rechazó el poder como el mundo lo entiende, lo implanta y lo impone; es decir, la usurpación de derechos por parte de los poderosos sobre los débiles, y la explotación de los debilitados para su mayor empobrecimiento, mientras los poderosos incrementaban su riqueza. Hoy las cosas no han cambiado en absoluto. Sólo ha habido una efímera alteración en el maquillaje empleado.

Para nuestro Señor Jesucristo, el poder, tal y como aparece descrito bajo la figura de las tres grandes tentaciones de Jesús de Nazaret en el desierto –la tentación del poder profético, la del poder religioso y la del poder político- siempre es de origen diabólico, pues procura el desempeño máximo del afán por el lucro y la dominación.

El único poder lícito para nuestro Señor y Maestro es la capacidad y la autoridad para el desempeño del servicio a nuestros prójimos, comenzando por los empobrecidos y debilitados, opción preferencial que se desprende de todas las Sagradas Escrituras en general, y del testimonio y enseñanza de nuestro Señor Jesucristo en particular.

Las enseñanzas de nuestro bendito Señor al respecto no pueden ser más claras y contundentes. Veamos unos ejemplos:

Mateo 23:8-12: “Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí (‘Maestro mío’); porque uno es vuestro Maestro, el Cristo (‘Mesías’, ‘Ungido’), y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis ‘Padre’ vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos; ni seáis llamados ‘maestros’; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

Marcos 10:42-45: “Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Sin embargo, y a pesar de estas nítidas instrucciones de nuestro Señor, el camino emprendido por la iglesia institucional jerárquica, bajo la forma de monarquía absolutista, rechazó hacer partícipes a los laicos, es decir, a los no ordenados, desencadenando toda clase de guerras, persecuciones y matanzas con el objetivo de mantener su poder imperial, y originando de ese modo todas las fragmentaciones y divisiones que han llegado hasta nuestros días, desembocando en un clima de gravísima crisis de confiabilidad para todas las iglesias en general, y para las vinculadas con el estado secular en particular.

De forma algo mitigada, esto mismo nos ha alcanzado en el Protestantismo, heredero burgués y subsidiario de Roma, en su fraccionamiento en cientos de denominaciones al estilo de los *Reinos de Taifas*, esos pequeños estados que surgieron tras la desintegración del *Califato de Córdoba*, después de la guerra civil del año 1009 d.C., de la que casi nadie recuerda nada, por cuanto es difícil hallar alguna referencia al respecto en los libros de historia de nuestros hijos y nietos, como si no formara parte de nuestros antecedentes históricos, y que tanto ayudan a comprender muchas de las situaciones y posiciones que hoy se siguen dando en nuestra nación.

Ese fraccionamiento de la cristiandad bajo el dominio y potestad de las iglesias institucionales siempre se desarrolla con la tendencia a degenerar en pequeñas

“*Romas*”, algunas de ámbito minúsculo, que por un proceso de atomización imparables siguen fraccionándose hasta llegar a un reduccionismo ridículo y grotesco.

Las que logran sobrevivir, al estilo de las sectas californianas que están surgiendo casi a diario, luchan en su aspiración por el reconocimiento de los poderes estatales, y de esa manera llegan a pasar de ser tenidas por movimientos sectarios, a ser consideradas *denominaciones*, todo ello en la medida en que llegan a alcanzar un mayor o menor notorio arraigo y se someten al poder estatal y entran en colaboración con el orden establecido.

Cuando predomina el poder y las ansias por el mismo, el amor se ahuyenta, por cuanto éste no procede de nuestras organizaciones y estructuras jerárquicas, sino única y exclusivamente de la bendita persona del Espíritu Santo:

Romanos 5:5: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.”

El estilo de organización de la iglesia jerarquizada y burocratizada ha sido y sigue siendo estructural según el mundo lo entiende, formal sobremedida y frecuentemente muy inflexible, llegando en casos extremos a ser sangrientamente cruel. Esto no es realmente opinable, sino constatable en los anales de la historia, que están ahí para que todo el que quiera tomarse la molestia pueda estudiarlos.

Este tipo de estructura eclesiástica, se llame como se llame, y se esconda como se esconda bajo los maquillajes cada día más variopintos y sofisticados, llega a no tener absolutamente nada en común con el proyecto del Padre Eterno que el Hijo Unigénito nos trajo y encargó lleváramos adelante bajo la dirección del Espíritu Santo.

Así se explica que no haya habido durante siglos espacio alguno para la misericordia, con rarísimas excepciones personales, por cuanto la estructura jerarquizada va ocupando todos los ámbitos hasta llenarlo todo, desplazando incluso a la bendita persona de Jesucristo, quien al final de la historia se nos presenta fuera de su propia Iglesia, la que Él ha ganado con su sangre, llamando a la puerta para poder acceder.

De ese modo el poder se distribuye entre las familias con *pedigrí* dentro de una sutil trama de nepotismo encubierto, no tan fácil de descubrir a primera vista, si bien, con el paso del tiempo, estas familias de la “*oligarquía espiritual*” olvidan sus pudores y sin rubor alguno se establecen como la forma normal y natural de constituirse.

Las autoproclamadas “*iglesias*” se erigen a sí mismas en representantes exclusivos de Jesucristo, mientras sus actuaciones suelen alejarse a enorme distancia de la persona, obra y enseñanza de Jesús de Nazaret. Desde el punto de vista sociológico, las instituciones religiosas que conforman el cristianismo organizado constituyen un entramado de sincretismo múltiple que se compone de elementos tomados de las antiguas religiones, de misterios prestados por el paganismo y de otros cultos asimilados que llegan a borrar casi completamente las enseñanzas genuinamente cristianas, es decir, las de Jesús de Nazaret.

---

Como atestigua el historiador *Dr. Robert Kehl*, en su obra titulada *“Die Geheimnisse der Kirche”*, *“Los Secretos de la Iglesia”*, Zurich 1977, pág. 1975, cuando dice así:

“Es discutible si el cristianismo fue influenciado o acuñado por el culto a Mitra o por el culto a Isis o por el misterio de Atis... Según nuestro concepto, el cristianismo ha tomado préstamos de algunos más y de otros menos, de uno esto y de otro aquello. A nosotros nos parece que del culto a Atis ha tomado especialmente la enseñanza de la salvación por la sangre (*“Bluterlösungslehre”*), del culto a Mitra los sacramentos, y del culto a Isis la veneración a María y la liturgia en general, y, por ejemplo, también ha tomado consciente o inconscientemente y como modelo el orden del templo, así como la espiritualidad y la devoción.”

Por muy discutible que sean algunos de estos aspectos, lo auténticamente indiscutible es el hecho de que las iglesias, comenzando por las de más hondas raíces en la historia, hasta los movimientos más modernos, todas han contribuido en la traición a Jesús de Nazaret que nosotros hemos optado por llamar en este trabajo *“El Gran Rapto”*.

Es constatable, insistimos, que esta amalgama de creencias y filosofías adoptó la estructura organizativa del imperio romano para ir más allá de los objetivos y pretensiones del poder totalitario de los emperadores, traspasados después al vaticanismo papal y su estructura jerárquica de aspiraciones universales.

Aquí es donde nos tropezamos con la aparente paradoja de la existencia de movimientos no cristianos que mantienen con Jesús de Nazaret más elementos comunes que todas las iglesias cristianas, tanto en su versión romanista como en la ortodoxa, amén del degradado mosaico del protestantismo burgués.

La insensibilización gestada por la jerarquización de las iglesias institucionales se muestra de manera evidentísima en la falta de comprensión hacia todos los que no responden a las expectativas de sus respectivos sistemas, como, por ejemplo, los divorciados, los *homoafectivos* –mejor que *‘homosexuales’*, por ser voz que se centra exclusivamente en el sexo-, el antifeminismo en forma de celibato forzoso para los ministros bajo el poder de Roma, y la exclusión de la mujer en el ministerio sacerdotal del catolicismo romano y del ministerio pastoral en bastantes denominaciones infectadas de evidente misoginia dentro del campo protestante, donde se ignoran u ocultan las mentiras acerca de la mujer que han venido gestándose y afirmándose en el curso de los siglos. A este respecto recomendamos leer el libro titulado *“La Mujer en la Vida de Jesucristo y de la Iglesia Naciente”*, en la sección *“Publicaciones”*, de nuestra página [www.ebenezer-es.org](http://www.ebenezer-es.org)

A esto hemos de añadir el hecho igualmente constatable de los crímenes, guerras, persecuciones, matanzas, cruzadas, hogueras inquisitoriales y amenazas de condenación eterna, y demás indignidades acometidas por quienes se han apoderado de la representatividad exclusiva de Jesucristo en el curso de la historia. Ellos son los responsables de que millones de personas hayan rechazado a Jesucristo al no haber sido capaces de diferenciarlo de los sistemas de explotación que han venido y continúan haciendo uso de su nombre como pretexto para sus ignominias. Estos son



los escandalizados de entre los honrados buscadores de la verdad que se levantarán en el juicio final ante los vendedores de religión de todos los tiempos, tanto en el nombre de Jesucristo como en otros nombres.

De ese modo, el mensaje de Jesucristo ha quedado secuestrado por quienes lo han ido convirtiendo en una larga lista de amenazas y condenas, a millones de años-luz del sencillo Evangelio del Reino y de la Gracia, obscurecido por las prácticas criminales de las autodeclaradas iglesias y sus dirigentes, quienes lo han desfigurado hasta convertirlo en sistemas irreconocibles.

Tengamos muy presente que llevamos muchos años viviendo la estafa de quienes copian productos de alta calidad para distribuir sus falsas réplicas de ínfima calidad bajo el nombre original de la marca. El comprador está convencido de haber adquirido un producto valioso, pero, en realidad, sólo tiene una copia de pésima calidad que ha sido pirateada por unos estafadores. Cuando aplicamos este proceso de comercio fraudulento al Evangelio de Jesucristo nos hallamos ante la piratearía de las iglesias que bajo las marcas *“Jesucristo”* y *“Evangelio”* venden de la manera más grosera falsedades y subterfugios que llegan a no poseer absolutamente ninguna de las propiedades de los originales.

A esto hemos de añadir el culto vergonzoso a la criatura, como se desprende de grandes sectores del pueblo católico romano en su actitud hacia la persona del Papa de Roma, asumiendo su blasfema autoproclamación de *“Santo Padre”*, *“Su Santidad”* y *“Vicario de Cristo”* entre otras, como los títulos de *“Eminencia”* y *“Excelencia”* para sus secuaces; así como el surgimiento de *“ungidos”*, *“apóstoles”*, generalmente autoproclamados como tales, y *“pastores-estrella”* en el protestantismo fundamentalista y carismático de más reciente importación, como es el caso del denominado *“neopentecostalismo”* de la última *“ola”*, y dentro de esta categoría el *“Movimiento de Fe y Prosperidad”*, conocido también como *“Confesión Positiva”*, los cuales terminan por degenerar en una camarilla de abusadores espirituales y explotadores de los más mentalmente debilitados, llegando en casos extremos al desarrollo de sectas causantes de suicidios colectivos.

Al respecto de lo que venimos diciendo, recomendamos la lectura de nuestro libro *“La Verdadera Autoridad Espiritual frente al Abuso de la Autoridad y la Manipulación de las Conciencias”*, que también puede hallarse en la sección *“Publicaciones”* de nuestra página [www.ebenezer-es.org](http://www.ebenezer-es.org)

En el romanismo, muchísimo más jerarquizado que sus hijas deformes, las iglesias protestantes, se llega a la aspiración de alcanzar una potestad directiva suprema sobre toda la humanidad, como se desprende de sus pretensiones universalistas, proponiéndose recientemente detentar la supervisión papal sobre los altos estamentos de la economía mundial, en un claro regreso a las formas medievales más oscurantistas.

En el aspecto espiritual, en el documento del año 2000 titulado *“Dominus Iesus”*, el entonces cardenal *Ratzinger*, hasta hace poco tiempo *Papa* y actualmente *“Papa*

*Emérito*”, repetía la declaración medieval de que “*fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación*”, añadiendo la advertencia de que “*los cristianos de afuera corren grave riesgo de perderse.*”

Mientras tanto, la crisis producida por el descubrimiento de uno de los más ocultos secretos del romanismo, los numerosísimos casos de pedofilia y toda clase de abusos sexuales, a todas luces práctica muy generalizada, y no meros casos aislados, ha cubierto portadas de periódicos y alcanzado a todos los demás medios.

Sin embargo, como afirma *Leonardo Boff* (1938), la verdadera crisis del romanismo no radica en estas perversiones, por muy detestables que sean, sino en la institucionalidad histórico-social del propio catolicismo romano, no como comunidad de creyentes, sino como estamento representativo de esa institución.

Para *Boff* se trata de una institución desfasada y anacrónica respecto a la cultura contemporánea y en fuerte contradicción a lo que este teólogo denomina “*el sueño de Jesús*”. Nos encanta esta expresión, pues toca la fibra sensible de quienes creemos en Jesucristo, pero nos sentimos muy incómodos en las instituciones que se autoproclaman “*iglesias*”.

*Boff* ve el romanismo como una institución sustentada sobre dos formas de poder: Por una parte, el secular, de naturaleza organizativa, jurídica y jerárquica, evidentísima herencia del imperio romano; y por otra parte, como institución sostenida sobre la teología política de *Agustín de Hipona* (354-430 d.C.) y su “*De Civitate Dei contra Paganos*”, “*La Ciudad de Dios contra los Paganos*”, que él identifica con la iglesia como institución frente al mundo pagano. El resultado es que el Evangelio no es lo que verdaderamente cuenta dentro de la institución, sino, antes bien, el poder sagrado de la propia Iglesia, al estilo del concepto “*potestas sacra*” y “*plenitudo potestatis*”, como monarquía absolutista, copia del imperio romano.

El César de Roma detentaba todos los poderes –*político, militar, jurídico y religioso*- y del mismo modo el Papa de Roma detenta todos los poderes según el *canon 331 –ordinario, supremo, pleno, inmediato y universal-* lo que le constituye en “*Dios en la tierra*”, o como algunos han afirmado muy acertadamente, “*el Papa es un César bautizado*”.

Estos poderes que forman la verdadera constitución de la Iglesia Católica Romana se establecieron a partir del año 325 con el emperador *Constantino el Grande*, y fueron oficialmente instaurados en la Iglesia en el año 392, cuando el emperador *Teodosio el Grande* impuso el cristianismo como religión oficial –estatal- del imperio romano.

Así fue como el cristianismo institucionalizado adquirió todos los honores, títulos, distinciones y hábitos palaciegos del estado imperial que se mantienen hasta nuestros días en el estilo de vida y práctica de los papas, cardenales, obispos y demás miembros del alto clero.

Con el paso de los siglos, el papado alcanzó formas cada vez más totalitarias, tiránicas y crueles, especialmente a partir del pontificado de *Gregorio VII*, quien en el año 1075

se autoproclamó no sólo señor absoluto de la cristiandad, sino del mundo. Sería después el Papa *Inocencio III* (c. 1216), quien se presentaría ante la cristiandad no sólo como supuesto sucesor del Apóstol Pedro, sino como representante máximo de Jesucristo en la tierra.

El Papa *Inocencio IV*, quien le sucediera en el año 1254, fue todavía más adelante proclamándose representante de Dios en el mundo y señor universal de toda la tierra, lo que le facultaba para repartir territorios del planeta a quien quisiera. Así lo haría con los monarcas de España y Portugal en el siglo XVI. Después, en el siglo XIX, sería el Papa *Pío IX*, en el año 1870, quien sería proclamado “*infalible*” al hablar “*ex-cátedra*” en materia de fe y doctrina.

La búsqueda del poder, tanto en Roma como en todas las demás iglesias e instituciones eclesiásticas, es la dinámica que obstaculiza al pueblo para poder escuchar la voz de Dios, sofoca a los profetas y cierra las puertas al amor y a los más carentes de poder, es decir, a los empobrecidos de la tierra. La religión organizada y las iglesias institucionalizadas no pueden por menos que borrar el rostro humano de Dios, es decir, el rostro de Jesucristo, imagen misma de la sustancia divina.

Mientras tanto, dentro del mosaico de las denominaciones protestantes, este mismo espíritu tan extraño y ajeno a la persona, vida y enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, se va extendiendo en forma de descrédito y rechazo de muchas de ellas entre sí, en una lucha encarnizada por aumentar su membresía y aspirar a mostrar las señales inequívocas de ser la verdadera y auténtica Iglesia de Jesucristo. En esa espiral mercantilista vemos deslizarse a muchos de los nuevos movimientos que hace poco han aterrizado en nuestro país, tras su notable fracaso en otras naciones de esta Europa postmoderna y postcristiana.

Esta herencia recibida del contexto capitalista norteamericano, extendido por toda Latinoamérica, que recientemente ha alcanzado nuestras costas, no es sino la mercantilización del mercado religioso, una repugnante práctica que escandaliza a los verdaderos cristianos y desprestigia el glorioso Evangelio de nuestro Señor Jesucristo ante el mundo.

Ahora bien, hemos comenzado afirmando que “*jerarquía*” es un término al que estamos acostumbrados, pero a la voz “*anarquía*” no sólo no estamos tan habituados, sino que, además, es un vocablo cuyo significado generalmente desconocemos o tergiversamos, por lo que su uso suele ser erróneo.

Lo más frecuente es que la voz “*anarquía*” despierte en la mayoría de las personas poco versadas en la lengua toda una serie de imágenes de desorden, violencia y caos como resultado del levantamiento de los indignados frente al gobierno establecido y el abuso de poder por parte de las clases dominantes.

Sin embargo, el sentido cristiano de la “*anarquía*” no cae en la trampa de quitar un gobierno corrupto (del latín “*cor*”, “*corazón*”, y “*ruptus*”, “*roto*”, del latín “*rompere*”, “*partir por la mitad*”), para sustituirlo o reemplazarlo por otro igualmente corrupto o todavía más, si fuera posible, y que en demasiadas ocasiones en verdad lo es.

Este es un pensamiento compartido por la mayoría de las personas, si bien por la hipocresía que el propio sistema genera y el miedo cada vez más extendido por las posibles repercusiones que pueda acarrear, somos relativamente pocos quienes nos atrevemos a manifestarlo, asumirlo e incluso a ponerlo por escrito. A nosotros no nos cuesta en absoluto hacerlo, por cuanto creemos que se trata de un sagrado deber para con el pueblo cristiano y los muchos buscadores sinceros.

El sentido de la “*anarquía*”, para quienes nos identificamos llanamente como “*anarcocristianos*” -sólo con el fin de mostrar quiénes somos con pocas palabras, pues como etiqueta nos resulta ésta tan deplorable como todas las demás, y sólo la mencionamos para evitar largas explicaciones- nos mueve a identificarnos con los primeros *anabautistas* (no confundir con los ‘*Bautistas*’ de nuestros días, entre quienes nos desenvolvemos, pero infortunadamente entroncados en la Reforma del siglo XVI como una secta protestante más).

De ahí que también nos identifiquemos con los *Menonitas* originales y otros movimientos cristianos, cuyos rasgos de afinidad, al menos en algunos de sus aspectos troncales, descubrimos hoy presentes en la corriente filosófica conocida por *Personalismo* (*Emmanuel Mounier, 1905-1950*) y la *Teología de la Liberación*.

Se trata de un sentido que va mucho más allá del rechazo de las fuerzas demoníacas que se ocultan tras todos los reinos de este mundo y su gloria, los que le fueron presentados a nuestro Señor Jesucristo en una de sus tentaciones en el desierto, tras su bautismo en el agua y en el Espíritu; es decir, el dominio y la plenipotencia mundana con toda su fuerza reflejada en sus finanzas, que el maligno ofreció a nuestro bendito Salvador si éste le rendía adoración.

Para empezar conviene tener presente que el diccionario de la “*Real*” *Academia de la Lengua* define “*anarquía*” como “*ausencia de orden público*”, en primera acepción, y en segunda, “*desconcierto, incoherencia y barullo*”. Estas son las definiciones prejuiciadas que se nos dan en el órgano oficial de la Academia de nuestra lengua.

Con esas definiciones podríamos describir a la perfección no la *anarquía*, sino el sistema socio-económico-político bajo el cual sobrevivimos; el que presume y alardea de ser un sistema ordenado jurídicamente, un sistema basado en el derecho, en el que supuestamente se nos dice que coexistimos bajo el imperio de la ley, del cual estamos convencidos ante muchas evidencias incuestionables que se trata, como nos gusta repetir, del mayor de los desórdenes; un sistema basado en una Constitución que garantiza el derecho de los españoles a tener una vivienda digna, pero en el que hay quienes optan por el suicidio ante la amenaza de ser desahuciados y quedar a la intemperie por no poder hacer frente al pago de las hipotecas bancarias, mientras la banca recibe muchos millones para ser puesta a flote de nuevo y continuar su práctica de la usura encubierta por el estado secular.

La ideologización de esta institución académica, no en vano precedida en su titulación como “*Real*”, es más que evidente, en este como en todos los demás casos. Con la segunda acepción del término se logra condicionar a quienes se acercan a este órgano

absolutamente prejuiciado y compuesto por viejos caducos que viven en esa tumbona compartida con todos cuantos no quieren que haya cambio alguno, por cuanto les ha ido muy bien en esta “*feria*”.

Sin embargo, cuando buscamos la raíz etimológica de esta voz, nos encontramos con algo muy diferente. El vocablo “*anarquía*” nos ha llegado al castellano directamente de su origen griego, y es término formado por el prefijo “*an*”, que es “*no*”, o “*sin*”, y el sustantivo “*arjón*”, que es “*soberano*” o “*gobernante*”, y por lo tanto representa lo más opuesto al monopolio del poder.

Bastaría con este sencillo conocimiento etimológico, más los textos evangélicos en los que Jesús rechaza todo parecido de la comunidad cristiana con los reinos de este mundo y los que son tenidos por gobernantes de las naciones, los ejecutores de potestad impuesta sobre sus súbditos, para que afirmáramos sin rubor que la propuesta de nuestro Maestro es lo que nos atrevemos a denominar “*anarcocristidad*”, por mucho que rechinen los dientes de los defensores del orden establecido, insistimos, el mayor de los desórdenes, y sus *ilustrísimos*, *excelentísimos*, *reverendísimos* y *reverendos* a sueldo.

Quienes optamos por seguir el curso del Espíritu Santo, frente a la corriente inmensamente mayoritaria que ha seguido y sigue el curso del imperio y sus instituciones, es evidente que no hemos por menos que defender la absoluta separación de la Iglesia y el estado secular, proclamar el antimaterialismo, el “*comunitarismo*” o auténtico *comunismo* (“*koinonía*”, “*tener en común*”), la hermandad universal, el pacifismo, la libertad de conciencia, y, naturalmente, la Iglesia de los fieles, no jerarquizada, en la que nadie es “*objeto*” ni comparsa, sino todos “*sujetos*”.

Nuestra visión de la Iglesia de Jesucristo no es institucional, sino constituida por personas, no conjugable con clérigos de alto rango sentados a la mesa de los banquetes públicos al lado de las emperifolladas “*vacas de Basán*”, esposas de banqueros, magnates y los políticos de turno; las damas que presiden las mesas de cuestación de Cruz Roja a las que algún restaurante de postín les sirve un copioso desayuno.

Nuestra visión de la Iglesia de Jesucristo no es conjugable con las juntas, convenciones, concilios y conferencias donde se toman decisiones a espaldas del Espíritu Santo; ni junto a banderas para que los soldados adiestrados para matar seres humanos, es decir, a sus hermanos, las besen y juren fidelidad a instituciones que no defienden los intereses de los pueblos, sino los de las oligarquías que los explotan y se enriquecen sobremanera con la industria armamentista y todos los demás derivados de los conflictos bélicos.

Tampoco es conjugable ni compatible con la fusión de la espada y la cruz, ni del trono con el altar; ni con clérigos que en el nombre de Jesucristo bendicen cañones y carros de combate, acompañan como capellanes a las tropas en la batalla para procurar hacerles morir “*en paz*”, y a los condenados a la pena capital en su recorrido al patíbulo del estado.

Creemos firmemente que pretender justificar la existencia de un clero castrense es una paradoja cristiana de dimensiones inconmensurables. De ahí que comprendamos por el conocimiento de la historia que semejante situación se dé dentro del romanismo imperial, pero nos repugna la lucha institucional por lograr que se considere la figura del ministro evangélico dentro de los establecimientos militares del estado.

Los dirigentes “*espirituales*” al servicio de los poderes seculares, quienes a su vez son siervos de la oligarquía, es decir, los clanes familiares poseedores de los medios de producción, el capital industrial y bancario, son los que llevan muchos siglos dominándonos y diciéndonos cómo hemos de vivir, y obligándonos a someternos a su obediencia por medio de la normalidad cultural del sistema por ellos mismos organizado y presidido.

Siguen lavándonos el cerebro por medio de la televisión, el cine, la publicidad y el marketing, la música, la cultura ‘*pop*’ o la que sea menester, además de todos los artilugios electrónicos con que mantener domesticados a los jóvenes.

La imaginación está sometida al poder, como todos los demás quehaceres de inventiva y creatividad. En definitiva, mediante la utilización estudiada y programada de los medios de comunicación “*social*” al servicio de los intereses del poder, entiéndase de quienes lo detentan.

A esto hemos de añadir toda la cohorte de profesores, catedráticos y demás docentes encargados de hacer prosélitos del sistema desde su praxis al servicio del estado secular, amén de las instituciones de enseñanza en manos de las iglesias, la católica-romana en nuestro contexto inmediato y particularmente mediante algunas de sus sectas especializadas al respecto, como son la *Compañía de Jesús* y el *Opus Dei*, naturalmente muy enfrentadas entre sí en busca de la supremacía absoluta y excluyente.

La decepción producida en los pueblos ha dado origen a la búsqueda del sentido de la vida en el humanismo y el existencialismo. No era para menos. Sólo tenemos que echar una mirada a nuestro alrededor para percatarnos de la realidad de la situación en que nos hallamos sumidos en nuestra actualidad.

No sólo se ha desmoronado el llamado “*sueño americano*”, también el “*sueño europeo*”, el “*mercado único*”, la “*moneda única*”, la añorada “*democracia*”, en el caso español, tras cuarenta años de descarado franquismo, es decir, una grotesca versión española del fascismo italiano y del nazismo alemán, al estilo de las *españoladas cinematográficas*; un absolutismo casero protegido por las “*democracias*” burguesas europeas, los Estados Unidos de América y la Iglesia Católica, para defenderse del avance del imperio soviético, falsamente llamado “*comunismo*”, e igualmente traidor, en su caso al pensamiento del filósofo Karl Marx.

En nuestro caso, hemos visto como la democracia transicional mostraba su verdadero rostro, convirtiéndose en una “*democracia formal*”, diametralmente opuesta al sentido social de la auténtica democracia, bajo un “*franquismo coronado*” que repugna

a quienes seguimos manteniendo despierta nuestra conciencia gracias a no dejarnos “*emborrachar*” con el *botellón* del fútbol y algunos otros entretenimientos y diversiones propias de las rudas artimañas empleadas por el sistema para adocnar al personal.

*“Antes vestías de Orgánica  
Y ahora vistes de Inorgánica.  
Con los modistos de siempre  
No puede haber Democracia.”*

*(Manuel Pacheco, 1920).*

Estamos convencidos de que necesitamos una revolución, y no nos da miedo llamar a las cosas por su nombre, y no una mera “*reforma*”, que sólo sería una más de las que se han dado en el curso de la historia.

Urge una revolución, pero no en el sentido del derramamiento de sangre humana de hermanos nuestros, por muy equivocados que creamos estén, y sin duda lo están, sino una revolución en el seguimiento de las huellas de Jesús de Nazaret, quien vino para realizar el acto más revolucionario imaginable, ofreciéndose como mártir y sacrificio por el mundo, y venciendo de ese manera a todas las “*autoridades*” dominantes.

Esa revolución no podemos esperar sea llevada a cabo por las iglesias institucionales, por cuanto ellas mismas existen para defender, promover, y procurar la perpetuidad de los “*valores*” más opuestos y enfrentados a la enseñanza y la praxis de nuestro Señor Jesucristo.

Evidentemente, no hemos de esperar que dichas instituciones se vuelvan contra sus patrocinadores, si bien, esporádicamente, algunos de sus miembros se revuelven contra el sistema y sus *sponsors*, pero son perseguidos, desprestigiados, se levantan falsos testimonios contra ellos, y en casos extremos son cruelmente eliminados.



*“Si quieres entender  
la ley de la gravedad,  
levanta tu voz  
contra la injusticia;  
comprenderás  
la gravedad de la ley.”*

*(Eladio Méndez, 1957).*

## EL CICLO DE VIOLENCIA

Este es un texto muy sorprendente y desconocido para los más:

“Cristo descendió de la cruz y dijo a los creyentes que oraban de rodillas ante él: Hijos míos, sois unos imbéciles. Hace diecinueve siglos que predije la paz, y la paz no se ha hecho.

Predije el amor y continúa la guerra entre vosotros; abominé de los bienes terrenos y os afanáis por amontonar riquezas. Dije que todos sois hermanos y os tratáis como enemigos.

Hay entre vosotros tiranos y hay gentes que se dedican a esclavizar. Los primeros son malvados; los segundos, idiotas. Sin la pasividad de éstos, no existirían aquéllos. Grande es la crueldad de los unos; mayor la resignación de los otros.

¿Por qué sufrir en silencio cuando se tiene la fuerza del número... del derecho? No fue éste el espíritu de mis predicaciones; vosotros, los republicanos de la religión, la habéis falseado.

Yo vi el origen del mal en la autoridad y en su órgano el Estado, y por eso me persiguieron. Desconocí el poder de los Césares, como atentatorio a la libertad humana, y por eso perecí en la cruz.

Uno de mis más amados discípulos, Ernesto Renan (1823-1892), ha dicho que yo fui un anarquista. Si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, persiguiendo toda ley, declaro que fui anarquista.

No quiero que unos hombres gobiernen a otros hombres; quiero que todos seáis iguales. No quiero que trabajen unos y que otros, en la holganza, consuman lo producido; quiero que trabajéis todos.

No quiero que haya Estados ni Códigos, ni ejércitos, ni propiedad, ni familia; que todos os tengáis tan grande amor que no necesitéis ni verdugos ni jueces; que miréis como hijos vuestros a todos los niños y como esposas a todas las mujeres; que seáis una gran familia, sana y laboriosa.

¿Por qué no lo hacéis así, hijos míos? ¿Por qué sois tan malvados que os complacéis en destrozarnos? La tierra es grande y fecunda; los campos producen lo necesario para que todos viváis; la mecánica ha llegado a tan maravilloso grado de perfección que aplicando sus conocimientos y los de la higiene a las fábricas y a las minas, el trabajo trocaríase de penosa tarea en alegre entretenimiento.

Entonces trabajaríais todos como todos tenéis gusto de disfrutar los placeres de un deporte, y en tres horas de ese trabajo alegre y voluntario recibiríais los múltiples

menesteres de la vida social, que hoy reciben unos cuantos. No habría entonces ni explotadores ni explotados, no habría señores ni vasallos, no habría monarcas y súbditos. Con la propiedad desaparecería la sed de riqueza, el afán del lucro, la eterna rivalidad entre los pueblos, el asesinato lento en el taller insalubre de millones de hombres.

No padecería la mujer, sin la autoridad del esposo, la tiranía que al presente padece. No sería el amor fórmula hipócrita sancionada por la Iglesia o el Estado; sería pasión espontánea o voluntaria. No sería esclavitud de la mujer al hombre, porque tan libre y dueña de la tierra como aquél sería ésta, y para nada tendría que preocuparse del porvenir de los hijos; no cometería tampoco nadie la ligereza de jurar amor eterno, como si el amor dependiese de la voluntad y de él se pudiese responder libremente.

No habría naciones diferentes; los ríos y las montañas no servirían de barrera para que los hombres dejasen de ser hermanos, las fronteras que hoy separan los pueblos no serían motivo para que se hiciesen cruda guerra. Lo que hoy reputáis injusto para unos y justo para otros, sería igualmente dañoso para todos.

El asesinato sería un crimen y lo sería también la guerra; sería condenable la mentira de que usáis en los tratos de pueblo a pueblo, tanto como hoy es aplaudida. La moral sería la misma para todos y no se alteraría su esencia ni su forma con la diversidad de razas y países.

No cometeríamos la inhumanidad de encerrar al delincuente en una prisión, como si con ello pudierais enmendar la falta que es imputable a vosotros y no a él. Al desgraciado que realizase un acto inmoral lo trataríais como a un enfermo, y no agravaríais su mal privándole de la libertad, don el más preciado entre los hombres.

Si desaparecieran las causas del crimen, ¿no desaparecería el criminal? ¿Habría rapiñas sin propiedad? ¿Habría celos sin el monopolio de una mujer? ¿Habría rencillas por el poder sin el poder?

Hijos míos, ¿por qué sois tan imbéciles? ¿Por qué sois tiranos los unos y resignados los otros? Sacudid el yugo los que sufrís la tiranía; destruid la opresión los que vivís esclavizados. Con vosotros, los obreros, está la fuerza, vosotros sois el mayor número. Si agonizáis en las fábricas es porque no tenéis la entereza de hacer saber vuestro derecho.

Levántate, levántate, hijo mío. No es de los tiempos que corren la oración; no es esta época de lucha la resignación mística. Me habéis injuriado gravemente, habéis disfrazado mis doctrinas. No legitiméis con mi nombre la explotación. Los que mantienen gobiernos y soldados no son mis discípulos. ¡Levántate y lucha!

Este sorprendente texto nos ha llegado en el artículo titulado *“El Verdadero Cristo”*, de José Martínez Ruiz, que apareció primeramente en la publicación *“La Voz del Pueblo”*, núm. 3, fechada en Terrassa, en el año 1910. Lo reproducimos porque contiene material que creemos nos invita a dedicar algún tiempo para meditar en él.

Desde luego, es más que evidente que Jesús de Nazaret jamás tuvo la intención de crear una nueva religión, ni constituir una organización eclesiástica como las concebimos hoy, ni siquiera de reformar la religión templocentrista de Israel establecida firmemente a partir de la monarquía davídica en su sucesor *Salomón*, ni el posterior judaísmo extendido por la red de sinagogas fruto del fariseísmo que habían sido establecidas en toda la cuenca mediterránea, y sin las cuales hubiera desaparecido la religión de Israel, y al cristianismo le hubiera costado mucho más extenderse.

Tampoco fue ese el propósito de los hermanos que presidieron las comunidades en torno al movimiento nazareno iniciado desde Jerusalem. La sola idea de establecer un nuevo sistema religioso les hubiera sonado a crasa blasfemia.

Es cierto que quisieron eliminar de su fe aquellas tradiciones que se habían asentado en su práctica religiosa por la influencia del helenismo y otras corrientes ajenas a la fe original de Israel, pero jamás pensaron en crear un sistema religioso que entrara en competencia con su propia fe hebrea, despropósito que sin duda carecería de sentido, y mucho menos que semejante sistema eclesiástico llegara a convertirse en principal perseguidor del pueblo judío, hasta negarle su derecho a la existencia, como podemos constatar en el curso de la historia.

Esto constituiría el caldo de cultivo antisemita que daría lugar a los “*pogromos*”, del ruso “*pogrom*”, voz que significa “*devastación*” y empleada para referirse a linchamientos espontáneos u organizados contra un grupo étnico o religioso, con el expolio de sus bienes y propiedades.

Muchos historiadores creen encontrar el origen documentado de estos actos vandálicos en las *Cruzadas*, calificadas de “*guerras santas*”, comenzando por la primera en 1096, si bien en otras varias empresas belicosas continuaron produciéndose dichas actividades violentas, a veces no sancionadas por las autoridades, y en otras ocasiones incluso promovidas por ellas mismas.

Esta voz, “*pogroms*” o su transliteración como “*pogromos*”, se ha aplicado en la historia para referirse particularmente a las persecuciones y matanzas de judíos en la Europa del siglo XIV, a partir del momento en que las comunidades hebreas fueron falsamente acusadas de ser las causantes de provocar muchas desgracias, entre las cuales es de destacar haber originado la peste negra envenenando las aguas.

Esta, y muchas otras patrañas, pueden encontrarse en la mayoría de las naciones europeas. Naturalmente, ninguno de estos actos violentos alcanzó las dimensiones del *Holocausto de la Segunda Guerra Mundial*, aunque estos brotes de violencia contra las comunidades judías no han acabado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, sino que han continuado hasta nuestros días.

Lo evidente es que aquellas primeras comunidades cristianas se formaron en torno a un manifiesto radical de Jesús de Nazaret contra el ciclo de la violencia, es decir, el Evangelio, la Buena Noticia de parte de Dios para los empobrecidos mediante el sistema explotador del que la religión organizada de las autoridades judías de la época,

como son y siguen siendo todos los sistemas eclesiásticos de todos los tiempos y latitudes, cómplices y colaboradores de las estructuras basadas en el poder de dominación.

Ese manifiesto es el credo original cristiano, que nada tiene que ver con las formulaciones abstractas de los posteriores credos y declaraciones de fe de las iglesias más modernas. Ese manifiesto es el discurso de nuestro Salvador y Maestro que conocemos como “*Las Bienaventuranzas*”.

Todas las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo están presentes en la doctrina del *Sermón del Monte*. Ni una sola de ellas forma parte de los credos y confesiones de fe de las instituciones autodenominadas “*iglesias*”. Estas bienaventuranzas fueron las que constituyeron el verdadero y primigenio credo cristiano. Toda la esencia de la praxis cristiana se encuentra en este sermón de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

En su estudio no cabe lugar para asociar estas enseñanzas de Jesús de Nazaret a lo que generalmente se entiende por religión organizada, sino la práctica de una espiritualidad radical de amor compasivo, lo más contrario y opuesto a la praxis de las instituciones eclesiásticas que los hombres han levantado para fortalecer los intereses de los imperios y sus clases dominantes.

“Viendo a la multitud, (Jesús) subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Éstos son quienes carecen de *status* y de riquezas; es decir, los humildes.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

Éstos son quienes viven conscientes de los sufrimientos de los injusticiados; es decir, los que sienten empatía.

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Éstos son quienes experimentan el enojo que despierta la injusticia del mal reparto de la tierra, herencia divina para el hombre, pero no recurren a la violencia; es decir, quienes siguen el ejemplo de Jesús de Nazaret, manso y humilde de corazón.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Éstos son quienes buscan primeramente el Reino de Dios y su justicia, pero renuncian a la venganza.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Éstos son quienes sienten y extienden su compasión hacia los necesitados de todos los órdenes.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

---

Éstos son quienes viven en la integridad que es fruto de la limpieza, y su corazón les permite ver a Dios en sus prójimos, comenzando por los más débiles, empobrecidos y vulnerables de los hombres.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Éstos son todos cuantos trabajan por la paz en medio de un mundo sumido en la guerra, y lo hacen mediante la no violencia activa.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

Éstos son quienes sufren con paciencia y perseverancia la descarga de odio de parte de quienes viven por el afán por el lucro y la explotación de sus hermanos como suprema meta y religión.

Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” (Mateo 5:1-12).

La consideración seria de estas declaraciones de nuestro bendito Señor y Salvador muestra cuál es el verdadero camino cristiano y evidencia la razón por la que este credo mesiánico fue excluido de la doctrina de las iglesias institucionales, substituyéndolo por los credos tradicionales, absolutamente abstractos y alejados de todo posible compromiso con la justicia de Reino de Dios, es decir, el gran tema de la predicación y la praxis de Jesucristo.

Los comentaristas vendidos al poder opresor de turno han procurado desviar la atención respecto a las enseñanzas de nuestro Señor hacia la praxis del amor, en un sentido melifluo y sin compromiso con las realidades inmediatas de los hombres. De esa manera han logrado producir el cambio de estas enseñanzas de Jesús haciéndolas pasar de ser originalmente revolucionarias a meros ideales religiosos, e incluso en muchos círculos a una efímera visión romántica y utópica de la realidad humana.

Como resultado, son los más quienes consideran que estas enseñanzas de nuestro Señor son, no ya difíciles o utópicas, sino impracticables, o bien, como algunos pensadores han dicho, las Bienaventuranzas del Sermón del Monte sólo serán practicables cuando la cristiandad comprenda que ellas son los signos distintivos de la doctrina de Cristo, las señales del camino cristiano, y que hemos de dirigir nuestros pasos en su dirección.

Sin embargo, cuando estudiamos la trayectoria de las denominaciones cristianas comprobamos que su curso no puede ser más opuesto a las enseñanzas de Jesús de Nazaret en las Bienaventuranzas.

Curiosamente, podemos observar que en algunos círculos fundamentalistas se aboga por la exaltación de los Diez Mandamientos, levantándose voces a favor de que sean

reconocidos y destacados en lugares públicos o monumentales, lo que nos parece bien, especialmente dada su naturaleza universalista, y su falta de distintivos religiosos excluyentes.

Sin embargo, no somos conscientes de que haya habido voz alguna a favor de la manifestación pública de las Bienaventuranzas, las que sintetizan la doctrina del Señor a quien los cristianos decimos seguir.

En un informe especial sobre la religión en los Estados Unidos de América, el *"Economist"* publicó, entre muchos otros, los siguientes datos sorprendentes sobre el desconocimiento de los fundamentos de la fe cristiana: Aunque un 83% de los norteamericanos afirman creer que la Santa Biblia es la Palabra de Dios, la mitad de ellos desconocen quién predicó el Sermón del Monte, lo que no implica que no conozcan algo de su contenido.

Naturalmente, la consideración de este dato estadístico sería suficiente para comprender por qué la visión anarquista de la doctrina de Jesucristo resulta hoy día más que sorprendente a la mayoría de los cristianos, incluso llega verse como una herejía de las mayores dimensiones radicales imaginables.

Es comprensible. También a nosotros nos lo pareció al principio de nuestra vida cristiana, cuando nuestro acceso a la Biblia pasaba siempre por los comentarios del cristianismo organizado, y muy especialmente por los de autores pertenecientes a la denominación de la iglesia a la que estábamos adheridos, lo que no nos permitía distinguir entre el establecimiento cristiano y la doctrina de Jesús de Nazaret, además de proyectar sobre el texto de las Escrituras muchas de nuestras propias ideas apriorísticas.

Nuestra visión anarquista de la doctrina de Cristo Jesús nos conduce a ver sus implicaciones sociales y políticas, especialmente la no resistencia al mal y la libertad de potestades superiores carentes de fundamento alguno en las enseñanzas del Maestro. De ahí se desprende nuestra conclusión respecto al mal inherente del estado secular al hacer creer que sus leyes sirven para corregir el mal, cuando en realidad, como cualquiera puede constatar, sólo sirven para mantener los privilegios, e incluso aumentarlos, de quienes se esconden tras los legisladores, esos individuos y esas familias oligárquicas que jamás muestran sus rostros en los medios de comunicación.

Durante muchos siglos, los estados seculares, patrocinadores a veces y directamente sostenidos en otras ocasiones por la religión organizada, han impuesto el sistema represivo en que vivimos, bajo capas más o menos espesas de maquillaje, y, como todos podemos comprobar, los resultados han sido desastrosos.

Solamente hay un camino para extirpar el mal, y es devolviendo bien por mal a todos sin excepción. Son muy numerosos los pasajes de los Evangelios en los que nuestro Señor Jesucristo confronta su enseñanza con las prácticas políticas, sociales y económicas de su sociedad. En más de cuarenta ocasiones vemos a Jesús de Nazaret confrontando de manera específica las prácticas corruptas de las autoridades, tanto judías como romanas. Ahí es donde hallamos la raíz del pánico que sienten las iglesias

institucionales cuando algunos de sus miembros descubren y explican esta doctrina sociopolítica de nuestro Señor Jesucristo, y dejan de limitar su predicación a pedirles a los cristianos que sean “*buenos chicos y no hagan daño a nadie*”.

Dejamos la labor de hallar estos pasajes a nuestros lectores, no sin hacerles primeramente la pregunta de cuánto tiempo hace que no leen las cuatro versiones del Evangelio que el Espíritu Santo ha querido que nos llegaran a las manos. Podemos haber caído fácilmente en la trampa de leer muchas obras sobre Cristo y su Evangelio, y haber marginado la fuente en su totalidad.

Es evidente que la enseñanza central de nuestro Señor Jesucristo radica en la no resistencia al mal con las armas propias del mal, sino con el amor y el perdón, las opciones que Jesús nos da, y de las cuales ha huido y continúa huyendo la religión cristiana organizada:

Mateo 5:38-48: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen así también los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”

Es obvio que Jesús de Nazaret nos insta a superar la ley del talión, no anulándola sino trascendiéndola, es decir, dando el paso fundamental de ir más allá de la letra que mata, para dejarnos conducir por el Espíritu Santo que vivifica, amando y perdonando a los enemigos con el fin de arrancar toda fuerza al ciclo de la violencia que lleva cegando a los hombres desde hace siglos, generación tras generación.

Desde nuestra visión radicalmente anárquica de la fe de Jesús, frente a la jerárquica del cristianismo organizado, vemos las ilustraciones de la no violencia que nuestro Maestro nos presenta como invitación a ir más allá de la ley de la venganza. La manera en que Jesús lo hace nos muestra cómo había llegado a añadirse una parte al mandamiento que no respondía al original, tergiversándose su verdadero sentido de la conocida como “*lex talionis*”.

La prueba que con tanta frecuencia pasa inadvertida a muchos cristianos la tenemos en que Jesús está citando en Mateo 5:43 lo que se decía respecto al mandamiento de Levítico 19:18 (“*amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo*”), donde lo que se



---

nos dice en verdad es: *“No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo YHVH.”*

De esta manera, Jesús descubre la forma en que el institucionalismo religioso nacionalista, es decir, la organización religiosa estatal del momento, había corrompido el sentido original del mandamiento divino. Lo mismo ha venido aconteciendo con la casi totalidad de los mandamientos divinos.

Aquí es menester tener presente que esta ley no implicaba licencia para la violencia ilimitada, sino que su sentido apunta a la ley de la reciprocidad retributiva en forma de castigo, restauración o compensación, por cuanto el número de dientes es muy superior a los dos ojos que poseemos.

De modo que Jesús nos insta a ir más allá de dicha ley, por cuanto la aplicación de la letra sin el Espíritu Santo siempre degenera, como todos sabemos, en un ciclo imparable de violencia y venganza.

Todos habremos escuchado seguramente más de una vez, y con toda razón, que una mala acción sumada a otra mala acción nunca podrán producir un bien. *“Dos males no harán nunca un bien”*. De ahí que el ciclo de la violencia jamás pueda frenarse, a menos que haya perdón y la maldición se convierta en bendición.

En la segunda ilustración, el sentido del *“golpe en la mejilla derecha”* es una hebraísmo para referirse al insulto, a la humillación y el robo de dignidad de una persona. Pero la enseñanza de Jesús consiste en no vengarnos, en no responder con las armas del enemigo, en no usar contra nuestro opositor lo que él precisamente espera que usemos. Eso es lo que implica romper el ciclo de la violencia.

En la tercera de las ilustraciones, Jesús nos muestra que al no rehusar el préstamo de la túnica o de la capa, el discípulo permanecerá en la deshonrosa situación de quedar desnudo o en paños menores, lo que hará comprender al aprovechado que su víctima es un ser humano como él, merecedor de respeto a su dignidad; que su abuso le ha conducido a una situación humillante; que quizá por primera vez el atacante abusador descubra el alcance de sus acciones en la persona de su prójimo.

Desde nuestra perspectiva anárquica, frente a las interpretaciones del cristianismo jerárquicamente organizado, la desnudez en que llega a encontrarse quien da su túnica y su capa es una situación que muestra igualmente la desnudez del sistema socio-económico-legal establecido por el poder, el pretendido orden que no es, como ya hemos repetido, sino el mayor de los desórdenes imaginables.

La siguiente de las ilustraciones que nos da nuestro Maestro precisa una explicación contextual para poder acercarnos a su interpretación. Estaba legislado que cualquier militar del ejército romano invasor pudiera exigir a cualquier judío que le ayudara a llevar su impedimenta durante una milla. El mandamiento de Jesús es que se le llevara durante dos millas, y de ese modo proceder a subvertir y trastocar el abuso de autoridad, no empleando las armas que el enemigo espera de su víctima, sino

mostrando una capacidad de decisión contraria a las expectativas del poder explotador.

Al mismo tiempo, en estas ilustraciones de nuestro Maestro se revelan las principales estrategias violentas empleadas por el enemigo contra los discípulos de Jesús de Nazaret de todos los tiempos. A saber: La intimidación física, la manipulación del sistema legal, y la vinculación de la cruz y la espada, del altar y el trono, que es la manera en que nos gusta referirnos al maridaje de la Iglesia con el estado secular.

Frente a estas intimidaciones, es evidente que la respuesta que nos instruye nuestro único Señor y Maestro es la no violencia, no como inacción pasiva, sino como no ser violentos en las acciones que emprendamos contra la violencia de que seamos víctimas, algunas de ellas sumamente sutiles.

Quien ataca a otro y le insulta o roba su dignidad engendra en su víctima el sentimiento de odio que es raíz de casi todos los males, aparte del amor al poder y el dinero, que siempre ha sido y será el principio de todos los males y dolores de nuestra humanidad. Ofender a otro porque aquél nos ha ofendido a nosotros, con el pretexto de borrar el mal infringido, no es sino volver a repetir el mal, tanto con nuestro ofensor como contra nosotros mismos.

Como tantas veces hemos escuchado *“la violencia engendra violencia”*. De ahí que tampoco la mentira puede eliminarse recurriendo a la mentira, sino usando la verdad; el mal no puede borrarse mediante el uso del mal, sino aplicando el bien; de la misma manera que el fuego no puede apagarse con fuego.

La aplicación literal de *“ojo por ojo y diente por diente”*, en el sentido más estricto de la sentencia, apegados a la letra y distantes del Espíritu Santo, produciría ceguera absoluta y mella completa en toda la humanidad. Brota en nuestra mente la imagen grotesca, fantasmagórica y repugnante de una sociedad compuesta por hombres y mujeres sin ojos en la cara y sin un solo diente en sus bocas. Esa es la distancia que media entre la religión organizada y la verdadera espiritualidad.

En realidad, puede que en sentido figurado esta sea la primera causa de la ceguera que caracteriza a las sociedades encaminadas siempre hacia el reinado de la violencia, la represión y la tiranía, bajo la apariencia del llamado *“imperio de la ley”*, para mantener los privilegios que caracterizan a las sociedades basadas en las castas más primitivas o en las actuales clases sociales.

Una vez que asumimos la violencia como método lícito de combatir a nuestros enemigos, habremos de asumir también el derecho de nuestros adversarios al uso de la violencia por su parte. De esa manera establecemos el derecho, por ejemplo, a la denominada *“guerra justa”*, a la violencia contra la violencia, a responder con las mismas armas con que somos atacados. Y vemos esto infortunadamente aceptado como normal por la mayoría de las denominaciones cristianas de nuestros días.

Como es lógico, no podemos esperar que las distintas versiones del cristianismo organizado mantengan filosofías contrarias a las de sus patrocinadores. No sería

lógico. De modo que cuando analizamos los rasgos distintivos de las denominaciones cristianas, resulta fácil descubrir quiénes son sus patrocinadores y sus verdaderas metas y objetivos.

Otros creen que un fin encomiable puede justificar los medios más indignos. Pero la realidad es que el fin, cualesquiera que sea, no puede justificar los medios que empleemos, a menos, claro está, que el propio fin pretendido esté tan podrido como los medios que se empleen para alcanzarlo.

Desde nuestra perspectiva personal, que para ahorrar palabras denominamos "*anarcocristiana*", nos encanta emplear este término, aunque insistimos en que no nos atraen las etiquetas, ni siquiera ésta; pero disfrutamos al pensar en los escalofríos y conmociones que nuestra terminología produce entre muchos aparentes correligionarios incapaces de imaginar siquiera una manera distinta de constituir un estado secular y libre, dentro del cual se dé efectivamente la libertad de conciencia en todos sus estamentos, comprendidas también las propias "*iglesias*".

Somos tan incautos y crédulos que esperamos que algunos de estos religiosos profesionales vuelvan en sí, se les encienda la bombilla y se percaten de lo que está aconteciendo en nuestro medio, y la distancia más que astronómica que media entre la praxis de Jesús de Nazaret y el montaje de las organizaciones religiosas.

Naturalmente, no podemos estar en mayor desacuerdo con quienes emplean medios indignos para alcanzar metas supuestamente nobles; actitud muy generalizada entre quienes pretenden, consciente o inconscientemente, conjugar el Evangelio de Jesucristo con los intereses de los poderes fácticos.

En definitiva, lo que queremos decir es que sentimos repugnancia y náuseas ante el *statu quo*, el estado de las cosas, el orden establecido, del que siempre añadimos que se trata del mayor de los desórdenes, con sus connotaciones de inmovilismo, de falta de diagnóstico y de medidas que identifiquen y cambien una realidad vergonzosa que nunca se llegará a modificar por el mero hecho de mirar en otra dirección.

Los medios corruptos no pueden sino corromper los fines más elevados, por la sencilla razón de que nadie puede dar lo que no tiene, sino que su aportación corresponderá siempre a sus capacidades y objetivos.

Esta es la razón por la que los fines más encomiables del cristianismo organizado, según el mundo jamás se pueden cumplir, y paso a paso van degenerándose u olvidándose, hasta llegar a convertirse, en el mejor de los casos, en mera doctrina retórica que no pasa del papel y la verborrea. De ahí que cada día resulte más difícil hallar una auténtica espiritualidad dentro del cristianismo institucionalizado en cualquiera de sus versiones.

Desde la visión anárquica del Evangelio, frente a la realidad constatable del cristianismo organizado, vinculado al estado o auspiciado por las clases dominantes y los poderes fácticos, creemos que el Mensaje de Jesús de Nazaret es la única

alternativa a la humanidad, por cuanto la propuesta de Cristo es la renuncia a la victoria de unos sobre otros y la devolución del bien por el mal.

En realidad, hasta donde somos capaces de llegar, creemos que se trata de una alternativa de naturaleza espiritual, no de carácter religioso, por lo que, como podemos constatar en el Evangelio, Jesús de Nazaret no habla de religión jamás. El tema de su predicación no es la iglesia, ni la de su momento ni de la del futuro, sino el Reino de Dios, y como consecuencia de semejante postura hace ya muchos años que hemos llegado a la convicción de que si la cristiandad no se hubiera apartado de la doctrina de Jesucristo, inventando el *cristianismo*, hoy hallaríamos discípulos de Jesús de Nazaret dentro del ámbito de todas las religiones.

Al fin y al cabo, fue a eso a lo que Jesús encomendó a sus primeros seguidores:

Mateo 28:16-20: “Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban. Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones (griego ‘ethne’, ‘etnias’, ‘pueblos’), bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

No hay ningún encargo de parte de nuestro bendito Salvador para que se enseñe doctrina como la concebimos hoy, es decir, dogmas y creencias abstractas que habitualmente no comprometen a nada ni a nadie, sino que sólo tienen la pretensión de cercar a los adherentes a un sistema religioso organizado y cerrado.

Jesús no ordena constituir una religión distinta de la espiritualidad de los pueblos de la tierra. De lo contrario no hubiera comisionado a los suyos a hacer discípulos a todas las etnias. Por eso Jesús no entra en debate con las religiones existentes en sus días entre nosotros, por cuanto su enseñanza es espiritualidad, no religión organizada.

Él mismo es víctima de esa religión estructurada para procurar el sostén del estado, o cuando menos su aceptación y tolerancia. No son ateos quienes juzgan y condenan a Jesús de Nazaret, sino el círculo religioso de su pueblo vendido al poder militar invasor.

Siguiendo el método de nuestro Señor y Salvador, nadie pierde, sino que todos ganamos. Naturalmente, este método implica pasar por sacrificios y sufrimientos, por cuanto no se trata de cobardía, sino de un inmenso valor. Como dijera *Mahatma Gandhi* “*el valor consiste en morir, no en matar*”.

De ahí que la verdadera no violencia demande mucho valor, por cuanto exige siempre estar dispuestos a sufrir, e incluso a entregar la vida, pero nunca a matar, jamás a derramar la sangre de otros. Esta es una prueba que infortunadamente no puede pasar el cristianismo institucionalizado, el que ha tratado de imponerse sin miramientos, incluso recurriendo al derramamiento de la sangre humana.

*“Esta serrana está loca,  
loca que la van a atar,  
que lo que menos se sueña  
quiere que sea verdad.”*

*(Canto popular).*

## EL MEJOR ESTADO ES ENEMIGO DE CRISTO

Decía Thomas Paine (1737-1809) que “quien se rebela contra la razón es un auténtico rebelde, pero aquel que en defensa de la razón se rebela contra la tiranía merece un título mejor que el de rey.”

No ha podido acontecer mayor desgracia en el seno de la Iglesia de Jesucristo que su maridaje con el estado secular, en forma de religión oficial del imperio romano o de unión con la corona reinante, tanto en el catolicismo romano como en el protestantismo burgués, hasta llegar a nuestros días.

En el caso español, y desde que los llamados Reyes Católicos configuraron una unidad nacional fundamentada en la unión de la iglesia Católica Romana con el estado, la laicidad y su consecuencia en forma de libertad de conciencia, siempre ha sido una tarea muy compleja dentro de la dialéctica entre el progreso y la tradición conservadora, como parte de la lucha de clases y los conflictos de intereses que han provocado tanta violencia y dolor, hasta generar enfrentamientos crueles con enorme derramamiento de sangre y una herida que sigue actuando como brecha histórica dolorosísima que permanece sin cerrarse hasta el presente.

Así se expresaba *Eugenio María de Hostos y Bonilla* (1839-1903), insigne educador, filósofo, sociólogo y escritor puertorriqueño, conocido por el apodo de “*Ciudadano de América*” por haber dedicado toda su vida a la emancipación de Puerto Rico, la unidad de las Antillas y de toda América Latina, así como por la constitución de una República Federal para España:

“El estado unitario es corruptor de nacimiento, todo estado unitario, en cualquier tiempo, espacio y forma de gobierno, es siempre personal; el estado es el jefe del estado. Y como absorbe la iniciativa de los organismos provinciales y municipales, substituye con la ley de su voluntad la autonomía de esas sociedades: de aquí la desorganización, y de ésta la corrupción.”

¡Qué triste que hombres como *Eugenio María de Hostos y Bonilla* sean casi totalmente desconocidos en nuestra tierra! Después de veinticuatro años de docencia en un centro de estudios universitarios, jamás he conocido a un alumno que tuviera la menor idea de quién fue Hostos y Bonilla.

El conflicto que continúa representa un grotesco espectáculo que deja profundas huellas de anacronismo medieval, que mantiene los hondos lazos del maridaje entre la Iglesia Católica Romana y el estado secular, la unión del trono y del altar, y de la cruz y la espada. El resultado es, obviamente, el distanciamiento del pueblo llano de la figura de Jesucristo y su Evangelio, infortunadamente vinculado siempre al poder y las clases sociales más altas.

Los pasos dados recientemente por muchas entidades cristianas protestantes en busca de aportaciones y subvenciones estatales es algo que a bastantes cristianos evangélicos nos ha causado estupor y náusea, aunque hayamos sido tildados de “*cavernícolas*” por no ir con los tiempos y procurar equipararnos a la religión que ha sabido mantener sus privilegios, tanto cuando ha sido abiertamente estatal como en nuestros días, cuando, como toda institución corrupta, se oculta bajo los más variopintos disfraces y toda suerte de maquillajes.

Esto ha causado un profundo descontento y una honda decepción por parte de muchísimos cristianos que han caído en las viscosas redes del “*denominacionalismo*”, para despertar un día y optar por salir a duras penas de entre los tentáculos del poder religioso de turno. Entre ellas, muchos han logrado aplicar la sabiduría del refrán inglés que nos advierte que “*no hemos de tirar al bebé con el agua del baño*”.

De ahí que a pesar de la inmensa decepción experimentada, millones de personas, entre quienes nos contamos, seguimos creyendo en Jesucristo a pesar del *religionismo organizado*. Esto es un auténtico milagro que demuestra el vigor del Evangelio de Cristo Jesús. Ni siquiera lo más enconados enemigos del Evangelio, que paradójicamente se encuentran dentro del propio cristianismo formal, pueden acabar con el mensaje transformador de Jesús de Nazaret, por cuanto es poder de Dios para todo aquel que cree.

Sin embargo, las iglesias vinculadas a los estados seculares han caído en un invierno espiritual riguroso e insoportablemente gélido. Su oferta sólo es costumbre y tradición, mientras que la base social de apoyo al anticuado modelo del fundamentalismo importado, que en origen está absolutamente desprestigiado y obsoleto –así lo confiesan sus propios “*misioneros*” que viene a España buscando su casi último reducto de esperanza- con su base social formada principalmente por ultraconservadores -con frecuencia racistas y xenófobos, cuando no ultraconvencidos de la superioridad de la raza blanca sobre las demás (¡como si hubiera más razas que la humana!) y muy especialmente de la supremacía del mundo anglosajón sobre el latino y africano- mucho más interesados en las realizaciones mediáticas y en la lógica del mercado que en proponer el mensaje verdadero de Jesucristo a los graves problemas actuales, solamente ofrecen una versión del cristianismo apta para calmar las conciencias de muchos incautos edulcorándolas, pero sin duda distanciándose de la humanidad doliente.

Creemos que urge tomar conciencia de esta realidad, en lugar de meter nuestras cabezas debajo de nuestras propias alas, en la arena o en las heces fétidas que tanto abundan al servicio de lograr confeccionar fórmulas políticamente correctas y polvos de maquillaje que oculten esa realidad.

Hay que reconocer y dar a conocer con valentía que la iglesia institucional, como la conocemos hoy bajo cualquier apellido, no fue el objeto de la predicación de Jesús de Nazaret. Esto ya lo hemos dicho varias veces, y seguramente lo volveremos a repetir, por la sencilla razón de creer que saber esto y asumir sus implicaciones es de suma importancia.

Sencillamente, no fue a eso a lo que nuestro Maestro dedicó su ministerio público, hasta el momento de entregar su vida por nosotros pecadores en aquella Cruz del Calvario.

Como hemos manifestado antes, y creo que conviene que sigamos insistiendo en ello – a nosotros no nos molesta hacerlo- la predicación de Jesús no fue la iglesia como la concebimos hoy. De lo contrario, Jesús y sus discípulos, pocos, y sus discípulas, muchas, como se desprende del Evangelio de Lucas, hubieran tenido que recurrir al estado, al poder, para obtener financiación para su empresa, cosa que jamás hicieron.

Lucas 8:1-3: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el Evangelio del Reino de Dios, y los doce con él, y alguna mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que había intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.”

La presencia de las mujeres, muchas, en el momento de la crucifixión de nuestro Señor es uno de los muchos detalles importantes que suelen pasar inadvertidos.

Mateo 27:55-56: “Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.”

Marcos 15:40-41: “También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José y Salomé, quienes, cuando él (Jesús) estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él (Jesús) a Jerusalem.”

Lucas 23:49: “Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas.”

Jesús anunció un sueño divino, un proyecto nacido en el corazón de Dios, su Reino, entiéndase su “Reinado” en los corazones de los humanos, en contraposición al Reino del César de entonces, de los demás “césares” de aquellos días, y de todos cuantos han regido los destinos de los pueblos hasta hoy; los artífices de las guerras, los derramamientos de sangre, las viudas y los huérfanos, las cruzadas antiguas y modernas, los tribunales y las hogueras inquisitoriales de todos los signos y colores, las campañas de intolerancia bajo las más diversas etiquetas, las cazas de brujas, las hambrunas y casi la totalidad de los dolores de la humanidad.

Por eso es que, por paradójico que pueda parecernos, lo que conocemos en nuestros días por “cristianismo” no apareció en la historia como tal, como un “ismo” más entre tantos otros, sino como un movimiento del Santo Espíritu de Dios y como el Camino de Jesucristo al Padre Eterno. Por consiguiente, es anterior a su sedimentación en las organizaciones que conocemos como iglesias institucionales y sus doctrinas filosóficas, expresadas en credos y confesiones de fe en términos abstractos que a casi nadie interesan, ni casi nadie entiende, y que no contienen ninguna de las enseñanzas troncales, concretas y distintivas de la doctrina de nuestro Señor Jesucristo.



Por mucho que chirríen los dientes de quienes viven su cristianismo a la sombra del poder establecido, es decir, a costa de los demás, todo estado está fundado sobre todo cuanto nuestro Señor Jesucristo ordena no ha de ser el proceder de sus discípulos.

Siempre y sin excepción, el estado secular se acomoda sobre el principio de la violencia, sobre el monopolio exclusivo del ejercicio supuestamente “legítimo” de la fuerza, y por ello recurre al engaño de hacer una diferenciación teórica por una parte entre la “violencia”, siempre impregnada de connotaciones muy negativas, y aplicada ferozmente a quienes mantienen otras opciones al *statu quo*, y por otra parte la “fuerza” legitimada por ser del estado al servicio de las clases dominantes quien la ejerce sin alternativa posible ni discusión sobre su legitimidad.

De manera que cuando el estado aplica cualquier tipo de represión, incluso cuando ésta alcanza niveles contundentes de brutalidad y derramamiento de sangre, se le define como “fuerza” –de ahí el eufemismo “*fuerzas armadas y de seguridad del estado*”- mientras que las personas, como entes individuales, quienes mantienen alternativas al sistema establecido, los sindicatos e incluso los partidos políticos, con excepción del que está tras gobierno, son quienes usan de la *violencia*.

A la extensión de esta artimaña lingüística contribuyen los leguleyos, los docentes, los periodistas involucrados en los medios de comunicación y muchos más sirvientes del poder establecido, incondicionalmente vendidos a un sistema que en la intimidad muchos de ellos detestan por ser su esclavizador y negrero. Pero, claro está, la cruda realidad es todos estos, como el resto de nosotros, tenemos que comer cada día para seguir viviendo.

En resumidas cuentas, no existe estado sobre esta tierra que pueda mantenerse en pie, a menos que se sostenga e imponga sobre la base del ejercicio de la violencia, y las instituciones religiosas de todo signo, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, participan del tinglado de la antigua farsa, por cuanto les va la vida en ello.

El estado perpetúa los juicios, los castigos y las venganzas. Es decir, su fundamento es devolver mal por mal, lo más opuesto a todas luces a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, por muchas cruces que penden del pecho de los letrados, por muchos crucifijos que presidan las salas de reunión de quienes viven del sistema legal, y por muchas cruces y evangelios ante los que juren o prometan sus cargos los gestores del poder establecido.

No nos parece casual que el castigo capital, la pena de muerte, se dé con tanta frecuencia en la nación imperialista de Occidente por antonomasia, los Estados Unidos de América, donde varios estados mantienen la pena de muerte y donde tantos presumen de ser paladines en la salvaguarda de la democracia –“formal” que no “social”- y muy particularmente en estados donde abundan las iglesias evangélicas más conservadoras del fundamentalismo y el aparente conocimiento y uso de la Biblia. De ahí la expresión “*Bible Belt*”, “*Cinturón de la Biblia*”, para referirse a la región

formada por el sureste y el centro sur de los Estados Unidos, donde el protestantismo evangélico constituye una parte muy importante de la cultura imperante.

Infortunadamente, de allí procede una corriente de pensamiento que, junto con el mensaje evangélico del Dios de amor que ofrece perdón y reconciliación sobre el fundamento del sacrificio de Jesucristo, también trae consigo la cerrazón fundamentalista al diálogo, la ideología capitalista más extrema, el rechazo frontal de toda empresa socializadora, la justificación del imperialismo expansionista y belicista, la pena de muerte y posturas racistas y xenóforas que siguen manteniéndose en su territorio matriz, aunque nos presenten la realidad suficientemente maquillada como para pasar inadvertida a los menos avisados, que tristemente son muchos más de los que pensamos.

Según Jesús de Nazaret, no hemos de resistir el mal ni mucho menos matar a quienes lo ejercen. La renuncia a ejercer la violencia debería formar parte de los credos y confesiones de fe de la cristiandad. Sin embargo, la institución estatal, por muy envuelta en apariencias cristianas que pretenda estar, hace las dos cosas: Resiste al mal con el mal y lleva matando muchos siglos, desde la antigüedad y hasta nuestros días en muchos lugares en el nombre de Dios, y en otros en nombre del sistema imperante. Eso sí, en muchas ocasiones no faltará el clérigo de turno que acompañe al reo por el corredor de la muerte hasta el patíbulo.

El sistema legal en su conjunto, y el carcelario como brazo ejecutor del mismo, no pueden ser más adversos al quebrantamiento de la Ley de Cristo, por cuanto se limitan a devolver mal por mal y violencia por violencia. En realidad, el sistema carcelario no es sino la institucionalización del fracaso social por excelencia, es decir, el reconocimiento de no saber qué hacer con las personas inadaptadas, a quienes resulta más económico encerrar apartándolas de la sociedad que dedicarles todos los esfuerzos posibles para lograr su inserción.

El asesinato, perseguido en el ámbito civil, constituye heroísmo cuando se trata de acciones bélicas. Un asesino vestido de uniforme se convierte en un defensor de la “*patria*” y puede llegar a ser un héroe nacional. Habrá luchado por los intereses de la oligarquía de su nación, pero cuando termine el conflicto bélico volverá a ser lo que era antes del mismo. En muchos casos se encontrará de nuevo sumido en una sociedad que le cerrará las puertas. El estudio de tantos excombatientes de las últimas guerras al regresar a la vida civil, particularmente después de la guerra en Vietnam, derrama mucha luz sobre lo que venimos afirmando, especialmente la consideración de los muchos que al regresar a la vida civil han caído en prácticas delictivas.

El mantenimiento de las llamadas “*fuerzas armadas*”, es decir, “*la violencia del armamento encargado a unos uniformados con el beneplácito del estado secular*”, no es sino una manera de institucionalizar el derramamiento de la sangre de los hombres. Naturalmente, somos conscientes de que para muchos incautos existe una inmensa distinción entre el asesinato y la guerra. Es lógico que así sea, por cuanto no han sido enseñados por el sistema a pensar articuladamente, a analizar las realidades aparentes

y escudriñar lo que se oculta tras el decorado y la tramoya del orden establecido. Por otra parte, es evidente que nadie suele tirar piedras contra su propio tejado.

Después de haber utilizado todos los medios propagandísticos posibles para mantener el principio de la llamada “*guerra justa*”, las artimañas del amor a la patria son manipuladas desde la más temprana infancia por el sistema escolar. Esa “*patria*” les deja a muchos de sus hijos sin techo, sin comida y sin cultura por *lo mucho que los ama*. Es la que niega el acceso a la cultura y el desarrollo integral de hombres, mujeres y niños. La que promueve las borracheras patrióticas y las exaltaciones patrioterías por la victoria del equipo nacional de fútbol.

*Janet Miriam Holland*, mejor conocida por su seudónimo de *Taylor Caldwell* (1900-1985), dijo así:

“Aunque los griegos declararan que la guerra es una de las artes –escribió Cicerón a César-, y que el juego más importante de todos es la caza del hombre por el hombre, he de hacer observar que el hombre es el único ser que caza y asesina a los de su propia especie, y he descubierto que los gobiernos recurren a la guerra para silenciar el descontento interno y unir a una nación contra un “enemigo” o para proporcionar una prosperidad falsa al estado cuando las finanzas están en declive y la corrupción ha alcanzado a todos los políticos...”

Lo que muchos desconocen es que las naciones nunca se apartan de los abismos, porque todavía se aferran a sus ilusiones y siguen creyendo que una nación corrompida puede volver a ser pía y virtuosa sólo con que “el pueblo lo quiera”... La corrupción es irreversible cuando ha llegado a pudrir el alma de una nación.”

Pero hoy comienzan muchos más que nunca antes a percatarse de lo que se oculta auténticamente detrás de la guerra de las “*patrias*”, del mismo modo que también suben a la superficie las realidades de los tribunales corrompidos, los reinos de este mundo –los que el maligno ofreció con toda su gloria (finanzas) a nuestro bendito Salvador si postrado le adoraba- es decir, los recursos petroleros en manos de la oligarquía, sin revertir un céntimo en los pueblos. Hoy ya es muy difícil comer la mente a las gentes con el subterfugio de las patrias, las banderas, los ejércitos y toda la parafernalia de un sistema tras el cual se oculta el enemigo de Dios y de sus hijos, los hombres, es decir, Satanás.

Los pilotos del bombardero que dejan caer sus artefactos demolidores sobre hombres, mujeres y niños, puede perfectamente vestirse de domingo y asistir al día siguiente con su familia *guapísima* a los servicios de una iglesia, Biblia en mano, e incluso luciendo su pulcro uniforme con las condecoraciones que hayan podido recibir por sus magníficas acciones de asesinato de seres humanos. Esto es fácil de sostener cuando de manera directa o indirecta se enseña que no todos los seres humanos tenemos el mismo valor, y que los niños muertos bajo los bombardeos no tienen la misma dignidad que los niños guapos del sistema.

En realidad, lo importante para los clérigos sostenidos directa o indirectamente por el sistema es que asistan a los oficios y depositen su ofrenda para el sostén de la iglesia

de turno y la extensión de lo que ellos denominan “*Evangelio*” y a muchos hacen creer que en verdad lo es.

La existencia del estado secular y su aparente u oculta supremacía sobre las iglesias y demás instituciones religiosas, es causante de que las enseñanzas auténticamente distintivas de Jesús de Nazaret, esas que repetidamente afirmamos no están contenidas en ninguno de los credos y confesiones del cristianismo organizado, sean recibidas como si se tratara de un ideal moral inalcanzable, algo hermoso, retórico, poético, pero absolutamente imposible de implantar, como decíamos respecto a las Bienaventuranzas del Sermón del Monte.

Creemos que si extrajéramos de las Sagradas Escrituras todo lo que decimos creer, pero que no tiene lugar en la praxis, por cuanto nos han enseñado a recibirlo como mero *idealismo*, un *nihilismo espiritualoide impracticable* por estar absolutamente distanciado de la realidad, sin duda nuestras Biblias quedarían muy aligeradas de peso. Claro está que el precio de los libros también está relacionado con su volumen, de ahí que “*volumen*” sea una de las voces sinónimas para “*libro*”, y semejante versión abreviada de la Biblia flaco favor haría a quienes comercian con ella.

El amor a los enemigos, como enseñanza capital de nuestro Señor Jesucristo, sería ya suficiente fundamento para que como cristianos rechazásemos todos los aparatos coactivos institucionales e instrumentos malignos de opresión que obran en contra de esta doctrina de nuestro Señor.

Jamás podremos encontrarnos con Jesucristo transitando por los caminos que Él no recorre, por cuanto son antagónicos al corazón de Dios. El Príncipe de Paz no puede ser hallado en el campo de batalla entre quienes derraman la sangre de sus hermanos los hombres. La herencia de Jesús de Nazaret no son patrias, banderas, estados agresivos, hombres y ahora ya también mujeres adiestrados para matar, guerras, pleitos, iras, contiendas, ni entre nosotros como personas, ni como familias de la humanidad constituidas en naciones.

De ahí se desprende la razón por la que durante el primer siglo de la cristiandad no hubo un solo discípulo de Jesucristo que levantara armas contra otros hombres, ni que militara en los ejércitos del imperio. Tendría que producirse la vinculación vergonzosa del estado y la iglesia para que la cruz y la espada pudieran hacerse compatibles y el *iglesianismo* institucionalizado desarrollara una versión castrense absolutamente antagónica a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo.

A los dirigentes religiosos del cristianismo organizado, sean los “*líderes*” de las sectas protestantes, como si se trata del Papa de Roma, quien preside la mayor secta conocida del mundo, se les debería caer la cara avergonzados al tener que recurrir a guardaespaldas y fuerzas armadas, uniformados o no, cuando se desplazan de sus mansiones y palacios. Naturalmente, no se les caen las caras de vergüenza porque carecen de ella.

Jesús nunca obró de semejante manera. ¡Qué difícil lo tuvieron cuando trataron de quitarle la vida antes del tiempo establecido en la voluntad divina! ¡Qué fácil les

resultó cuando se cumplió el tiempo! Ni un momento antes, ni uno después. Pero nosotros seguimos ignorando que fueron los poderes religiosos, civiles y militares del momento quienes condujeron a Jesús de Nazaret al patíbulo.

Pero Jesús no recurrió ni a los suyos ni a las espadas para evitar su prendimiento. Hoy precisan de guardas y custodia de fuerzas policiales y del ejército incluso las imágenes de talla y piedra, que tienen ojos y no ven, boca y no hablan, y piernas pero no andan; los “*ninots*” de un amplio sector de la religión organizada, que son tan necios como quienes los hicieron, y que son paseados como espantajos de melonar por nuestras ciudades cada Semana Santa entre caballeros de digno porte y señoras decentes de toda la vida ataviadas con mantilla y peineta; entre soldaditos y tambores pagados por los contribuyentes, comprendidos quienes no tenemos ni arte ni parte en semejantes expresiones folclóricas de la ignorancia supersticiosa de nuestro pobre pueblo sometido a la sombra medieval bajo apariencia de democracia, libertad y progreso.

En la parábola que Jesús relató a aquel intérprete de la Ley que le preguntó a nuestro Señor para probarle qué era menester hacer para heredar la vida eterna, a quien Jesús respondió con el binomio formado por la síntesis de la Santa Ley de Dios, es decir, el Mandamiento del amor a nuestro Dios desde lo hondo de nuestro corazón, con toda nuestra alma, nuestra mente y nuestras fuerzas, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y quien para justificarse a sí mismo preguntó después quién era su prójimo, Jesús le dio como contestación el texto que hallamos en Lucas 10:25-37, la parábola del “*Buen Samaritano*”, tan conocida por todos.

En ella queda perfectamente claro que la voluntad divina es que hagamos bien a todos, sin distinción alguna. A tal efecto, respondiendo a un judío religioso, Jesús optó por darle al hombre movido a misericordia la nacionalidad de samaritano, perteneciente a un pueblo en enemistad con los hebreos. La lección no podía ser más clara, si bien ha venido siendo manida y reconducida a la interpretación sensiblera que obscurecer el sentido y propósito con que Jesús la usó para que los religiosos profesionales del momento pudieran verse a sí mismos.

Por consiguiente, cuando el estado secular fomenta el patriotismo –preferimos denominarlo “*patrioterismo*”- y el odio a los hombres, mujeres y niños de otras latitudes, creemos firmemente que las iglesias que apoyan semejante despropósito están enfrentándose abiertamente contra las más nítidas enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, las que comprometen.

La raíz de hipocresía, de la que la religión es tan acusada en nuestros días desde multitud de frentes, tiene en este punto uno de los focos más olvidados por quienes están cegados por las cortinas de humo que tan bien manejan los artífices del sistema.

Es insostenible auspiciar guerras, apoyar conflictos bélicos, fomentar el odio interreligioso, y, al mismo tiempo, actuar de mediadores entre los grupos beligerantes, predicar el Evangelio de Jesucristo, la Buena Noticia de un Dios que es amor, y simultáneamente mostrarle descaradamente como un monstruo devorador de aquellos hijos suyos que no caminan según las interpretaciones humanas que

pretenden ser “*infalibles*” y que las instituciones religiosas hacen de las enseñanzas de Jesucristo, algunas de manera dogmática y pontifical sin reparos ni pudores, y otras encubiertas tras los más sutiles maquillajes.

No debemos olvidar que el amor a los enemigos es una manera primordial de seguir el ejemplo de nuestro Dios, quien ha amado y ama a todo el mundo, comprendidos sus más enconados adversarios y contrarios a su voluntad; que ha entregado a su propio Hijo Jesucristo en rescate de quienes no le amábamos, para que sabiéndonos amados de tal manera procedamos a entregarle nuestros corazones para recibir su perdón y su limpieza, su restauración y el regalo jamás merecido de la vida eterna.

Para Dios nuestro Señor, el camino de la reconciliación es el perdón incondicional que Él mismo nos ofrece -sólo, única y exclusivamente- sin ninguna otra opción ni intento de granjearse los favores divinos. No hay otra posibilidad, tanto para los hombres en nuestro plano personal, como en el familiar y en los conflictos entre las naciones.

Pero para dar un paso más en nuestra comprensión de la realidad de la conflictividad humana, hemos de considerar seriamente la posibilidad de que el auténtico enemigo no sea ni una persona ni un grupo humano, nacional o étnico o cualesquiera que sea, sino que dicha conflictividad se centre en nuestra propia enemistad, en cuyo caso la única posibilidad de reducirla hasta que ésta desaparezca de nuestros corazones, es decir, de nuestras conciencias, ha de ser mediante el cultivo del amor. La imposición de dogmas, por muy correctos que sean filosóficamente hablando, jamás producirá un átomo de amor.

De ahí se desprende la verdadera dificultad en alcanzar la paz, es decir, para vencer el auténtico obstáculo que se alza ante los seres humanos: El círculo vicioso de la violencia que siempre engendrará violencia, mientras no se dé el perdón genuino que produce reconciliación verdadera. Todos los demás esfuerzos resultarán baldíos, por enconado y persistente que sea nuestro empeño al respecto.

Aquí queremos recordar las enseñanzas de *Liev Nikolaievich Tólstoi* (1828-1910), conocido por bastantes como novelista ruso, pero casi totalmente desconocido por los más como pensador y filósofo, quien en su obra titulada “*Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles*”, hacía una sabia interpretación de las palabras de nuestro Señor Jesucristo, al mandarnos amar a nuestros enemigos, orando por ellos y bendiciéndolos, y afirmaba que “*si amamos a nuestros enemigos, no tendremos ninguno.*”

Esta beligerancia del estado secular, de la que han participado siempre las iglesias a él vinculadas, así como las que pretenden llegar a estarlo, tiene una relación que suele pasar inadvertida a muchos respecto a la práctica del juramento. Éste crea una dependencia sutil para mantener la disciplina de muchos hombres, creando un sentimiento que actúa poderosamente en las conciencias de los más.

Mediante el juramento de fidelidad al estado secular se establece la unidad disciplinaria que todo reino de este mundo exige a sus súbditos, aunque en el contexto republicano burgués se denominen “*ciudadanos*”. Esta es la verdadera razón por la que la negativa a prestar juramento a las banderas de los estados se considera uno de

los más graves delitos contra la sociedad, por cuanto representa negarse a convertirse en una herramienta de los poderes superiores del sistema explotador.

Una vez nos convertimos en instrumentos del estado, podemos estar seguros de que como resultado nos convertiremos en traidores a los principios de nuestro Señor Jesucristo. Se trata de algo absolutamente inevitable, por cuanto es imposible servir a dos señores al mismo tiempo. Y el enseñoreamiento del estado es siempre conducente al absolutismo.

La prueba de la participación en este engendro la hallamos en la presencia de los clérigos en las ceremonias militares de jura de bandera, e incluso en la asociación de dichos actos con la celebración de la misa católica y el movimiento de armas denominado “*¡rindan!*”, diseñado específicamente a fin de que la tropa se arrodille y rinda el arma en el momento en el que el oficiante alza la hostia para su consagración. De esa manera, el gran símbolo nacional y el gran signo del romanismo se funden en un mismo gesto y dignidad.

Esa jura de fidelidad a la bandera no es sino el juramento por el que el súbdito del estado se compromete a ejercer la violencia que sea menester y derramar la sangre humana en el nombre de Dios, en franca desobediencia a los Mandamientos de Jesucristo, para defender el sistema establecido bajo la sanción positiva de la iglesia de turno.

La exigencia del estado secular, con el beneplácito de las iglesias, a prestar juramento a la bandera nacional con el compromiso de derramar sangre humana, es una desobediencia crasa a la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo de que *nuestro sí sea sí, y que nuestro no sea no*.

Mateo 5:33-37: “Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.”

Mateo 23:16-22: “¡Ay de vosotros, guías ciegos! Que decís: Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor. ¡Insensatos y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro? También decís: Si alguno jura por el altar, no es nada; pero si alguno jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor. ¡Necios y ciegos! Porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él; y el que jura por el templo, jura por él, y por el que lo habita; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado en él.”

Los juramentos de fidelidad a la bandera nacional son un enfrentamiento a la enseñanza de Jesucristo de no resistir a la violencia con violencia, de amar a nuestros enemigos, como raíz incuestionable de la moral de nuestro Señor. En este caso, como en todos los demás, las leyes hechas por los hombres justifican la violencia del estado

y se imponen sobre los mandamientos de Cristo Jesús. De modo que, según estimamos nosotros, la separación entre la iglesia y el estado no radica sólo en no recibir fondos crematísticos de oscura procedencia, como son los ingresos por el juego y la venta de armamento. Hay muchos otros aspectos en los que la relación entre la iglesia y el poder secular incide en la libertad y autonomía que la comunidad cristiana precisa, y a la que jamás hemos de renunciar ni comerciar.

Creemos que la interpretación teológica de la muerte de nuestro Señor Jesucristo como sacrificio por nuestros pecados nos ha hecho olvidar la realidad de las motivaciones históricas por las que Jesús de Nazaret llegó a ser un enorme estorbo para los poderes fácticos del momento, a pesar de que nuestro Señor pasó haciendo bienes entre los hombres. Y aunque esto es ciertísimo, nos suele pasar desapercibido que Jesús fue plenamente consciente del desarrollo urbano de Herodes Antipas y el comercialismo rural de Roma, impuesto bajo la presión de las armas en la Baja Galilea, su tierra natal, y que dicha política empobrecía cada vez más a la población de aquel reducto del imperio romano.

Es incuestionable, pues, que la opción de Jesús de Nazaret fue por los pobres de la tierra, los que *Pedro Casaldáliga* (1928) define con estas palabras:

“Aquellos a quienes se les prohíbe vivir plenamente su dignidad de personas, de hijos e hijas de Dios... los que sobreviven de las carencias de la vida normal: falta de tierra, de vivienda, de salud, de educación y de participación, hermanos y hermanas entre sí”.

Somos los que en nuestra actualidad tenemos que soportar todos los recortes económicos sobre nuestros hombros para que las arcas de la banca vuelvan a estar repletas de dinero, como lo estuvieron antes del *crack* que sistemáticamente experimenta este sistema basado en el afán por el lucro, en el egoísmo y la brutalidad explotadora, mientras los organismos internacionales continúan operando con sus estructuras dirigidas a marginar, excluir, explotar, empobrecer y desconsiderar a los pueblos. Estos son quienes revelan cada día con más claridad la iniquidad de un sistema absolutamente opuesto a la voluntad divina, pero, sin embargo, bendecido por las iglesias vendidas al poder, las que no se atreven a decir que todos tenemos sangre: Los pobres en las venas, los ricos en las manos.

No solemos percatarnos de que la predicación de Jesús de Nazaret de la cercanía del Reino de Dios significaba una radical oposición al despótico reino del César que se consideraba “*dios*” y no podía permitir que nadie lo fuera aparte de él.

Jesús entiende la autoridad siempre como servicio, rechaza las jerarquías porque todos somos hermanos y hermanas de un mismo Padre, pone a los pequeños como ejemplo para los mayores, y nos dice que Él está siempre entre los que sirven. Además señala hacia un Reino que siempre ha estado latente en medio de los hombres, y que en el día señalado por Dios se hará patente con toda plenitud. Esto acontecerá en la medida en que las mentes y los corazones de nosotros, sus discípulos, cambien de dirección. Y ese cambio de ruta es lo que verdaderamente significa un avivamiento del pueblo del



---

Señor, no la versión pelicular que nos quieren vender los agentes misioneros de las multinacionales de la religión organizada y sus acólitos nacionales.

Esa “eutopía”, es decir, esa “realidad buena”, término acuñado por el inglés *Thomas More*, castellanizado como *Tomás Moro* (1478-1535), víctima de la intransigencia del rey *Enrique VIII*, proviene del griego “eu”, “adecuado”, “bueno”, “conveniente” y “feliz”, y “topos”, es decir, “lugar”. Una “eutopía” es, pues, un lugar soñado que aparentemente es imposible, porque todavía no existe, pero que es preciso que llegue a existir mediante la construcción de una mejor realidad que la existente.

De ahí que lo primero haya de ser el tener un gran sueño para que después se convierta en una realidad, por lo que la “eutopía” es la “utopía” necesaria para armonizar sinérgicamente las tres dimensiones o valores imprescindibles entre los humanos, como son la economía, la ética y las emociones, formando un triángulo que no puede darse sin que se den sus tres lados.

Cuando todo se basa en la economía, en manos de unos pocos, en detrimento de la ética y el desarrollo de la conciencia personal y comunitaria, las cosas no sólo no mejorarán, sino que irán de mal en peor, hasta llegar a una sociedad de *alfapluses* y *epsilones* bajo la supervisión constante del “*Big Brother*”, es decir, el anticristo.

*“Madre, yo al oro me humillo,  
el es mi amante y mi amado,  
pues de puro enamorado  
anda continuo amarillo.  
Que pues doblón o sencillo  
Hace todo cuanto quiero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

*Nace en las Indias honrado,  
Donde el mundo le acompaña;  
Viene a morir en España,  
Y es en Génova enterrado.  
Y pues quien le trae al lado  
Es hermoso, aunque sea fiero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

*Son sus padres principales,  
Y es de nobles descendiente,  
Porque en las venas de Oriente  
Todas las sangres son Reales.  
Y pues es quien hace iguales  
Al rico y al pordiosero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

*¿A quién no le maravilla  
ver en su gloria sin tasa,  
que es lo más ruin de su casa  
doña Blanca de Castilla?  
Mas pues que su fuerza humilla  
Al cobarde y al guerrero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

*Es tanta su majestad,  
Aunque son sus duelos hartos,  
Que aun con estar hecho cuartos  
No pierde su calidad.  
Pero pues da autoridad*

*Al gañán y al jornalero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

*Más valen en cualquier tierra  
(mirad si esto es sagaz)  
sus escudos en la paz  
que rodela en la guerra.  
Pues al natural destierra  
Y hace propio al forastero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

*(Francisco de Quevedo, 1580-1645).*

*“En España lo mejor es el pueblo,  
siempre ha sido lo mismo.  
En los trances duros, los señoritos  
Invocan a la Patria y la venden;  
El pueblo no la nombra siquiera,  
Pero la compra con su sangre.”*

*(Antonio Machado, 1875-1939)*

## JESÚS Y LOS POBRES DE LA TIERRA

No ha existido ni existe cultura alguna en la que no se hayan dado marginados e inadaptados a quienes se les ha despreciado. Así fue en los días de nuestro Señor Jesucristo en su encarnación entre los hombres, y así es también en nuestros días.

En el contexto en que se desarrolló nuestro Salvador Jesús de Nazaret fueron aquellos a quienes se les denomina “*pobres*” en los Evangelios, casi con seguridad los que eran conocidos como los “*ama’arez*”, es decir, con la expresión aramea cuyo significado literal es “*el pueblo de la tierra*”, “*la gente común*”, los que no estaban instruidos en la *Torá*, como los más antagónicos a los escribas, fariseos, saduceos y ancianos del pueblo, concedores de las Sagradas Escrituras, la nobleza laica y los defensores del sistema herodiano impuesto y soportado por el imperio romano.

Estos “*pobres de la tierra*” eran despreciados y reprobados por su condición moral y religiosa, además de ser excluidos por su empobrecimiento económico. Estos eran los considerados por las autoridades del Templo de Jerusalem como indignos de escuchar la Palabra de la Alianza, inútiles ante Dios y ante el mundo.

A éstos hemos de añadir la multitud de mendigos, ladrones, esclavos, ciegos, sordos, cojos, mancos, paralíticos, tullidos, enfermos crónicos, leprosos, sarnosos y los practicantes de ciertas profesiones tenidas por oficios y ocupaciones impuras, por lo que habían de desempeñarse extramuros, es decir, fuera del recinto central de Jerusalem, lo más distantes del Templo que fuera posible.

Tal era el caso de los pastores, que tenían fama de ladrones y mentirosos, por lo que no podían testificar en un juicio; los publicanos, es decir, los recaudadores de impuestos para Roma, quienes por tanto no podían ocupar un puesto oficial en ninguno de los estamentos de Israel, ni siquiera entrar en el Templo de Jerusalem sino quedarse en el atrio de los gentiles; los curtidores de pieles, por tener que tocar animales muertos, lo que les convertía en legalmente impuros; los sastres y los médicos, por tener que tocar el cuerpo humano, y, naturalmente, las rameras.

A este conjunto de hombres y mujeres se les denominaba “*pecadores*” en los círculos sacerdotales, principalmente ocupados por los saduceos, así como entre los escribas y fariseos. El desconocimiento de la Ley de aquellos considerados impuros les convertía en marginados y despreciados por los “*decentes de toda la vida*”, igual que en nuestros días. Veamos algunos ejemplos tomados de los cuatro Evangelios:

Mateo 21:28-32: “Pero, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, le dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos (los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo): El primero.

Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan (el Bautista) en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.”

Marcos 2:13-17: “Después volvió (Jesús) a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba. Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a sus discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”

Lucas 18:9-14: “A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo (Jesús) también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos (por cuanto los publicanos no podían entrar en el recinto reservado para los hebreos, sino que tenían que permanecer en el atrio de los gentiles), no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.”

Juan 7:45-52: “Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos, y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído (a Jesús)? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es. Les dijo Nicodemo, el que vino a él (a Jesús) de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho? Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta.”

De aquí se desprende que cuando Jesús escoge a Mateo para ser su discípulo, y entra a comer en su casa, los fariseos reaccionen inmediatamente en su contra:

Mateo 9:9-13: “Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió. Y aconteció que estando Jesús sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo

que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.”

La creencia errónea consistía en que los que padecían alguna deficiencia física era por causa del pecado, propio o de sus progenitores. Esto se desprende claramente de la sanidad hecha por nuestro Señor Jesucristo a un hombre ciego de nacimiento:

Juan 9:1-3, 6-7, 24-34: “Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él... Dicho esto, (Jesús) escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Vé a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es ‘Enviado’). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo... Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre (Jesús) es pecador. Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. Le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Él les respondió: Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos? Y le injuriaron, y dijeron: Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése (a Jesús), no sabemos de dónde sea. Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si éste (Jesús) no viniera de Dios, nada podría hacer. Respondieron y le dijeron: Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron.”

Jesús de Nazaret, siendo el Verbo de Dios, y uno con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, se hizo pobre para habitar entre nosotros como uno de nosotros, y así poder dar su vida por nosotros. La palabra apostólica destaca este hecho:

2ª Corintios 8:9: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”

Jesús nació en el estrato más humilde de la sociedad de su época; vivió una vida normal, sin ningún signo externo de realeza, como un obrero más en la carpintería de José, quien hizo las funciones de padre durante los años formativos de Jesús, y durante el corto período que nuestro Señor dedicó al anuncio de la cercanía del Reino de Dios, no tuvo ni siquiera un lugar fijo de residencia:

Mateo 8:18-20: “Viéndose Jesús rodeado de mucha gente, mandó pasar al otro lado. Y vino un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.”

La cercanía de Jesús a los “*pobres de la tierra*”, viudas, huérfanos, enfermos, paganos, samaritanos, ignorantes de la Ley; su actitud absolutamente extraña para un rabí, dejándoles seguirle, comprendidas muchas mujeres, comiendo en amistad con ellos, sanando a los enfermos en el Día de Reposo, sin receta ni factura; su proclama del perdón divino para todos los cargados por sus culpas, y en definitiva, su comunión con los desprestigiados y marginados, constituyeron los pasos que le fueron conduciendo a la Cruz del Calvario, donde el poder establecido trató de destruirle, mientras Él entregaba su vida en rescate por las nuestras.

Por eso el bendito Jesús fue tachado de criminal, impostor, engañador del pueblo, blasfemo, loco de atar, e incluso su propia familia pasaron por la etapa en que le vieron como uno que no estaba en sus cabales. Su comportamiento no correspondía, no ya a un rabino, ni a un profeta, sino a cualquiera que estuviera cuerdo. Veamos algunos ejemplos de los Evangelios.

Los principales sacerdotes del Templo de Jerusalem con los fariseos no dudan en referirse a Jesús como “*engañador*”:

Mateo 27:62-66: “Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero. Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.”

Jesús está loco para los suyos, mientras que para los escribas de Jerusalem estaba poseído por el maligno:

Marcos 3:20-26: “Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos (Jesús y sus discípulos) ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos (la familia de Jesús), vinieron para prenderle (literalmente: ‘para atarle con cuerdas’); porque decían: Está fuera de sí (loco). Pero los escribas que habían venido de Jerusalem decían que tenía a Beelzebú (‘señor de las moscas’ y signo de la corrupción cadavérica, es decir, de la muerte), y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios. Y habiéndolos llamado, Jesús les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin.”

A pesar de haber hecho tantas bondades entre el pueblo, sería contado entre los inicuos en cumplimiento de la Sagrada Escritura, siendo menospreciado y escarnecido:

Lucas 22:37: “Porque os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos; porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento.” (Isaías 53:12)



Lucas 23:11: “Entonces Herodes con sus soldados le menosprecio y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato.”

Para los fariseos Jesús no era sino un pecador y un engañador que sólo los ignorantes podían creer y seguir:

Juan 7:47-49: “Entonces los fariseos les respondieron (a los alguaciles que no habían prendido a Jesús): ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él (en Jesús) alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es.”

Juan 9:24: “Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre (Jesús) es pecador.”

Es evidente que para muchos Jesús era un endemoniado y blasfemo, si bien otros se preguntaban cómo podía un endemoniado abrir los ojos de los ciegos.

Juan 10:17-21, 33: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. Volvió a haber disensión entre los judíos (entiéndase las ‘autoridades judías’) por estas palabras. Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís? Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos... Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios.”

Jesús estuvo siempre de parte de los pobres, pero no desde un gabinete como el que me sirve a mí de parapeto para escribir estas y muchas más líneas, sino rompiendo todas las convenciones sociales de su momento histórico. Se mezcla entre todos, come con los publicanos, acoge a los gentiles, entra en la casa de un ladrón, se deja tocar por una prostituta, acepta a las mujeres en su grupo de predicadores del Evangelio, las que les sostienen de sus bienes, las recibe a sus pies para aprender las Sagradas Escrituras, y les proclama a los más despreciados e insignificantes de los hombres que Dios les ama más que a los fariseos que confían en sí mismos y desprecian a los demás hombres. Vamos a ver algunos ejemplos:

Lucas 7:36-38: “Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume.”

Marcos 7:24-30: “Levantándose de allí, Jesús se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos,

porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. Entonces Jesús le dijo: Por esta palabra, vé; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama.”

El Evangelista Lucas nos repite esta preciosa escena en su versión del Evangelio: Lucas 19:1-10.

Lucas 5:27-32: “Después de estas cosas Jesús salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió. Y Leví le hizo un gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.”

Lucas 8:1-3: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el Evangelio del Reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios. Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.”

Lucas 15:4-7: “¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.”

Los leprosos eran sin duda los más marginados de la sociedad. No podían entrar en los núcleos de población. Pero Jesús sanó a varios de ellos:

Lucas 5:12-14: “Sucedió que estando Jesús en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Entonces, extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante la lepra se fue de él. Y Jesús le mandó que no lo dijese a nadie; sino vé, le dijo, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación, según mandó Moisés, para testimonio a ellos.”

Jesús alaba especialmente la fe de un leproso samaritano que no prosigue su camino gozoso por haber sido limpiado de su lepra, sino se vuelve glorificando a Dios y se postra ante Jesús agradecido:

Lucas 17:11-19: “Yendo Jesús a Jerusalem, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de

lejos y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! Cuando Jesús los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados. Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano. Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado.”

Esas curaciones fueron algunas de las señales mesiánicas de nuestro Señor:

Mateo 11:5: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el Evangelio.”

Por eso, Jesús les dio a sus primeros discípulos la instrucción de sanar leprosos igualmente:

Mateo 10:7-8: “Y yendo, predicad, diciendo: El Reino de los Cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.”

De los samaritanos sabemos que eran despreciados por los judíos y tenidos por herejes. Cuando Jesús atraviesa la tierra de Samaria, y lo hace a propósito, pudiendo recorrer su camino por otra ruta, no encuentra acogida entre ellos:

Lucas 9:52-56: “Y envió Jesús mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalem. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose Jesús, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.”

Pero a pesar de esta falta de acogida, Jesús pone a un samaritano como ejemplo de misericordia a imitar respecto al amor a nuestro prójimo, haciendo que el samaritano sea prójimo para el caminante herido, ante la indiferencia del levita y del sacerdote hebreos:

Lucas 10:25-37: “Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probar a Jesús: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás. Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalem a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose,

vendió sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Vé, y haz tú lo mismo.”

Jesús, siendo judío, no tuvo ningún inconveniente en quedarse dos días en una ciudad de Samaria compartiendo con sus habitantes el Evangelio del Reino:

Juan 4:39-42: “Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesús por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho. Entonces vinieron los samaritanos a Jesús y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de Jesús, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo.”

No es de extrañar que los judíos quisieran insultar a nuestro bendito Señor llamándole “samaritano”:

Juan 8:48: “Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?”

Jesús no responde a la acusación negando ser samaritano, por cuanto no lo considera un insulto, sino que responde negando tener demonio:

Juan 8:49: “Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis.”

El amor de nuestro Señor Jesucristo a la tierra de Samaria se desprende de la mención especial que hace de ella en la Gran Comisión:

Hechos 1:7-9: “Y Jesús les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.”

Las distancias entre judíos y samaritanos no incidieron en absoluto en el corazón de Jesús de Nazaret. El Reino de Dios que Jesucristo predica ciertamente no puede tolerar ningún tipo de marginación, sino que, antes bien, serán siempre los marginados a quienes Jesús primeramente se dirige. Él es el acceso de Dios entre los empobrecidos y de éstos en la vida de Dios.

El propio Jesús recorre el camino de la vida entre los hombres, sus hermanos, en medio de la pobreza. Por eso es que el anuncio que hace Jesús es Evangelio, es decir, Buena Noticia para los empobrecidos, vulnerables, debilitados, marginados, despreciados y rechazados. De esa manera es como Jesús revela a Dios como Amor, por cuanto ama a quienes nadie ama:

Lucas 6:20: “Y alzando sus ojos hacia sus discípulos, Jesús decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.

Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas.

Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre.

¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas.”

El acceso al Reino de Dios es un banquete universal en el que los más debilitados y despreciados de los hombres están especialmente invitados, porque los banquetes del mundo les están cerrados. Esta elección divina pone muy nerviosos a los religiosos vendidos a los poderes de este mundo. Es una elección que no tiene nada que ver con los valores morales o espirituales del sistema imperante. Esta preferencia de Dios por los marginados es una muestra evidéntísima del horror y el espanto que Dios siente por los poderes de este mundo, por el orden establecido, del que nos gusta repetir vez tras vez que es el mayor y más repugnante de los desórdenes.

Así podemos aproximarnos a las palabras de nuestro Señor Jesucristo al decir que *“muchos primeros serán postreros, y muchos postreros serán primeros.”*

Mateo 20:1-16: “Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaba en la plaza desocupados; y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados? Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo. Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la

carga y el calor del día. Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.”

Aquí no hay demagogia de ninguna especie, sino la más clara evidencia del amor del Padre para que ninguna de sus ovejas se pierda. De ahí que ninguno queda desocupado, comprendidos los menos dotados o capacitados, los que no han sido contratados por ser quizá más jóvenes e inexpertos, o por ser mayores y menos vitales, o por padecer de alguna lacra que no les permite ser tan provechosos como otros más fuertes.

Si los “*decentes de toda la vida*”, los que detentan el poder, los altivos de entre los religiosos y los laicos que se consideran nobles por su posición o alcurnia, separan y marginan a los que ellos mismos han convertido en empobrecidos, Dios comienza a buscar y llamar y acoger a aquellos que han sido excluidos.

Jesús no ha venido para establecer o fortalecer una sociedad dividida en clases sociales, excluyente de quienes no cumplen los requisitos marcados por el *statu quo*, sino para mostrar y dar a conocer a todos la Buena Noticia, el Evangelio de la Gracia de Dios para todos los hombres, comenzando por los más necesitados, es decir, los debilitados, desposeídos, empobrecidos, indefensos, marginados y desesperados; aquellos a quienes la sociedad ha sido enseñada a despreciar y marginar:

Lucas 4:18-19: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.”

De este modo es como Jesús es enviado por el Padre Eterno para mostrar el corazón del Dios de toda carne, lleno de amor, ternura, perdón y reconciliación, quien llama a todos a una fraternidad universal para la que el Creador tiene destinado un Reino:

Mateo 11:25-30: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”

La palabra apostólica se expresa en los mismos términos de nuestro Señor Jesucristo:

1ª Corintios 1:25-31: “Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles;

sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.”

Santiago 2:5: “Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?”

Por eso es que el Reino de Dios les pertenece también a los niños, que representan a los más empobrecidos, a los más debilitados de todos, junto con las mujeres y los ancianos y viudas. Son los que pueden entender que Jesús se refiera al Dios Eterno llamándole “*Abbá*”. Sólo ellos pueden tener la visión de Dios como Padre de amor y de misericordia de todos los humanos:

Mateo 18:3-5: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe.”

Marcos 10:13-16: “Y le presentaban niños para que los tocase; y los discípulos reprendía a quienes los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, Jesús los bendecía.”

Por eso es que también la atención de los más débiles, empobrecidos y carentes de derechos sea la auténtica religión pura y sin mancha delante de Dios Padre:

Santiago 1:27: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.”

Dios acepta a los hombres y mujeres que se entregan al cuidado de Cristo Jesús por medio de la bendita persona del Espíritu Santo, aunque sus manos estén vacías de obras dignas y meritorias; aunque pertenezcan al estrato más bajo de la sociedad; aunque sean prostitutas y publicanos, figuras arquetípicas de los marginados de la sociedad en aquellos días y en cualquier época.

Es evidente que se trata de una constante en el testimonio de las Sagradas Escrituras: Dios exalta a los humildes y humilla a quienes se enorgullecen de sí mismos o de su extracción. Esos insignificantes a los ojos del mundo son aquellos a quienes Dios exalta; son aquellos a quienes nuestro Señor puede usar porque están disponibles, su equipaje es muy ligero y pueden ir hacia donde el Espíritu Santo sople.

El Señor no puede hacer mucho con quienes se tienen en alta estima a sus propios ojos; viven para mantener su reputación esplendorosa; buscan la gloria y honra del mundo; piensan de sí mismos por encima de los demás; desprecian a los otros

hombres, y muy particularmente a los empobrecidos y marginados cuyo trato escandaliza su supuesta dignidad.

Los religiosos del momento no pudieron entender que Jesús tendiera vínculos con personas con quienes ninguno tenido por decente y honrado quisiera relacionarse. Por eso es que la constante respuesta de Jesús debería resonar siempre en nuestras mentes y en nuestros corazones, como si fuera un himno que constantemente se entonara en nuestras vidas y en nuestras comunidades cristianas:

Lucas 19:10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.”

Jesús siempre vio a los pecadores como enfermos, como los más pobres de los hombres, y, por consiguiente, como quienes más le necesitan. Así somos cuando vivimos en nuestra ignorancia más honda, desconociendo que somos hijos perdidos, y que por eso nos comportamos de mala manera; pero cuando Jesús sale a nuestro encuentro por la bendita persona del Santo Espíritu que revela a Jesucristo en nuestros corazones, nos damos la vuelta dejando atrás nuestra vana manera de vivir, y entregamos nuestro corazón a Jesucristo para pasar de la muerte a la vida abundante que Dios tiene para nosotros.

Ese es el auténtico sentido del Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios, la Buena Noticia de la salvación que el Eterno tiene en Cristo Jesús para los perdidos, su inmenso amor para sus hijos e hijas degradados, su inimaginable clemencia para los desesperados y marginados, a quienes Dios ha escogido como destinatarios de la revelación del Dios de amor y misericordia que nos ha visitado en la persona de Jesús de Nazaret.

Resuenan en nuestros oídos las palabras del cántico de Myriam, latinizada María de Nazaret, la querida mamá de nuestro Señor Jesucristo, que hallamos en el capítulo primero del Evangelio de Lucas, en el que María se goza al considerar su bajeza, su sencillez como sierva del Señor, en la que el Eterno se ha fijado al escogerla nada menos que para ser la madre del Mesías, el instrumento humano a través del cual el Verbo, que es Dios, sea hecho carne y pueda habitar entre nosotros como uno de nosotros para dar su vida por nosotros. Entonces María profetiza en ese cántico que nos ha llegado por la inspiración del Espíritu Santo:

“Entonces María dijo:

Engrandece mi alma al Señor;

Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

Porque ha mirado la bajeza de su sierva;

Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso;



---

Santo es su nombre,  
Y su misericordia es de generación en generación  
A los que le temen.  
Hizo proezas con su brazo;  
Eparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.  
Quitó de los tronos a los poderosos,  
Y exaltó a los humildes.  
A los hambrientos colmó de bienes,  
Y a los ricos envió vacíos.  
Socorrió a Israel su siervo,  
Acordándose de la misericordia  
De la cual habló a nuestros padres,  
Para con Abraham y su descendencia para siempre.”

(Lucas 1:46-55).

La profecía radical de María de Nazaret, oculta por la iglesia institucional en todas sus versiones –católica, ortodoxa y protestante- destaca el acontecer del futuro que Dios tiene preparado con la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, con poder y gran gloria, cuando los soberbios serán esparcidos, los poderosos perderán sus tronos, los humildes serán exaltados, los hambrientos serán colmados de bienes y los enriquecidos serán dejados vacíos.

Estas palabras de la profetisa María de Nazaret, en consonancia con la de la profetisa Ana, en el Antiguo Testamento, concuerdan igualmente con las Bienaventuranzas de nuestro Señor Jesucristo:

“Y Ana oró y dijo:

Mi corazón se regocija en YHVH,

Mi poder se exalta en YHVH;

Mi boca se ensanchó sobre mis enemigos,

Por cuanto me alegré en tu salvación.

(‘bishuateja’, ‘en tu salvación’, de la raíz ‘yeshúa’, ‘Jesús’, ‘Salvación’).

No hay santo como YHVH;

Porque no hay ninguno fuera de ti,  
Y no hay refugio como el Dios nuestro.  
No multipliquéis palabras de grandeza y altanería;  
Cesen las palabras arrogantes de vuestra boca;  
Porque el Dios de todo saber es YHVH,  
Y a él toca el pesar las acciones.  
Los arcos de los fuertes fueron quebrados,  
Y los débiles se ciñeron de poder.  
Los saciados se alquilaron por pan,  
Y los hambrientos dejaron de tener hambre;  
Hasta la estéril ha dado a luz siete,  
Y la que tenía muchos hijos languidece.  
YHVH mata, y él da vida;  
Él hace descender al Seol, y hace subir.  
YHVH empobrece, y él enriquece;  
Abate, y enaltece.  
Él levanta del polvo al pobre,  
Y del muladar exalta al menesteroso,  
Para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor.  
Porque de YHVH son las columnas de la tierra,  
Y él afirmó sobre ellas el mundo.  
Él guarda los pies de sus santos,  
Mas los impíos perecerán en tinieblas;  
Porque nadie será fuerte por su propia fuerza.  
Delante de YHVH serán quebrantados sus adversarios,  
Y sobre ellos tronará desde los cielos;  
YHVH juzgará los confines de la tierra,

---

Dará poder a su Rey,

Y exaltará el poderío de su Ungido.”

(1º Samuel 2:1-10).

Después de hacer memoria del Canto de Ana, recordemos las Bienaventuranzas de nuestro bendito Salvador:

“Y alzando sus ojos hacia sus discípulos, decía:

Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.

Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos;

Porque así hacían sus padres con los profetas.

Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre.

¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!

Porque así hacían sus padres con los falsos profetas.”

(Lucas 6:20-26).

La cara de sorpresa siempre ha sido grande cuando me he referido en distintos círculos y foros a María de Nazaret como profetisa, por cuanto el cristianismo eclesiastizado ha tratado a la fiel y dulce *Myriam*, latinizada “*María*”, o bien elevándola hasta hacer de ella la protagonista de un sistema idolátrico que conocemos por “*mariolatría*”, incongruente con la enseñanza de las Sagradas Escrituras, o bien olvidándola hasta el punto de recordarla solamente en algún drama infantil navideño.

Pocos, tanto de entre los católicos como de entre los protestantes, han reparado en que de esta preciosa hermana nuestra nos ha llegado ese cántico que tradicionalmente conocemos como el “*magnificat*”, que hemos citado anteriormente, y en el que nos encontramos con una de las más claras manifestaciones proféticas escatológicas de las Sagradas Escrituras.

María de Nazaret describe la injusticia social en que había caído el pueblo que Dios había originado para que no siguiera el camino de la adoración de los ídolos mudos ni

hubiera en él enriquecidos a costa de crear empobrecidos, y así ser “*luz a las naciones*”. Lo mismo hallamos en los textos de los profetas del Antiguo Testamento:

Isaías 59:7: “Sus pies corren al mal, se apresuran para derramar la sangre inocente; sus pensamientos, pensamientos de iniquidad; destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos.”

Isaías 60:18: “Nunca más se oirá en su tierra violencia, destrucción ni quebrantamiento en su territorio, sino que a tus muros llamarás Salvación (hebreo: ‘Yeshúa’, ‘Jesús’), y a tus puertas Alabanza.”

Jeremías 6:6-7: “Porque así dijo YHVH de los Ejércitos: Cortad árboles, y levantad vallado contra Jerusalem; esta es la ciudad que ha de ser castigada; toda ella está llena de violencia. Como la fuente no cesa de manar sus aguas, así ella nunca cesa de manar su maldad; injusticia y robo se oyen en ella; continuamente en mi presencia, enfermedad y herida.”

Ezequiel 45:9: “Así ha dicho YHVH el Señor: ¡Basta ya, oh príncipes de Israel! Dejad la violencia y la rapiña. Haced juicio y justicia; quitad vuestras imposiciones de sobre mi pueblo, dice YHVH el Señor.”

Amós 5:7, 11: “Los que convertís en ajeno el juicio, y la justicia la echáis por tierra... Por tanto, puesto que vejáis al pobre y recibís de él carga de trigo, edificasteis casas de piedra labrada, mas no las habitaréis; plantasteis hermosas viñas, mas no beberéis el vino de ellas.”

Habacuc 1:3-4: “¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia.”

La injusticia, el robo, el gravamen sobre el trigo y las imposiciones sobre el pueblo por parte de la superestructura del poder fueron y siguen siendo las cargas y las plusvalías basadas en el robo del salario de los jornaleros, es decir, la substracción de la riqueza producida por los trabajadores. Las cosas no han cambiado en absoluto.

El profeta Miqueas también explica el origen de la riqueza diferenciante mediante el uso del verbo ‘ashaq’, cuyo sentido es el de “apoderarse violentamente de lo ajeno”, “oprimir y vejar al debilitado haciéndole empobrecerse o endeudarse”, “arrebatar al empobrecido lo que se le debe”. Esa es la clase de violencia a la que tantas veces se refieren los escritos de los profetas del Antiguo Testamento. Veamos algunos ejemplos:

Levítico 19:13: “No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana.”

La relación entre la explotación del pueblo y el establecimiento de una monarquía, al estilo de las naciones circunvecinas de Israel, es más que evidente en el texto de 1º Samuel 8:5-22, en el que hallamos una minuciosa descripción de las implicaciones

sociales, políticas y económicas del sistema monárquico, aplicable perfectamente a dicho sistema en cualquier lugar hasta nuestros días:

“He aquí tú (Samuel) has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones. Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a YHVH. Y dijo YHVH a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, dejándome a mí y sirviendo a dioses ajenos, así hacen también contigo. Ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales cómo les tratará el rey que reinará sobre ellos. Y refirió Samuel todas las palabras de YHVH al pueblo que le había pedido rey. Dijo, pues: Así hará el rey que reinará sobre vosotros: tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y nombrará para sí jefes de miles y jefes de cincuentenas; los pondrá asimismo a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros. Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras. Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos. Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos. Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras. Diezmará también vuestros rebaños y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas YHVH no os responderá en aquel día. Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras. Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y las refirió en oídos de YHVH. Y YHVH dijo a Samuel: Oye su voz, y pon rey sobre ellos. Entonces dijo Samuel a los varones de Israel: Idos cada uno a vuestra ciudad.”

El libro de los Salmos es muy rico respecto al tema que estamos tratando:

Salmo 62:10: “No confiéis en la violencia (explotación de los vulnerables empobrecidos) ni en la rapiña (el afán por el lucro y la dominación sobre ellos); no os envanezcáis; si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas.”

Salmo 72:4: “Juzgará YHVH a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso, y aplastará al opresor.”

Salmo 105:14: “No consintió YHVH que nadie los agraviase (cargase con tributos de explotación), y por causa de ellos (el pueblo de su pacto) castigó a los reyes.”

Veamos ahora algunos ejemplos tomados de los textos de los profetas, comenzando con este pasaje de Isaías en el que se nos da una descripción del afán por el lucro y la dominación, la acumulación de la riqueza por parte de los poderosos, el empobrecimiento de los vulnerables, la crisis económica resultante del injusto sistema de explotación sin medida, la vida social de desenfreno de los explotadores, y

finalmente el juicio divino venidero, con la apoteosis final de la victoria de nuestro Dios y el reino de juicio y justicia venidero, conforme a sus promesas:

Isaías 5:8-16: “¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra? Ha llegado a mis oídos de parte de YHVH de los ejércitos, que las muchas casas han de quedar asoladas, sin morador las grandes y hermosas. Y diez yugadas de viña producirán un bato, y un homer de semilla producirá un efa. (la equivalencia actual sería de 3 hectáreas sólo un tonel, y diez medidas de semilla producirían sólo una). ¡Ay de los que se levanta de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y no miran la obra de YHVH, ni consideran la obra de sus manos. Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento; y su gloria pereció de hambre, y su multitud se secó de sed. Por eso ensanchó su interior el Seol, y sin medida extendió su boca; y allá descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto, y el que en él se regocijaba. Y el hombre será humillado, y el varón será abatido, y serán bajados los ojos de los altivos. Pero YHVH de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia.”

La profecía anuncia que la indolencia de las mujeres de los potentados será castigada; que la crisis económica no sólo impactará dolorosamente sobre el pueblo, sino que también alcanzará a los potentados que saborearán igualmente la escasez, pues de lo contrario jamás se arrepentirán; toda altivez, tanto de ojos como de faustos edificios, se vendrá abajo estrepitosamente; y todo esto acontecerá hasta que el Santo Espíritu de Dios sea derramado como lluvia tardía, aquel mismo Espíritu que como lluvia temprana fue derramado en el Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles. Y el pueblo remanente de Dios podrá entonces disfrutar de los nuevos cielos y la nueva tierra, donde habitará la justicia, para lo que los impedidores de la justicia del Reino de Dios habrán tenido que desaparecer para siempre, los impíos que con su mentira detienen la justicia y la paz.

Isaías 32:9-18: “Mujeres indolentes, levantaos, oíd mi voz: Hijas confiadas, escuchad mi razón. De aquí a algo más de un año tendréis espanto, oh confiadas; porque la vendimia faltará, y la cosecha no vendrá. Temblad, oh indolentes; turbaos, oh confiadas; despojaos, desnudaos, ceñid los lomos con cilicio. Golpeándose el pecho lamentarán por los campos deleitosos, por la vid fértil. Sobre la tierra de mi pueblo subirán espinos y cardos, y aun sobre todas las casas en que hay alegría en la ciudad de alegría. Porque los palacios quedarán desiertos, la multitud de la ciudad cesará; las torres y fortalezas se volverán cuevas para siempre, donde descansen asnos monteses, y ganados hagan majada; hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morada de justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.”

El profeta Jeremías nos trae palabra de Dios en la que describe la explotación del hombre por el hombre; la acumulación de la riqueza basada en la explotación de los empobrecidos y endeudados; el abandono de la justicia para los más vulnerables, como los huérfanos –lo que hoy denominaríamos política de “recortes” en los servicios sociales, en la educación, en la sanidad y en las ayudas para la dependencia- el enriquecimiento basado en esta etapa del capitalismo especulativo, y el silencio por parte de las autoridades religiosas, satisfechas con seguir siendo generosamente sostenidas por sus patrocinadores:

Jeremías 5:26-31: “Porque fueron hallados en mi pueblo impíos; acechaban como quien pone lazos, pusieron trampa para cazar hombres. Como jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño; así se hicieron grandes y ricos. Se engordaron y se pusieron lustrosos, y sobrepasaron los hechos del malo; no juzgaron la causa, la causa del huérfano; con todo, se hicieron prósperos, y la causa de los pobres no juzgaron. ¿No castigaré esto? Dice YHVH; ¿Y de tal gente no se vengará mi alma? Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra; los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso. ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?”

En el siguiente pasaje del profeta Jeremías vemos una amonestación centrada en el orgullo de las autoridades de Jerusalem y su Templo, el lugar que sintetizaba su confianza, en vez de en la obediencia a los mandamientos, decretos y estatutos divinos:

Jeremías 7:4-11: “No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de YHVH, Templo de YHVH, Templo de YHVH es este. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre. He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis. ¿Vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones? ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice YHVH.”

La profecía que Dios le da Jeremías para la estirpe de David respecto al juicio venidero sobre aquella casa de oración diseñada para serlo para todos los pueblos, pero convertida tristemente en templo nacionalista e idolátrico, centro neurálgico de la monarquía davídica, es contundente:

Jeremías 21:12: “Casa de David, así dijo YHVH: Haced de mañana juicio, y librad al oprimido de mano del opresor, para que mi ira no salga como fuego, y se encienda y no haya quien lo apague, por la maldad de vuestras obras.”

La palabra que vino sobre Ezequiel respecto a la vida eterna y la muerte eterna no es sino lo mismo que nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho en el Evangelio. Se trata de la

más detallada descripción de los impíos que podemos hallar en las Sagradas Escrituras. No contiene ninguna referencia a las doctrinas denominacionales, siempre, insistimos, expresadas en términos abstractos que no comprometen a nadie, sino basadas en actitudes y conductas. Tampoco hallamos ninguna referencia a los centímetros cuadrados de carne expuesta por las mujeres, ni a cosas semejantes que tanto preocupan a los inventores de la “*moralina*”, cortina de humo de la religión organizada por los clérigos del sistema para ocultar las verdaderas dimensiones del pecado:

Ezequiel 18:4-20: “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá. Y el hombre que fuere justo, e hiciere según el derecho y la justicia; que no comiere sobre los montes (referencia a las ‘romerías’ de la época a los santuarios de los ídolos), ni alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, ni violare la mujer de su prójimo, ni se llegare a la mujer menstruosa, ni oprimiere a ninguno; que al deudor devolviere su prenda (referencia a no aprovecharse de la situación de precariedad de su vecino), que no cometiere robo, y que diere de su pan al hambriento y cubriere al desnudo con vestido, que no prestare a interés ni tomare usura (referencia a la práctica que hoy conocemos por ‘banca’); que de la maldad retrajere su mano, e hiciere juicio verdadero entre hombre y hombre (referencia al pecado de hacer acepción de personas en función de su status social o económico), en mis ordenanzas caminaré, y guardare mis decretos para hacer rectamente, éste es justo; éste vivirá, dice YHVH el Señor. Mas si engendrare hijo ladrón, derramador de sangre, o que haga alguna cosa de estas, y que no haga las otras, sino que comiere sobre los montes, o violare la mujer de su prójimo, al pobre y menesteroso oprimiere, cometiere robos, no devolviere la prenda, o alzare sus ojos a los ídolos e hiciere abominación, prestare a interés y tomare usura; ¿vivirá éste? No vivirá. Todas estas abominaciones hizo; de cierto morirá, su sangre será sobre él. Pero si éste engendrare hijo, el cual viere todos los pecados que su padre hizo, y viéndolos no hiciere según ellos; no comiere sobre los montes, ni alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel; la mujer de su prójimo no violare, ni oprimiere a nadie, la prenda no retuviere, ni cometiere robos; al hambriento diere su pan, y cubriere con vestido al desnudo; apartare su mano del pobre, interés y usura no recibiere; guardare mis decretos y anduviere en mis ordenanzas; éste no morirá por la maldad de su padre; de cierto vivirá. Su padre, por cuanto hizo agravio, despojó violentamente al hermano, e hizo en medio de su pueblo lo que no es bueno, he aquí que él morirá por su maldad. Y si dijereis: ¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre? Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá. El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.” (ver Mateo 25:31-46).

Continúa la profecía de Ezequiel en los siguientes términos de juicio:

Ezequiel 22:24-31: “Hijo de hombre, dí a ella (Jerusalem): Tú no eres tierra limpia, ni rociada con lluvia en el día del furor. Hay conjuración de sus profetas en medio de ella, como león rugiente que arrebatara presa; devoraron almas, tomaron haciendas y honra, multiplicaron sus viudas en medio de ella. Sus sacerdotes violaron mi ley, y



contaminaron mis santuarios; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de mis días de reposo apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos. Sus príncipes en medio de ella son como lobos que arrebatan presa, derramando sangre, para destruir las almas, para obtener ganancias injustas. Y sus profetas recubrían con lodo suelto, profetizándoles vanidad y adivinándoles mentira, diciendo: Así ha dicho YHVH el Señor; y YHVH no había hablado. El pueblo de la tierra usaba de opresión y cometía robo, al afligido y menesteroso hacía violencia, y al extranjero oprimía sin derecho (clarísima referencia aplicable a la negación de documentación legal al inmigrante y negación al derecho de la sanidad pública en nuestros días). Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé. Por tanto derramaré sobre ellos mi ira; con el ardor de mi ira los consumí; hice volver el camino de ellos sobre su propia cabeza, dice YHVH el Señor.”

Vamos ahora a entrar en los textos de los Profetas Menores:

Oseas 5:9-11: “Efraín será assolado en el día del castigo; en las tribus de Israel hice conocer la verdad. Los príncipes de Judá fueron como los que traspasan los linderos; derramaré sobre ellos como agua mi ira. Efraín es vejado, quebrantado en juicio, porque quiso andar en pos de vanidades.”

Oseas 12:6-10: “Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y en tu Dios confía siempre. Mercader que tiene en su mano peso falso, amator de opresión, Efraín dijo: Ciertamente he enriquecido, he hallado riquezas para mí; nadie hallará iniquidad en mí, ni pecado en todos mis trabajos. Pero yo soy YHVH tu Dios desde la tierra de Egipto; aún te haré morar en tiendas, como en los días de la fiesta (‘Sucot’, ‘Tabernáculos’). Y he hablado a posprofetas, y aumenté la profecía, y por medio de los profetas usé parábolas.”

Amós 3:10-11: “No saben hacer lo recto, dice YHVH, atesorando rapiña y despojo en sus palacios. Por tanto, YHVH el Señor ha dicho así: Un enemigo vendrá por todos lados de la tierra, y derribará tu fortaleza, y tus palacios serán saqueados.”

Amós 4:1-3: “Oíd esta palabra, vacas de Basán (referencia a las mujeres ociosas de los poderosos), que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos; que decía a vuestros señores: Traed, y beberemos. YHVH el Señor juró por su santidad: He aquí, viene sobre vosotras días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador; y saldréis por las brechas una tras otra, y seréis echadas del palacio, dice YHVH.”

Amós 5:7-12: “Los que convertís en ajeno el juicio, y la justicia la echáis por tierra, buscad al que hace las Pléyades y el Orión, y vuelve las tinieblas en mañana, y hace oscurecer el día como noche; el que llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la faz de la tierra; YHVH es su nombre; que da esfuerzo al despojador sobre el fuerte, y hace que el despojador venga sobre la fortaleza. Ellos aborrecieron al reprensor en la puerta de la ciudad, y al que hablaba lo recto abominaron. Por tanto, puesto que vejáis

al pobre y recibís de él carga de trigo, edificasteis casas de piedra labrada, mas no las habitaréis; plantasteis hermosas viñas, mas no beberéis el vino de ellas. Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres.”

Leemos estas palabras del profeta Amós y nos parece estar ante las noticias que hoy aparecen en los diarios, comprendidos algunos que nunca sospechamos que serían capaces de rendirse a la realidad de la desvergüenza y la corrupción generalizadas en estas tierras.

El siguiente versículo de este pasaje de Amós explica la razón por la que muchos callan:

Amós 5:13: “Por tanto, el prudente en tal tiempo calla, porque el tiempo es malo.”

Personalmente, no sabemos si hemos de interpretar “*prudente*” en el sentido más literal del término –“*antes del diente*”, es decir, cuidando de expresar palabras comprometedoras- o inclinarnos más bien por su posible sentido de “*cobarde*” o “*político*”. En nuestro caso, decididamente, no tenemos tendencia a acobardarnos y ni a ser políticamente correctos. De ahí que hayamos optado por escribir este trabajo.

Malaquías 3:5: “Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice YHVH de los ejércitos.”

Todas estas profecías, que tienen uno o varios cumplimientos en el tiempo histórico, también tendrán su cumplimiento final en el tiempo escatológico.

En el Nuevo Testamento también hallamos textos al respecto, como es el caso de la Epístola Universal de Santiago:

Santiago 5:1-8: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte el justo, y él no os hace resistencia. Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.”

La objeción de algunos detractores se fundamenta en el texto del Evangelio de Mateo: 25:14-27, la conocida parábola de los talentos, en la que se encomia a los siervos que negociaron con los talentos recibidos, mientras que al que no lo hizo, *porque tuvo*

---

*miedo y fue y escondió el talento en la tierra, se le reprende, explicándole que debía haber dado su dinero a los banqueros, para que al venir su señor hubiera recibido lo que era suyo más sus intereses.*

Quienes emplean este texto en contra de todos los demás pasajes al respecto, para tratar de justificar la explotación capitalista, la banca usurera y demás desmanes del sistema explotador en que vivimos, olvidan el aspecto hermenéutico más elemental, y es que se trata de una parábola. Los elementos tomados del contexto son términos comparativos con el propósito de inculcar la lección que Jesús quiere darnos. En este caso concreto, la lección trata de nuestro deber de rendir cuentas de los talentos, dones y capacidades que hemos recibido para la realización y progreso del Reino de Dios en esta tierra. Nunca implica la parábola la aprobación de dichos elementos comparativos.

En el caso que nos ocupa, Jesús no está tratando de la licitud del sistema bancario, sino de nuestra deber de rendir cuentas de nuestros talentos, dones y capacidades que hemos recibido de parte de Dios nuestro Señor, todos ellos para provecho del Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, y de ese modo progresar en el avance del Reino de Dios.

Tengamos, pues, presente, que los elementos comparativos de las parábolas no son elementos que nos sean dados para su aprobación o desaprobación, sino sólo para establecer unos términos comparativos.

*“El llamamiento de nuestro Señor Jesucristo a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirle cada día, es algo pasado de moda para muchos.*

*Hoy todo se centra en la búsqueda del poder como el mundo lo entiende. La inmensa mayoría de las iglesias quieren ser poderosas, por eso se vinculan de alguna manera con el sistema establecido, sea el estado secular u otros poderes fácticos, indignos patrocinadores que establecen maridaje desigual con el cuerpo de Cristo, desplazando a éste y tratando de ocupar su lugar.*

*Muchos, muchísimos, quieren ser superpastores-estrella, obispos poderosos, profetas superungidos, apóstoles poseedores y administradores de la unción celestial; jerarcas eclesiásticos, en definitiva, “líderes” pertrechados en lujosos despachos y ubicados en la cumbre de sus organigramas.*

*Pero pocos, muy pocos, aceptan el llamamiento a ser sencillamente obreros.*

*Sin embargo, la mies sigue siendo mucha y los obreros continúan siendo pocos.”*

*(Joaquín Yebra).*

## LA DECEPCIÓN Y EL GÉLIDO INVIERNO ESPIRITUAL DEL CRISTIANISMO ORGANIZADO

La decepción es la nota predominante en nuestra sociedad. De vez en cuando, cuando las cloacas del estado secular y de sus señores manifiestan algo de su mugre a la luz pública, apenas la cresta del iceberg, y los ciudadanos –perdón, quise decir los “súbditos”, por cuanto los ciudadanos constituyen repúblicas, mientras que en las monarquías sólo hay súbditos- comenzamos a ser conscientes de algo que resulta tan repugnante que no queremos contemplar por conducirnos al vómito, la decepción endémica de nuestra nación, junto a las demás de nuestro contexto, pasa de ser mero desencanto a convertirse en amarga desilusión y decepción integral y definitiva.

Lo cierto es que sólo por el desconocimiento de la historia, o bien por haber leído exclusivamente los relatos y panfletos supuestamente históricos, aunque sólo propagandísticos del régimen de turno, escritos por los mentirosos y traidores a sueldo al servicio del poder establecido que constituyen los vencedores sobre las aspiraciones de los pueblos, los más puedan creer que lo que está sucediendo en nuestros días es algo novedoso, desconociendo o ignorando que estos desmanes y desvergüenzas han venido ocurriendo desde que contamos con historia documentada.

Todavía seguimos viviendo en medio de conceptos medievales, e incluso anteriores, mientras se siguen escuchando y empleando expresiones tales como “casas reales”, “familias dinásticas”, “estirpes de la nobleza”, “sangre azul”, “coronas reales”, “jefaturas del estado coronadas, hereditarias y vitalicias”, así como toda una larga cohorte de terminología absoluta y radicalmente incongruente y anacrónica, tras la cual se esconde y oculta la voluntad de un difunto dictador fascista sostenido y auspiciado por el capital bancario y el nacional-catolicismo recalcitrante, a cuyo servicio han trabajado y siguen haciéndolo un gran contingente de tecnócratas adiestrados para la realización de un “face lift”, es decir, un “lavado de cara”, generosamente recompensados por las fuerzas constituyentes del sistema dominante. Siempre ha sido así, si bien hoy la sofisticación de la metodología empleada supera por mucho las más preclaras suposiciones y expectativas.

Las iglesias que forman el cristianismo eclesiastizado y organizado no están exentas de esta epidémica desvergüenza que en su extensión ha llegado a copar todas las instituciones nacionales, convirtiendo a esta tierra en una sociedad fragmentada, rota y corrupta, en la que lo normal es el engaño, el fraude, la estafa, el doblez y el maquillaje de la contabilidad y del testimonio personal.

No en vano el cristianismo organizado está en el mundo y es más que lógico que el sistema dominante y su filosofía penetren por todas las grietas y fisuras que nosotros permitamos o incluso produzcamos, consciente o inconscientemente, atraídos y seducidos por los brillos del imperio.

La decepción de muchos cristianos que han caído en la sutil y viscosa red del denominacionalismo institucional es muy grande, honda y grave. Sin embargo, millones seguimos creyendo en Jesús de Nazaret como nuestro Señor y Salvador a pesar del *religionismo* organizado, lo que viene a demostrar el inmenso vigor intrínseco al Evangelio de Jesucristo, el cual no puede perecer aunque sea dinamitado desde dentro.

Esa religión cristiana organizada, en sus diversas versiones –que, por cierto, son muchísimas, conformando una extensa feria de las vanidades- no nos permite hallar un genuino hogar espiritual, sino un entorno que cada día se asemeja más al de los sindicatos y los partidos políticos con todos sus vicios, corrupción y desmanes.

Sin embargo, y como hemos dicho, ni siquiera los enemigos internos de la cristiandad, que son multitud, pueden acabar con la vigencia y vitalidad del Evangelio del Reino de Dios, el que Jesús proclamó. El verdadero Evangelio nunca nos avergonzará, pues se trata del poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, a todo aquel que se fía de Jesucristo entregándole su corazón con integridad.

Es absolutamente innegable por ser constatable que las iglesias históricas, en particular las que se han dejado atrapar por el estado secular y otros patrocinadores asociados, además de las que gustosamente han penetrado en sus redes, han caído en un ya demasiado largo y gélido invierno espiritual del que no se puede salir contando con las propias fuerzas, sino buscando la participación del Santo Espíritu de Dios, confesando nuestro pecado con arrepentimiento y refugiándonos en la gracia y misericordia de Dios nuestro único Señor.

Se trata de un pecado de infidelidad, de ruptura del pacto matrimonial en que Jesucristo nos ha vinculado para ser solamente suyos, sin más esposos ni señores. De ahí la imperiosa necesidad de buscar la participación del Santo Consolador para salir de semejante laberinto.

Cuando *acercamos el ascua a nuestra sardina*, es decir, al examinar detenida y detalladamente nuestra situación dentro del movimiento evangélico “español”, es muy sencillo percatarse de que la base social de apoyo del anticuado modelo del fundamentalismo importado, formado por ultraconservadores, no sólo en el aspecto teológico sino también en los ámbitos de lo social, lo político y lo económico, en obediencia a los dictados impuestos desde sus casas matrices en el imperio de turno, les convirtió y convierte en agentes mucho más interesados en las realizaciones mediáticas y en la “lógica” del mercado, en este caso de la feria de las “inglesias”, como nos llamó *Antonio Mingote* (1919-2012) en su momento –por cierto, siempre empapelándonos con pésimas traducciones al castellano, casi en un insoportable “Spanglish” de misioneros desinteresados en nuestra lengua y nuestra cultura, por despreciarlas- que en proclamar y proponer el mensaje comprometido del Evangelio de Jesucristo a los graves problemas actuales que sufren tantos hombres, mujeres y niños.

El resultado, como no podría ser de otra manera, es el ofrecimiento de una versión de cristianismo que solamente es apta para calmar las conciencias edulcorándolas y adormeciéndolas. Opio para el pueblo, en definitiva. De ese modo, estas organizaciones y sus secuaces demuestran a todas luces responder a la definición tan odiada por ellos, y que han tratado de ocultar, es decir, ser agentes opiáceos al servicio de sus imperios, pero que ahora sólo permanece tapada a los ojos de los más ignorantes. Suele ocurrir que lo que más procuramos ocultar es lo que resulta más evidente a la mirada de todos. Dime de que presumes, y te diré de qué careces.

Vivimos distanciados de la humanidad doliente. No nos importa recibir fondos del estado secular, entre cuyos ingresos ocupa un lugar muy destacado la industria armamentística, la fabricación, venta y exportación de material bélico, incluso a naciones sometidas a rigurosas dictaduras sangrientas. *"Business is Business"*. Son los medios seculares los que tienen que venir a recordarnos estas atrocidades, mientras el cristianismo organizado guarda absoluto silencio institucional.

Urge tomar conciencia de estas realidades, en lugar de esconder nuestra cabeza en la arena, como siempre se ha dicho de los avestruces, lo que realmente no he podido constatar. Somos bastantes los que estamos asqueados de las fórmulas políticamente correctas, porque sabemos que no se trata sino de un eufemismo para justificar la práctica de la hipocresía y hacerlo con tanta asiduidad como para acostumbrarnos a ello y quedarnos tan campantes en medio de un estado de vacunación de conciencia.

Necesitamos reconocer y proclamar con valentía que la iglesia institucional en cualquiera de sus variantes antiguas y modernas no fue el objeto de la predicación de nuestro Señor Jesucristo. No se dedicó a semejante tarea durante su ministerio público, hasta el momento de entregar su vida por nosotros pecadores en aquella Cruz del Calvario, sino que su dedicación fue enteramente a la proclama del acercamiento del Reino de Dios, ese sueño de amor de Dios Padre para todos los humanos, en contraposición a los reinos de este mundo, los de los césares de turno, que son los dirigentes que han regido los destinos temporales de los hombres hasta el presente, dejando a su paso un caudal de sangre inocente.

De ahí la revolución absoluta que representa el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios respecto a las relaciones de los hombres, desde las personales hasta las divinas, ofreciendo una nueva visión cósmica de todas las realidades. Esta es la razón por la que, por muy paradójico que pueda parecernos, el *"cristianismo"* no apareció en la historia como un *"ismo"* más entre tantos otros, sino como un movimiento, no de los hombres ni de las instituciones seculares, sino del Espíritu Santo, como el Camino de Cristo Jesús al Padre Eterno.

Por consiguiente, y como ya hemos apuntado, este Camino es muy anterior a su sedimentación en las organizaciones que conocemos como *"iglesias institucionales"* y sus doctrinas filosóficas de oscura procedencia, ninguna de las cuales contiene ni siquiera una sola de las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, como cualquiera puede constatar revisando los credos tenidos por históricos, ni tampoco en las confesiones de fe de las denominaciones modernas.

Esto ya lo hemos repetido varias veces porque no nos cansamos de hacerlo. Creemos que nuestra insistencia puede ayudar a algunos hermanos y hermanas a despertar y percatarse del gran rapto de nuestro Señor Jesucristo y su Evangelio, y así darse cuenta de que Dios dio a Jesús al mundo, pero las instituciones del cristianismo organizado lo han secuestrado para que millones crean que es menester pasar por el “*aro*” de sus organizaciones para poder tener una genuina experiencia con nuestro Señor.

Unos lo han encerrado en el sagrario y otros entre las tapas de la Biblia publicada siempre con “*copyright*”, es decir, con “*derechos de autor*”, entiéndase con propiedad intelectual por parte de la entidad publicadora, la que, al mismo tiempo y paradójicamente justifica su existencia para difundir las Sagradas Escrituras. En definitiva, siempre procurando la ardua labor, el enconado empeño y el baldío intento de controlar y dominar al Rey de reyes y Señor de señores, como si tal despropósito fuera posible.

El Camino de Jesucristo al Padre Eterno tiene la particularidad, entre otras, de crear su propio curso, frecuentemente al margen y a muchísima distancia del cristianismo organizado e institucionalizado. No olvidemos que *la fe que es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios*, y semejante cosa produce y alimenta una fascinación cuyo origen se halla en la propia persona de Jesús de Nazaret y su mensaje espiritual y libertario, al margen del institucionalismo repugnante, cargado de politiquero, nepotismo y toda clase de maquillajes para tapar los evidentes rasgos de gangsterismo pseudo-espiritual ejercido por los secuaces vendidos a los poderes del momento histórico de que se trate.

Si hacemos un poco de memoria histórica –esa que tanto asusta a muchos, especialmente a quienes pertenecen a familias con antepasados con manos o plumas manchadas de sangre- constataremos que el movimiento iniciado por Jesús de Nazaret fue originalmente tildado de herejía. Con el paso de los siglos, el cristianismo sedimentó en organizaciones eclesíásticas que acometieron la labor de tildar de herejía a cuantos no estuvieron dispuestos a someterse a sus implacables dictaduras.

Eso mismo acontece hoy respecto al camino espiritual del Evangelio, el que la religión organizada bajo el nombre de “*cristianismo*”, que nosotros calificamos como “*organizado*”, pretende descartar, maldecir, perseguir y anular desde sus posiciones de poder exclusivo, pontifical y absoluto, a todos cuantos no nos dejamos marcar por el hierro candente de los agentes religiosos al servicio de los poderes mundanos.

Consideremos las palabras de los principales de entre los judíos de Roma ante la convocatoria hecha por el Apóstol Pablo para rendir cuentas y explicar que si él se encontraba atado con cadenas no era por haber cometido delito alguno, sino por causa de la “*esperanza de Israel*”. En aquella ocasión quedó claramente demostrado que la visión del Camino de Cristo como “*secta*” nos muestra lo muy distante que en aquellos momentos se hallaba de llegar a ser una religión imperial con aspiraciones universalistas, de imperialismo global, y, como consecuencia, de intolerancia respecto a todos los otros caminos de espiritualidad del mundo, como efectivamente se



demonstraría muy poco tiempo después, en una clara traición a las enseñanzas de Jesús de Nazaret.

De ese modo, la versión universalista de la religión cristiana organizada según el patrón imperial, se extendería en defensa de los intereses de Roma y su imperio, que ya en aquellos momentos se encontraba sumido en franca decadencia:

Hechos 28:20-22: “Así que por esta causa os he llamado para veros y hablaros; porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena. Entonces ellos le dijeron (a Pablo): Nosotros no hemos recibido de Judea cartas acerca de ti, ni ha venido alguno de los hermanos que haya denunciado o hablado algún mal de ti. Pero querríamos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.”

Así fue desarrollándose el Camino del Evangelio hasta que los discípulos fueron reconocidos como “*cristianos*”:

Hechos 11:26: “Bernabé y Saulo se congregaron en Antioquía todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.”

Aquella cristiandad original mantuvo una fuerza mucho más vigorosa que las iglesias del “*cristianismo organizado*” que se irían formando después siguiendo el modelo del imperio de Roma, y la razón de semejante fuerza y dinamismo no puede ser más evidente. El Camino original fue del Espíritu Santo, mientras que el desarrollo posterior fue carnal, saturado por el afán por el lucro y la dominación. Así ha venido siendo hasta nuestros días, como podemos constatar estudiando la historia de la Iglesia en cualquiera de los tratados no prejuiciados.

Aquel movimiento del Espíritu Santo, al que millones de cristianos anhelamos volver y recuperar, no estuvo encuadrado en instituciones, ni aprisionado entre doctrinas expresadas en términos abstractos y dogmas promulgados pontificalmente para ser asumidos letra por letra y coma por coma.

Aquel Camino del Espíritu Santo estuvo constituido por gentes de las más variadas culturas y tradiciones, incluso por agnósticos que se dejaron tocar por la figura valiente e inigualable de Jesús de Nazaret y el sueño divino que el Padre Eterno le encomendó proclamase: El Reino de Amor y Libertad anhelado por tantos.

Jesús de Nazaret, que dejó acercarse a todos, invitando a venir a Él, especialmente los trabajados y cargados –entiéndase los más explotados, empobrecidos y endeudados– para hallar descanso y sosiego, pronto fue substituido por el *iglesianismo* que impide el acceso a Cristo, a menos que los hombres acepten sus dogmas y se sometan como súbditos obedientes a sus instituciones.

De ahí que Jesucristo cumpliera efectivamente la afirmación de aquel profeta que se encontraba en el Templo de Jerusalem, fuera de la nómina del sistema, en el día y hora en que José y María fueron con su hijito Jesús, después de la purificación de ella, para

---

presentar al niño al Señor. Se trataba de Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y sobre quien reposaba la bendita persona del Espíritu Santo, y a quien se le había revelado que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor, al Cristo:

Lucas 2:27-32: “Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, Simeón lo tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,

Conforme a tu palabra;

Porque han visto mis ojos tu salvación (‘Yeshúa’),

La cual has preparado en presencia de todos los pueblos;

Luz para revelación a los gentiles,

Y gloria de tu pueblo Israel.”

La fuerza de aquel movimiento del Santo Espíritu de Dios radicó en su ética de amor incondicional, especialmente para con los empobrecidos y oprimidos, asumiendo el drama humano desde la praxis del amor, no desde la fe reducida en creencias dogmáticas. Y todo ello fue vivido en medio de persecuciones, torturas, humillaciones y derramamiento de sangre, partiendo del sacrificio de Jesús de Nazaret en la Cruz del Gólgota como gran telón de fondo.

Nuestro Señor presentó una imagen de Dios sumamente íntima y amigable en conjugación con la vida, facilitando el acceso a su amistad incluso a quienes no terminan de creer en Dios, entiéndase en el “dios” presentado por las instituciones religiosas vendidas al poder de la superestructura dominante.

La visión de Dios que Jesús compartió es el activo más importante que precisamos recuperar en medio de la crisis actual, que comienza en el corazón y se va extendiendo por todos los ámbitos del hombre y su quehacer.

Ese camino de fe, desligado del cristianismo oficialista, es lo que realmente cuenta. Todas las demás cosas vinculadas a la religión organizada no son sino oportunidades para la explotación de los más incautos por parte de los más avisados para el mal, así como lanzadera para que se cumpla la aspiración de muchos de los empobrecidos por llegar a ser tan poderosos como sus explotadores.

Sin embargo, aquel movimiento del Espíritu Santo pasó muy pronto a convertirse en una institución religiosa que fue extendiéndose bajo diversas formas de organización, hasta formar el raro entramado a guisa de laberinto en el que tantos se pierden y otros tantos se pregunta por qué camino dirigir sus pisadas.

El modelo que siguió las formas estructurales del imperio de Roma fue el que naturalmente se desarrolló más y más rápidamente, hasta llegar a configurar la cultura

occidental con sus ríos de sangre de intolerancia, sus guerras santas, sus cruzadas, sus hogueras inquisitoriales y todas sus estructuras de explotación y alienación que perduran hasta nuestros días.

En su seno fueron elaborándose y formándose las distintas interpretaciones de la figura de Jesucristo, las que a su vez se fueron transformando en doctrinas expresadas en terminología filosófica y que fueron recogidas en forma de credos y confesiones de fe. De esa manera, y al asumir carácter institucional se establecieron criterios rígidos de pertenencia y de exclusión, declaraciones doctrinales con referencia a identidad y celebración de ritos propios.

Aquel Jesús de Nazaret de los Evangelios fue distanciándose lenta pero progresivamente cada vez más en el cristianismo organizado, el que le raptó, y en todas las deformaciones que han venido dándose en el curso de los siglos. La explicación de estos hechos nos ha llegado gracias a la sociología, no tan vendida al mejor postor como tristemente le ha sucedido a la teología. Por eso es que las formas del cristianismo institucional siempre han vivido, tal y como acontece en el presente, en una fuerte tensión respecto al camino espiritual emprendido y propuesto por Jesucristo.

Llevamos muchos años, al menos algunos de nosotros, sintiéndonos muy incómodos dentro del tinglado institucional de la antigua farsa. En nuestros primeros pasos en la fe de Jesucristo, a la que accedimos siendo ya adultos, esta incomodidad por nuestra parte fue solamente un sentimiento que no sabíamos explicar acertadamente porque nos faltaban datos y experiencia. Fue durante muchos años algo sentido y barruntado. Hoy creemos ya saber con bastante precisión porqué nos sentimos incómodos dentro de semejante tinglado antiguo.

Con el paso de los años, del estudio y sobre todo de las vivencias, además del conocimiento de las interioridades y las entretelas de algunas de las instituciones del cristianismo organizado en las que nos hemos desenvuelto, nuestro sentimiento de incomodidad se ha convertido en una convicción muy hondamente arraigada por haber sido estudiada, meditada y asumida, amén de haberla vivido y sufrido. También nos ha ayudado conversar con muchos creyentes y ganar su confianza para que abrieran su corazón y se expresaran con libertad, sin miedos ni temores.

Personalmente, no creemos que el camino institucional del cristianismo organizado tenga un futuro claro, al menos, un futuro en los planes de Dios. Antes bien, ese camino ya está siendo transitado por muchas de las corrientes que sirven de soporte a la apostasía final de la que hablan las Sagradas Escrituras para los tiempos escatológicos, próximos al Segundo Adviento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien vendrá con poder y gran gloria a buscar a su pueblo, al remanente no contaminado por el mundo y sus artimañas.

Como religión organizada, vendida al mejor postor, este camino apóstata tendrá el futuro que el mundo perdido tiene deparado, ni más ni menos; es decir, la condenación que vendrá sobre los hijos de desobediencia. Futuro, según Dios, para el

bien de los hombres, conforme a lo establecido por nuestro Señor, y puesto delante de nosotros como camino de fe obediente que el propio Espíritu Santo ha sembrado de oportunidades para hacer las obras de Dios, andar en sus caminos y vivir las obras buenas con que Él mismo ha pavimentado nuestra senda, y quien anima y da sentido a la fe y a la vida.

El problema fundamental de las iglesias establecidas radica en la desobediencia a nuestro Señor, la cual se manifiesta y expresa en su pretensión más o menos abierta de ser cada una de ellas la única y verdadera, de forma mucho más acusada en aquellas vinculadas al poder secular en forma de estado o de corona, y menos acusado, pero no por ello inexistente, en las llamadas o conocidas por “*iglesias libres*”, herederas del “*inconformismo inglés*”, todas las cuales han llegado a convertirse en un proceso de regresión en hijas deformes del poder *cesaropapista* en que se transformó el imperio romano.

Este es el problema raíz que impide que las iglesias cristianas institucionalizadas se reconozcan mutua y recíprocamente como expresiones que revelan dimensiones diferentes y complementarias del mensaje de Jesús de Nazaret. Todo parece ocurrir por un camino en el que nuestro Señor nunca hubiera dicho las palabras que hallamos en el Evangelio:

Lucas 11:17: “Mas Jesús, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es assolado; y una casa dividida contra sí misma, cae.”

Sólo el camino espiritual del Evangelio de Jesucristo, en oposición al sistema organizado estructuralmente como todos los demás “*reinos de este mundo*”, podrá sustentar a muchos hombres y mujeres frente a la mediocridad e irrelevancia en la que han caído muchas de las instituciones religiosas autocalificadas como “*iglesias cristianas*”. Deberían bastarnos las sencillas palabras de nuestro Señor para comprender dónde estamos y cuál ha de ser nuestra opción en medio de la vorágine en que nos hallamos:

Mateo 6:33: “Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas (comida, bebida y vestido; ningún otro poder o potestad mundana) os serán añadidas.”

Mateo 18:3: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos.”

Quiera Dios que las decepciones producidas por el mundo, comprendidas sus instituciones religiosas, no sólo no nos enfríen la fe que ha sido dada una vez a los santos, sino que, por el contrario, nos acerquen más íntimamente a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo.

Él sigue siendo el mismo ayer, y hoy y por los siglos. (Hebreos 13:8).

Él sigue invitándonos a ir a su encuentro...

El que a Cristo va, no será echado fuera.

Apocalipsis 3:20: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”

Los raptos de Jesucristo y su Evangelio no han podido ni podrán jamás retenerlo dentro de sus estructuras, cónclaves, concilios, convenciones, congresos y conferencias, por cuanto Él es aquel a quien *Francis Thompson* (1859-1907) llamó “*The Hound of Heaven*”, “*El Lebré de los Cielos*”, una de las odas más ilustres de la lengua inglesa.

Intensamente influenciada por el conceptismo metafísico del siglo XVII, se trata de una pieza de inspiración cósmica cuyo tema principal es la concepción del mundo, expresado mediante una policromía de vocablos, una superabundancia de imágenes, analogías y símbolos, así como tonos musicales en medio de una versificación que alterna lo arcaico y lo moderno, y que comprende también neologismos excéntricos.

A pesar de su extensión, no hemos por menos que presentar este poema en una traducción al castellano que siempre nos desafía con su viento poético que se escapa de entre los dedos, como el agua en nuestras manos y como el “*Lebré de los Cielos*”, el Dios Todopoderoso que nos insta a seguirle por los océanos estelares entre todos los mundos posibles y los imposibles:

“Huí de Él por las noches y los días;

Huí descendiendo por los arcos de los años;

Huí de Él por los caminos del laberinto

De mi propia mente; y en la neblina de las lágrimas,

Huí de Él bajo una cascada de risas.

He escalado rápido esperanzas

Lanzándome precipitadamente

Por los titánicos abismos oscuros de temores,

Para huir de los fuertes pies que me seguían

En persecución sin prisa

Con pasos imperturbables;

Con velocidad deliberada y majestuoso ritmo,

Resuenan, y también lo hace una Voz

Más insistente que los pasos:

‘Todo te traiciona; ¿quién me traiciona a mí?’

Rogué como un proscrito

A través de una ventana batiente con cortinas rojas,

Con el enrejado de dádivas entrelazadas;

(porque, aunque yo sabía era su Amor quien me seguía,

sin embargo, yo me sentía atemorizado

de que por tenerle a Él, yo no tuviera nada más).

Pero si una pequeña ventana se batiera,

El soplo de su acceso la cerrara.

El miedo no alcanzaba a huir

Cuando el Amor me perseguía.

Huí por los márgenes del mundo

Irrumpiendo por las puertas de oro de las estrellas,

Golpeando en busca de abrigo tras sus rejas metálicas,

Con trastes de tarros dulces

Y los puertos pálidos de la luna de la charla de plata.

Le dije al alba: Ven rápido; y al anochecer: Ven pronto;

Con tus jóvenes flores del firmamento

Escóndeme de este tremendo Amante.

Cúbreme con tu vago velo para que no me vea.

Tenté a todos sus servidores,

Pero sólo hallé traición en su constancia.

En fe a Él, y en su inconstancia a mí,

La veracidad de su traición y su falacia leal.

Pedí volar a toda prisa

Asiéndome a las crines del pampero,  
Y aunque se deslizaba por la azul lejanía,  
Y el trueno hacía resonar su carro,  
Y deslumbraba el rayo,  
No alcanzaba a huir el temor  
Cuando el Amor me perseguía.

Persecución sin premura, imperturbable,  
Inminencia majestuosa.  
En los caminos, dejan sus pasos que su Voz me hable:  
“Nada te hospedaré si no me hospedas”.  
Ya no busco mi sueño cuestionando  
Una faz de hombre o de mujer, pero quedan  
Los ojos de los niños que esperan:  
Hay en ellos algo verdadero para mí.

Y cuando en mi ansiedad presentía  
El dulce despertar de una respuesta,  
Los ángeles llegaban y los llevaban por la senda opuesta.  
‘Venid –clamaba- dadme la frescura de la Naturaleza  
que albergan vuestros labios puros;  
dejadme jugar en las alturas;  
morar en el palacio azul de vuestra Madre,  
cuyas trenzas recorren el espacio;  
dejadme beber como un llanto de ambrosía  
el rocío de la mañana.

Y al fin lo logré: Fui recibido

En su dulce amistad para lograr se abrieran mis sentidos

A los matices de la luz del Cielo,

De la nube naciente entre los velos de la espuma del mar.

Nací con ella para morir con todo lo escondido.

Me conformé a las huellas de sus pasos.

Aprendí a caer cuando también la tarde cae

Para encender sus lámparas de duelo

Y romper a reír con la aurora de suave mirada

Y llorar también con la lluvia de los cielos

Y hacer de mi corazón un gemelo del sol.

Pero todo fue inútil,

Pues es imposible entender lo que otro siente.

Las cosas emplean una lengua arcana,

Incomprensible, como un silencio vano para mi mente.

Aunque pudiera prenderme de sus senos como un niño,

Seguiría mi sed de otro cariño.

Y noche tras noche oigo afuera

Los pasos que me dan alcance

Con mesurada carrera y deliberado avance,

Con majestad inminente que deja oír la Voz:

‘Nada podrá llegar a contentarte

mientras tú no me contentes.’

Espero inerme el golpe del amor tuyo;

Pieza a pieza quebraste mi armadura.



Estoy arrodillado y dudo al contemplarme  
Despierto y de todo he sido despojado.

El vigor juvenil de mi locura  
Sacudió las columnas de las horas;  
Por eso es mi vida un templo desplomado,  
Un montón de años y de escombros.  
El ayer y el ahora son sueños evaporados  
Y mis días son sólo polvo.  
Mis fantasías me abandonan;  
Son cuerdas muy finas y delgadas para elevar una tierra  
Sobrecargada por el dolor hondo.

Tu amor es hierba de dolores  
Que sólo deja que broten sus propias flores.  
Imaginero eterno, ¡Ya es bastante!  
Tú prendes el carbón con que dibujas,  
Y mi juventud ya es sólo fuga de burbujas;  
Mi corazón es fuente rota donde no queda nada  
Del llanto de mi mente.

¡Sea, pues, así!  
¿Qué amargura, si amarga es la pulpa, hallaré en las heces?  
Lo contemplo en la grieta del telón de las nubes  
Que rasgará al sonar de las trompetas celestes.  
Aunque no pueda reconocer su púrpura, su cetro, su guarida,  
Le conozco y le entiendo.

---

Sé que se apresura porque quiere mi corazón, quiere mi vida,  
Quiere mi podredumbre y mi oscuridad para su lumbre.

Ya la persecución ha culminado  
Y la Voz como un mar fluye en torno a sí.  
¿Crees que la tierra llora en su dolor?  
Todo te huye porque tú me huyes.  
¡Extraña cosa fútil y miserable!  
Dime: ¿Cómo podrías ser amada?  
¿Acaso no he hecho ya demasiado con tu nada  
para hacerte aceptable sin mérito alguno?  
Terrón de barro, ¿acaso tú no sabes cuán poco amor te cabe?  
¿A quién hallarás que te ame?  
Solamente yo, que cuanto te pido te he quitado  
Para que me lo pidas de prestado  
Y te lo pueda dar en mi misericordia.

Lo que tú crees que está perdido, se halla en mi casa.  
Levántate, toma mis manos y entra.  
Los pasos ya se han quedado junto al vano.  
¿No será que tú, tiniebla que me acosa,  
Seas sólo la sombra de Su mano?  
Loco, ciego, enfermo que te abrasas,  
Pues buscas el Amor, a mí es a quien buscas,  
Y lo rechazas cuando me rechazas.”

Así fue como cantó *Francis Thompson* su periplo de huída, mientras procuraba escapar del Señor por mucho tiempo, realizando una pirueta cósmica que nos habla

tanto de la imposibilidad de huir de su lazo amoroso como de todo intento por secuestrarle y encerrarle en nuestros escondites religiosos y filosóficos.

*“Y tú, hijo de hombre, pon tu rostro contra las hijas de tu pueblo que profetizan de su propio corazón, y profetiza contra ellas, y di:*

*Así ha dicho YHVH el Señor: ¡Ay de aquellas que cosen vendas mágicas para todas las manos, y hacen velos mágicos para la cabeza de toda edad, para cazar las almas!*

*¿Habéis de cazar las almas de mi pueblo, para mantener así vuestra propia vida?*

*¿Y habéis de profanarme entre mi pueblo por puñados de cebada, matando a las personas que no deben morir, y dando vida a las personas que no deben vivir, mintiendo a mi pueblo que escucha la mentira?*

*Por tanto, así ha dicho YHVH el Señor: He aquí yo estoy contra vuestras vendas mágicas, con que cazáis las almas al vuelo; yo las libraré de vuestras manos, y soltaré para que vuelen como aves las almas que vosotros cazáis volando.*

*Romperé asimismo vuestros velos mágicos, y libraré a mi pueblo de vuestra mano, y no estarán más como presa en vuestra mano; y sabréis que Yo soy YHVH.*

*Por cuanto entristecisteis con mentiras el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, infundiéndole ánimo.*

*Por tanto, no veréis más visión vana, ni practicaréis más adivinación; y libraré mi pueblo de vuestra mano, y sabréis que yo soy YHVH.”*

*(Ezequiel 13:17-23)*

## ¿PARA QUIÉNES ES EL REINO DE DIOS?

Las iglesias son para todos cuantos quieran formar parte de ellas. Están generalmente tan vacías y aburridas, al menos las más tradicionales, que todos son acogidos con los brazos abiertos, siempre que se ajusten a la normativa impuesta y estén dispuestos a aportar dinero.

En el caso de aquellas iglesias sostenidas con fondos del estado secular, ni siquiera importa mucho cuántos son sus concurrentes, ni tampoco lo que crean. Recuerdo cuando por primera vez entré en una iglesia luterana en la ciudad de Copenhague, siendo muy joven, iglesia denominada Evangélica Luterana Danesa, con apartado en el presupuesto nacional, y el viejo pastor revestido de toga y gola, se me acercó entusiasmado para saludarme porque hacía mucho tiempo que no entraba un solo joven en el templo.

Mientras tanto, en las iglesias pertenecientes a movimientos más modernos, convertidas en discotecas en las que a base de ruido y movimientos corporales se puede descargar parte del exceso de adrenalina y de las tensiones generadas por el ritmo de vida actual, además de las frustraciones producidas por el sistema imperante, muchos pronto descubren el tinglado de la antigua farsa y desaparecen de sus filas, en el flujo y reflujo que caracteriza a dichas empresas religiosas multinacionales que nos han llegado, más las que están todavía por llegar, especialmente tan pronto superemos la crisis económica actual, y España vuelva a ser *“el lugar donde el Señor les ha dirigido los pasos”*.

Sin embargo, el Reino de Dios es algo completamente distinto. Al Reino se accede por el derecho que sólo nuestro Señor Jesucristo puede conceder a aquellos para quienes está preparado:

Primeramente, para los niños y para quienes se les asemejan; que hay que volverse niño para entrar en el Reino, y que se le debe recibir como lo hace un niño, por cuanto el Padre celestial oculta sus secretos a los sabios y entendidos, y se los revela a los pequeños.

A esto no suelen presentar grandes quejas los leguleyos del cristianismo organizado, por cuanto no les compromete demasiado.

En segundo lugar, que el Reino de Dios o de los Cielos está preparado para los desheredados de este mundo, los empobrecidos y marginados por el afán por el lucro y la dominación de sus poderosos explotadores y el desdén social por ellos producido y sostenido, al que llaman siempre *“orden establecido”*.

Aquí ya empiezan a *torcer el morro*, que por cierto no les falta, aquellos que querrían que los que lo han pasado muy mal en esta vida, sufrieran todavía un poco más en la siguiente. Así muestran la realidad de su patología más extendida.

Y en tercer lugar, y aquí viene el gran escándalo por el que es menester que el poder eclesiástico establecido rapte y secuestre a Jesús de Nazaret –entiéndase lo intente- ya que no pudo acabar con su vida, y llegue a explotar cuando les confrontamos con la enseñanza no adulterada de nuestro Señor Jesucristo, quien afirma que el Reino está preparado para los publicanos, las ramera, los samaritanos de turno, que siempre los hay y son representantes de los herejes, y los paganos de Tiro y de Sidón; e incluso que el juicio y castigo para Sodoma no será tan grande como para quienes, habiendo recibido más luz por la Palabra y el testimonio de los milagros del Señor, no se arrepintieron.

Esto naturalmente, además de escandalizar, despierta el odio ancestral acumulado en los corazones de los clérigos y sus secuaces, en quienes no cabe ni un átomo de perdón genuino y gratuito, a menos, claro está, que se pase a formar parte de su entramado, y sin discrepar ni en la colocación de un punto o una coma. Son quienes no disfrutarían del Cielo de Dios si se enterasen de que el infierno dantesco por ellos inventado no era nada más que el laberinto del mito de Prometeo. Son quienes no disfrutarían de la presencia de nuestro Señor, por cuanto lo que su corazón entenebrecido demanda es tener la certeza de que hay almas descarnadas sufriendo las llamas de su infierno por toda la eternidad. ¡Y pensar que tiene uno que comulgar con semejantes enfermos mentales!

Estos son quienes ignoran o desconocen que todo el sistema de castigos inventado por sus mentores y sostenido por ellos no es nada más que una manera de contribuir en el sostén de un sistema de explotación vergonzosa y una manera de que las gentes sencillas hayan creído en Dios en el curso de los siglos, y todavía muchos sigan haciéndolo, sólo movidos por el miedo al castigo, y no por amor.

Mateo 21:28-32: “Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan (el Bautista) en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.”

Mateo 11:20-24: “Entonces Jesús comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido (he aquí el propósito de los milagros), diciendo: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades (nombre griego del

lugar de los muertos, donde éstos duermen hasta el día del juicio) serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.”

Serían suficientes estas enseñanzas de Jesús de Nazaret para que los enemigos tradicionales entre sí, fariseos, saduceos y herodianos, se unieran y confabularan, tal y como hicieron, contra nuestro bendito Señor y Salvador. Bastarían estas palabras de Jesús, o deberían ser suficientes, para que nosotros por nuestra parte nos percatáramos de una vez para siempre que el arrepentimiento es la clave para la salvación, y que el castigo en el día del juicio será en conformidad con la maldad del hombre.

La “*tabula rasa*” con que el cristianismo evangélico más fundamentalista y recalcitrante quiere ver condenados a sufrir conscientemente por toda la eternidad a todos cuantos no militaron en sus filas, es una barbaridad y un absurdo que no tiene justificación alguna según la enseñanza de la suma de la Palabra de Dios. Es sencilla y llanamente una aberración que no puede conjugarse con el anuncio de que Dios es Amor, y que solamente tiene cabida en las mentes retorcidas de sus agentes y sus víctimas inocentes.

Esta doctrina es, pues, una de las que con más claridad revelan la podrida estructura psicoafectiva de quienes pretenden dirigir instituciones que se apellidan cristianas y creen y hacen creer que siguen las huellas de Jesús de Nazaret. Son quienes han logrado tras muchos siglos de experiencia que la mayoría de los lectores de las Sagradas Escrituras lean pero no entiendan, sino que proyecten sobre el texto sus ideas apriorísticas que han sido sembradas frecuentemente desde la infancia por los dedicados a deformar las mentes.

Así es como podemos comprender por qué fue prohibida la lectura y difusión de las Sagradas Escrituras durante tantos años, hasta que después de haberlas desprestigiado, reduciéndolas a un montón de mitos folclórico-religiosos, ya no les resulten peligrosas a los clérigos institucionales.

Hay, sin embargo, una parábola de nuestro bendito Salvador que puede aclarar muchas de esas ideas absurdas que no permiten ver ni oír la voz de nuestro Señor. Se trata de la parábola que solemos conocer como “*La fiesta de bodas*”, y que hallamos en el Evangelio de Mateo:

Mateo 22:1-14: “Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas (a los principales sacerdotes y ancianos del pueblo) diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar a otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí he preparado mi comida; mis toros y animales engordados ha sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a

aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.”

Ir a los caminos y a las entradas de las ciudades es sinónimo de salir a recoger a los empobrecidos y marginados, a los mendigos, cojos, mancos, paralíticos y ciegos, a los tullidos y leprosos, a los desechados a quienes no se les permite entrar en la ciudad y han de quedar a pasar la noche a la intemperie, extramuros.

Pero la cena de bodas ha de celebrarse en cualquiera de los casos, y hay que llenar la sala del convite. Pero los que fueron invitados y desecharon la invitación no disfrutarán del festín, mientras que la sala se llenará de los pobres, malos y buenos. Eso mismo es lo que escandaliza de nuestro bendito Maestro cuando le dice al centurión que le pide a Jesús sane a uno de sus siervos que está muy enfermo, y Jesús profetiza que muchos vendrán a su conocimiento desde todos los rincones de la tierra, mientras que los más próximos del pueblo de la promesa serán desechados por haber despreciado al Bendito y su camino:

Mateo 8:11-12: “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

Esa doctrina de Jesús no pudo ser aceptada, naturalmente, por los religiosos del sistema establecido, ni por sus auspiciadores. Tampoco por los de hoy. Y ya que no lograron eliminar a Jesús, sólo les quedaba secuestrar su enseñanza, su praxis, su proyecto:

Lucas 6:24-25: “Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.”

Lucas 14:12-14: “Dijo también Jesús al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.”

No antes, añadimos nosotros, sino en la resurrección de los justos, por cuanto la clase de “*banqueros*” que Jesucristo quiere que seamos no se asemeja en absoluto a la especulación y la explotación del prestamismo usurero de los señores de este mundo,



---

sino haciendo buenas inversiones para el Reino de Dios, compartiendo con los empobrecidos y endeudados, conforme a la clara enseñanza de la Palabra de Dios:

Proverbios 19:17: “A YHVH presta el que da al pobre, y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar.”

Así lo enseña también nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio:

Mateo 10:8: “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia.”

Es igualmente clara la palabra apostólica que nos llega de la pluma de Pablo:

1ª Timoteo 6:9-10, 17-19: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores... A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo (‘el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible’, v. 16), que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna.”

Ahora bien, ¿a quién puede referirse aquel presente en la celebración que no estaba vestido adecuadamente para el festín? Se esperaba de los invitados a una recepción nupcial que hicieran acto de presencia vestidos con sus mejores ropas, por lo que es inimaginable que alguien accediera a un banquete nupcial sin el atuendo adecuado. De ahí que la mayoría de los comentaristas bíblicos se inclinen por pensar que este detalle es alegórico.

El vestido para una boda, al igual que el lino fino con que los redimidos aparecen en el libro de Apocalipsis 19:8, serían símbolos de pureza o de justicia, incluso de arrepentimiento, según el uso de este signo en la literatura rabínica. Pero también es cierto que la gracia de Dios no requiere revestimiento de nuestra propia justicia, pero no hemos de abusar de esa gracia divina. Cuando el señor del banquete se dirige a este hombre, le llama “*amigo*” y le pregunta cómo ha podido entrar en la sala del banquete sin estar vestido adecuadamente, y el hombre enmudece. No ha podido acceder por la puerta. Ha debido ser por la ventana o a través de cualquier medio engañoso.

Sólo le hubiera sido necesario confesar su pecado, reconocer humildemente su indignidad, para recibir el oportuno perdón. Si buscamos perdón de parte de Dios, sólo es necesario reconocerlo y pedirlo para ser recibidos en la fiesta. Es el propio Señor quien nos provee del atuendo de su gracia para poder acceder. Pero aquel hombre no lo hizo así.

Ha de llegar el momento, en esta vida o en la venidera, cuando hemos de enfrentarnos con la verdad. Las máscaras y las caretas que el mundo ofrece, y ciertamente cada vez

más refinadas y sofisticadas, no pueden mantenerse ante la presencia del Señor, de ahí que este hombre no pueda decir absolutamente nada, lo cual nos habla de la realidad de que cuando Dios confronta al pecador, si no hay genuino arrepentimiento, la boca permanece cerrada:

Romanos 3:19: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.”

*“Muchos son los llamados, y pocos los escogidos”* no hemos de recibirlo como una nota de pesimismo, sino como inevitable realismo. Pocos fueron los que respondieron a la llamada de Jesús de Nazaret al arrepentimiento y a la fe. El Camino de Cristo fue muy pronto perseguido, y personalmente creemos que este realismo ha de ser aplicado también a nuestros días, cuando aparentemente hay mucho *“cristianismo”* de bombo y platillo, pero la realidad de un Evangelio del Reino y de la Gracia no es muy frecuente hallarlo en el ámbito de la religión cristiana organizada.

La pobreza evangélica, entiéndase el punto en el que se encuentran quienes huyen de un extremo de la riqueza y de otro extremo del empobrecimiento, es decir, del encuentro en la justicia, donde a nadie le falta el plato a la mesa de Dios, fue el ideal evangélico por excelencia mientras que por iglesia se entendió el pueblo de los discípulos de Jesús de Nazaret, ligeros de equipaje, dispuestos siempre a compartir, a no decir que fuera suyo propio nada de cuanto poseyeran.

Así se formó la iglesia que después se deformaría al caer en las redes de los poderes de este mundo. Los desdeñados del judaísmo, en sus primeros momentos, y después todos los desechados de los demás pueblos de la cuenca mediterránea, serían quienes pasaran a formar parte de las comunidades de discípulos del Crucificado.

Aquellas primeras comunidades estuvieron constituidas por gentes heterogéneas con quienes un hebreo que se preciara de serlo jamás se hubiera juntado y, menos aún, hubiera compartido la mesa. Naturalmente, Jesús de Nazaret también se había sentido muy a gusto con aquellos hombres y mujeres heterogéneos, humildes y marginados respecto a las normas establecidas, infinitamente mejor que con los pedantes burgueses, formalistas y orgullosos de no ser como los demás hombres, casi semejantes a las castas del hinduismo, que responden a la condición humana bajo diferentes ropajes culturales; parecidos también a esos aparentes salvadores de la patria que nunca encontramos en la cola del autobús, ni donde comemos fuera de casa, ni comprando en la tienda del chino de la esquina, sino sólo en tiempo de elecciones, desprovistos de la corbata, saludando a las amas de casa y a los jubilados en el mercado del barrio.

Tanto Jesús como los religiosos de su momento experimentaron un gran escándalo al entrar en contacto con Él. El Maestro lo sufre ante las indignas y miserables distinciones hipócritas de quienes no estaban dispuestos a reconocer que Jesús había venido a buscar y salvar a los perdidos; los dirigentes religiosos y los leguleyos sufrieron el escándalo que representaba para ellos un rabino que no alardeaba de nada, ni siquiera de poseer un título académico, por cuanto no lo tenía, pero cuyas

señales, prodigios y milagros ellos eran absolutamente incapaces de realizar; un rabino que hablaba con autoridad de lo alto...

Un rabí que no huía de la alegría, ni de los pecadores, de los empobrecidos, de los vulnerables, de los enfermos y debilitados...

Que no se distanciaba de los poseídos de malos espíritus, de las celebraciones nupciales, del contacto con los niños...

Que se dejaba acariciar y ungir con perfume por una prostituta, que hablaba en medio del campo con una mujer hereje, y que lloraba al pie de la tumba de un amigo.

Ese es Jesús de Nazaret...

Así es...

Esa es la poesía de su alma...

Seduca y embriaga con su Espíritu para que sigamos sus pasos.

*“Esperar el advenimiento del Reino de Dios, y promover su llegada buscando su justicia será, según Jesús de Nazaret, el significado auténtico de ser sus discípulos.”*

*Joaquín Yebra.*

## UNIRSE A JESÚS NO ES HACER FILOSOFÍA PARA OCIOSOS.

En eso, precisamente en filosofía para ociosos ideólogos auspiciados, sostenidos y pagados al servicio de los poderes explotadores de los pueblos, es en lo que ha desembocado el “*cristianismo*” que nos ha llegado, y que apenas conserva algunos rasgos de las enseñanzas y la praxis de Jesús de Nazaret.

Naturalmente, existen algunas excepciones notabilísimas, si bien muy escasas, que hemos ido descubriendo en el curso de nuestra vida cristiana, especialmente a partir del momento en que reparamos en la displicencia que producía en los agentes misioneros de las casas matrices extranjeras de las denominaciones de turno nuestra insistencia en la necesidad de estudiar las raíces judías de nuestra fe cristiana, así como la necesidad de estudiar las obras de la patrística y evitar de esa manera el disparate de estudiar la historia de la Iglesia dando un salto descomunal desde los Hechos de los Apóstoles al siglo XVI.

Así fue como llegamos a la conclusión de que todo lo añadido a la nítida doctrina de Jesús de Nazaret no es nada más que una red de artimañas para reducir a las almas sometidas bajo los poderes cuya meta, consciente o inconscientemente, es que el proyecto de Jesucristo sea abandonado, mediante el intento de un sutil rapto, y la substitución o reemplazamiento de dicha doctrina por una filosofía pseudo-cristiana de muy oscura procedencia, introducida en el seno de la cristiandad al estilo más troyano.

Naturalmente, los más pasarán toda su vida creyendo trabajar por la extensión del Evangelio de Jesucristo sin percatarse de que solamente son trabajadores al servicio de las multinacionales de la religión cristiana organizada y su entramado de redes de exportación a todos los lugares del mundo donde les sea posible establecerse.

Sorprendentemente, ese cristianismo formal e institucional se unirá a los poderes de este mundo, siempre que le resulte factible, y de ese modo veremos en el curso de la historia cómo los reyes, discípulos todos del “*rey de este mundo*”, matarán a los verdaderos profetas y sostendrán en su lugar a sus sacerdotes, obispos, cardenales, pastores o como queramos denominar a los clérigos al servicio del sistema imperante.

De modo que, de la misma manera que el sistema del poder establecido siempre y sin excepción es el mismo, con apenas cambios faciales, la religión establecida, sea cual sea, seguirá el mismo patrón de existencia y conducta. No conocemos mejor manera de describir esta realidad constatable que empleando el sencillo modismo castellano que habla de “*los mismos perros con distintos collares*”.

La clara advertencia de nuestro Salvador la hallamos en muchos textos neotestamentarios, pero queremos destacar el siguiente por ser sumamente claro, corto y conciso:

Mateo 23:29-34: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad.”

Aquí conviene tener presente que la expresión en muchas Biblias en lenguas occidentales de “condenación del infierno” es una pésima traducción del original griego “*kristeos tes geénnēs*”, es decir, “el juicio de la *Gehenna*”. Difícilmente podríamos equiparar “*Gehenna*” a “infierno” cuando “infierno” es transliteración castellana del latín “*inferno*”, y como todos sabemos el latín sencillamente no es lengua bíblica.

Sin embargo, esta equiparación ha venido muy bien, y continúa siéndolo, tanto para el judaísmo como para el cristianismo organizados, pues perpetúa en la mente de millones la idea absolutamente pagana y espuria de un lugar donde los pecadores no arrepentidos arderán por toda la eternidad, sin ninguna posibilidad de escapar de semejante castigo más que cruel.

Durante muchos siglos, casi inmediatamente desde que la filosofía griega invadiera el cristianismo, la idea del infierno de tormento eterno entendido erróneamente como “*sin fin*”, se ha extendido a lo largo y ancho de la cristiandad, si bien millones de cristianos, entre los cuales puedes estar tú, amable lector, se preguntan cómo es posible que *el Dios Eterno que tanto amó al mundo como para enviar a su Hijo Unigénito a dar su vida por los pecadores, para que todo aquel que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*, pueda también ser paralelamente un monstruo devorador de sus hijos en un castigo sin fin de eterno sufrimiento, con todos los rasgos de ser más bien una tortura revanchista, a quienes aparentemente ha dotado de un alma de *fibra de amianto* para que puedan estar friéndose por los siglos de los siglos y más.

¿Cómo puede ser el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo un Dios de amor y de misericordia que al mismo tiempo atormenta a los hijos desobedientes o ignorantes ??? a un fuego inextinguible por toda la eternidad?

Ante la insatisfacción de esta doctrina carente de fundamento en la suma de la Palabra de Dios, y de origen pagano perfectamente constatable, sólo sostenida en difícil equilibrio sobre un par de textos de naturaleza parabólica frente a todo el consejo de Dios en las Sagradas Escrituras, millones de cristianos se sienten muy incómodos, aunque no suelen atreverse a cuestionar dicha creencia en público, y mucho menos en círculos eclesiásticos que no se caracterizan precisamente por ser abiertos, dialogantes y practicar la libertad de conciencia dentro de sus propias filas, aunque luego alardeen

ostentosamente de ser defensores de la libertad de religión, de conciencia, de pensamiento y del libre albedrío.

Frente al almismo espiritualista y eternalista de la filosofía griega invasora de la cristiandad, las Sagradas Escrituras presentan la aniquilación final de los perdidos en las sendas del maligno sobre cuatro consideraciones bíblicas principales que vamos a considerar a continuación:

Primeramente, la consideración de la muerte como castigo del pecado.

En segundo lugar, el testimonio bíblico sobre la destrucción de los malvados.

En tercer lugar, las implicaciones morales de un castigo eterno del que nada se puede aprender ni se puede hacer rectificación alguna, por lo que más que un castigo hemos de entenderlo como cruda venganza o frustración divina por haber fracasado en el cambio de los corazones humanos.

Y en cuarto lugar, las implicaciones cosmológicas de un pretendido tormento eterno.

La aniquilación final de los malignos se basa primeramente en el principio bíblico fundamental de que el castigo final por el pecado es la muerte:

Ezequiel 18:4, 20: “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá... El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.”

Romanos 6:23: “Porque la paga del pecado es la muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Respecto a la muerte, no es menester calificarla de eterna, por cuanto si es muerte es cesación de la vida, y si no es así, no podría llamarse muerte; mientras que la vida natural desemboca en el fin de la misma, es decir, en la muerte, por lo que la vida en Cristo es necesario calificarla o definirla como “eterna”, por cuanto Jesucristo ha vencido a la muerte y nos ha prometido que nosotros también la podremos vencer en Él, por cuanto Él y nadie más que Él es el autor de la vida, en Él estaba y está la vida, y Él es el único Autor y el Consumador de la fe.

El castigo del pecado abarca no sólo la primera muerte, que todos experimentamos como resultado del pecado de Adam, sino también lo que las Sagradas Escrituras denominan “*la segunda muerte*”, que es la muerte final, la aniquilación irreversible que experimentarán los que siguieron los pasos del maligno viviendo impíamente. Esto significa que la paga final del pecado no es un tormento eterno, en el sentido de incesante, sino la muerte permanente que impide el acceso al Reino de Dios, único espacio en el que habrá vida.

Es evidente que el Nuevo Testamento sólo reconoce dos opciones: La vida y la muerte. No hay nada semejante a un estado intermedio consciente de almas supuestamente descarnadas, lo que tristemente ha abierto la puerta a la extensión de la práctica

diabólica del espiritismo, sin que el cristianismo organizado se percatara de su quizás inconsciente colaboración con los practicantes de semejantes abominaciones.

Apocalipsis 20:14: “Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.”

Apocalipsis 21:8: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables (practicantes de las abominaciones, el espiritismo entre ellas) y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”

2ª Pedro 3:10-13: “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche, en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.”

De modo que si no fuera por la certeza de la resurrección, la primera muerte sería la terminación total de nuestra existencia, tal y como se desprende claramente de las palabras del Apóstol Pablo a los Corintios:

1ª Corintios 15:17-18: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.”

Si hubiera vida después del óbito personal, los que durmieron en Cristo no habrían perecido, pero si Jesucristo no hubiera resucitado, entonces los que durmieron en el Señor habrían perecido, por cuanto la esperanza bienaventurada y manifestación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo será su venida para llamar a la vida eterna, para despertar con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios a quienes durmieron en la esperanza mesiánica, y transformar en un abrir y cerrar de ojos a quienes vivan o vivamos en esos momentos.

Es evidente que se trata de la resurrección lo que hace que la muerte, en lugar de ser el final definitivo de la vida, se convierta en un sueño temporal. Pero después de la muerte segunda es cuando ya no hay posibilidad de resurrección, por cuanto quienes la experimenten serán consumidos en el lago que arde con fuego y azufre destinado para Satanás y los suyos.

Los textos bíblicos que señalan claramente la destrucción de los abominables e impíos son numerosísimos. Vamos a ver unos ejemplos, comenzando por los Salmos:

Salmo 1:1-6: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de YHVH está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol



plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prosperará. No así los malos, que son como el tamo que arrebató el viento. Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque YHVH conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá.”

Malaquías 4:1-3: “Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho YHVH de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho YHVH de los ejércitos.”

Salmo 2:9: “Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.”

Salmo 34:15-16: “Los ojos de YHVH están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira de YHVH contra los que hacen mal, para cortar de la tierra la memoria de ellos.”

Salmo 37:1-2, 9-11, 20, 38: “No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán... Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en YHVH, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz... Mas los impíos perecerán, y los enemigos de YHVH como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo... Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida.”

Salmo 69:27-28: “Pon maldad sobre su maldad, y no entren en tu justicia. Sean raídos del libro de los vivientes, y no sean escritos entre los justos.”

Salmo 145:20: “YHVH guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos.”

Los escritos de los profetas anuncian también la destrucción final y definitiva de los impíos en relación con el Gran Día de Dios, el momento escatológico del Señor que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos:

Isaías 1:28: “Pero los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados, y los que dejan a YHVH serán consumidos.”

Sofonías 1:15-18: “Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra YHVH; y la

sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de YHVH, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente destrucción apresurada hará de todos los habitantes de la tierra.”

Oseas 13:3: “Por tanto, serán como la niebla de la mañana, y como el rocío de la madrugada que se pasa; como el tamo que la tempestad arroja de la era, y como el humo que sale de la chimenea.”

En las páginas del Nuevo Testamento hallamos las mismas referencias en cuanto a la aniquilación de los impíos al final de los tiempos. De ahí que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo comparara el total dejar de ser de los impíos con cosas tales como la cizaña que en las propias palabras de Jesús es atada en manojos y echada al fuego para que se consuma; o los peces malos que son desechados; o las plantas dañinas que han de ser arrancadas; o los árboles infructíferos que han de ser talados; o las ramas improductivas que han de ser cortadas y quemadas; o los labradores infieles que serán destruidos; o el siervo malo que habrá de ser castigado; o los antediluvianos que fueron destruidos por el gran diluvio de los días de Noé; o los habitantes de Sodoma, Gomorra y las demás ciudades de la Llanura, que fueron destruidos por el fuego del cielo, de ahí que se le denomine “eterno”; no por duración sino por su origen y la imposibilidad de que el hombre lo apague antes de que cumpla su propósito; o los siervos rebeldes que fueron degollados al regreso de su señor:

Mateo 13:30, 40-43: “Dejad crecer juntamente lo uno (el trigo) y lo otro (la cizaña) hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero... De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a todos los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.”

Mateo 13:47-50: “Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

Mateo 15:13: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.”

Juan 15:6: “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.”

Lucas 20:9-18: “Comenzó luego Jesús a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores, y se ausentó por mucho tiempo. Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a éste también, golpeado y afrentado, le enviaron con las manos

vacías. Volvió a enviar un tercer siervo; mas ellos también a éste echaron fuera, herido. Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto. Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! Pero Jesús, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo? Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará.” (Ver [Salmo 118:22](#)).

[Mateo 24:48-51](#): “Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón; Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus conserivos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

[Lucas 17:26-27](#): “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos.”

[Lucas 17:29](#): “Mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos.”

Todas estas parábolas ilustrativas empleadas profusamente por Jesús de Nazaret, muestran con gran claridad cuál será el destino final de todos los impíos. El claro contraste entre el destino de los malvados y el de los redimidos es evidentemente el de la vida en contraste con la muerte como cesación de la vida, no como una tortura constante y sinfín, sino como aniquilación, es decir, dejar de ser.

Los hermanos que apelan a las referencias de nuestro Señor Jesucristo al “*infierno*” o al “*fuego eterno*” para apoyar su creencia en un tormento eterno, sin reparar en que su visión es a todas luces una tortura masoquista, repugnante e inconjugable con el Amor de Dios, no se percatan de un punto de suma importancia en toda reflexión teológica respecto a este asunto. Veamos los textos en que suelen basarse los defensores de un castigo de tormento eterno, por mucho que traten de suavizar las palabras con que lo presentan:

[Mateo 5:22, 29-30](#): “Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego (griego: ‘Gehenna’).... Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda (griego: ‘apoletai’, “perezca’) uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (‘Gehenna’). Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (‘Gehenna’).”

Mateo 18:8-9: “Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.” (Ni siquiera aparece la voz Gehenna aquí, mucho menos “infierno”, sino ‘Eis to pur to aionion’, es decir, “echado en el fuego de los eones”).

Mateo 23:15, 33: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno (griego ‘Gehenna’) que vosotros... ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? (‘Gehenna’).”

Marcos 9:43-48: “Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno (‘Gehenna’), al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno (‘Gehenna’), al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno (‘Gehenna’), donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.”

Ante todo es menester comenzar por asumir que en ninguno de estos textos aparece la palabra “*infierno*”, transliterada al castellano como “*infierno*”, por cuanto, como ya hemos dicho, se trata de un término latino inexistente en las Sagradas Escrituras, en las que el latín no es lengua bíblica, sino la voz “*Gehenna*”.

La voz “*Gehenna*” pertenece a un lugar situado junto a Jerusalem, fuera de la muralla sur de la ciudad, cañada o valle de los hijos de Hinom, en los altos de Tofet, voz que significa “*escupir*”, por las muchas indignidades y aberraciones cometidas en ese lugar, si bien hay también autoridades que creen este término puede tener su raíz en el vocablo “*tof*”, “*tambor*”, por cuanto el redoble de los tambores se realizaba para tapar los gritos de las criaturas sacrificadas en el lugar.

Fue dedicado a estercolero repugnante donde a partir del año 638 a.C. se arrojaban no sólo las basuras y los residuos inmundos, sino también los cadáveres de los animales y los cuerpos de los extranjeros que nadie reclamaba.

En este lugar ardía sin cesar un fuego que quemaba estas inmundicias con la carne putrefacta y los huesos de los cadáveres. De ahí se desprende que el juicio final de los abominables e impíos reciba este vocablo para describirlo de forma alegórica. Aparece en las Sagradas Escrituras en diversos textos, como Josué 15:8; 18:16; 2º Reyes 23:10; 2º Crónicas 28:3; 33:6; Nehemías 11:30; Jeremías 7:31-32; 19:2, 6; 32:35.

En épocas muy antiguas fueron los cananeos quienes sacrificaron a los niños al dios Moloc, quemándolos vivos, práctica que fue prohibida por el rey Josías, según se desprende de 2º Reyes 23:10. Fue entonces cuando se dedicó como vertedero de la

ciudad para incinerar las basuras y también los cadáveres de animales, criminales y extranjeros desconocidos y demás seres tenidos por indignos de recibir sepultura.

Si la finalidad de este valle era eliminar los residuos, desperdicios e inmundicias, es comprensible que la Sagrada Escritura lo emplee como figura para describir la destrucción total que sufrirán todos los practicantes de las abominaciones y la impiedad.

Sorprendentemente, Jesús nunca empleó el vocablo “*infierno*”, sino que éste se mantiene en la mayoría de las versiones bíblicas porque transmite la idea cultural apriorística asociada a un estado de tortura sin fin, patraña que ha servido y sigue sirviendo para que el cristianismo institucionalizado continúe atemorizando a las almas sencillas, y lo que es todavía más grave, desprestigiando a Dios nuestro Señor mediante la blasfemia de presentarlo como un cruel e inmisericorde torturador de sadismo eterno, es decir, atribuyéndole una de las mayores patrañas imaginables.

En Mateo 23:33, nuestro Señor Jesucristo dice: “¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? (griego: ‘Gehenna’).”

Este mismo término es el que hallamos en la Epístola Universal de Santiago 3:6:

“Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno (griego: ‘Gehenna’).”

Este vocablo fue el empleado por nuestro Señor Jesucristo en su forma hebrea como término comparativo para referirse al juicio final donde los impíos serán destruidos en la muerte segunda o lago que arde con fuego y azufre. Naturalmente, nada induce a pensar que Gehenna sea un lugar donde las almas de los humanos sean atormentadas día y noche por toda la eternidad, sino una figura para referirse al lugar de la destrucción eterna:

Apocalipsis 20:14-15: “Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.”

El Nuevo Testamento se refiere al “*Hades*” como destino de los muertos o sepultura común de toda la humanidad, un lugar distinto de Gehenna. De ahí que en el texto de Apocalipsis 20:14, hemos visto que el destino final del Hades es el lago de fuego que es la muerte segunda.

El punto al que nos referimos es el que muy acertadamente destaca el pastor y teólogo *John Stott* (1921-2011):

“El fuego en sí es calificado como “eterno” y que “no se apaga”, pero sería muy raro si lo que es arrojado en él resultara indestructible. Nuestra expectativa sería precisamente lo opuesto: que sería consumido para siempre, no atormentado para siempre. De ahí que es el humo (evidencia de que el fuego ha hecho su obra) lo que “sube para siempre jamás”.

Apocalipsis 14:11: “Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 19:1-3: “Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro, porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos. (griego: 'aionas ton aionon', 'eones de eones').”

Conviene aquí que expliquemos el sentido de la voz griego “eón”, que traduce el hebreo “*HaOlam*”, expresión que se refiere a un período de tiempo del que no podemos los humanos comprender su principio ni su fin. De ahí que en las Sagradas Escrituras pueda a veces hacer referencia a un tiempo muy remoto en el pasado o bien un tiempo que está todavía por llegar.

El uso del término para referirse al concepto griego de “*eternidad*” es relativamente muy reciente, por lo que en el Nuevo Testamento se recoge este vocablo con el doble significado de “*tiempo remoto o futuro, pero limitado*” o “*tiempo ilimitado*”, es decir, “*eternidad*”. El problema radica en que en las Sagradas Escrituras no existe concepción alguna de “*eternidad*” como “*atemporalidad*”, pues se trata de un concepto de la filosofía griega, absolutamente ajeno al pensamiento hebreo bíblico. De ahí que los profetas escriturales destaquen entre el “*eón de Dios*” y el “*eón del mundo*”. El de Dios es superior, tanto cualitativa como cuantitativamente, por lo que el “*eón de Dios*” no dura simplemente más tiempo que el “*eón del mundo*”, sino que el Dios Eterno está presente en él y lo supera como Soberano.

Por eso es que en el Nuevo Testamento no se presenta la “*eternidad*” en el sentido de la filosofía griega, sino como “*un mundo venidero*”, un nuevo eón de salvación. Esta concepción de lo que nosotros denominamos “*eternidad*” aparece en la literatura apocalíptica judía a partir del siglo I a.C., en la que se desarrolla la idea de los dos “*eones*”, el presente, caracterizado por la injusticia, y el “*eón futuro*”, caracterizado por la justicia, la paz, el bienestar, la felicidad y la vida.

En el Nuevo Testamento hallamos este pensamiento en la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo:

Mateo 12:32: “A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo (‘eón’) ni en el venidero.

Los primeros oyentes del Evangelio de Jesús comprendieron que nuestro Señor les hablaba del Reino de Dios como un “*eón futuro*” en el que la soberanía de Dios sería reconocida por todos, y en el que se producirían buenos frutos y abundancia de paz para todos los hombres, comenzando por los más infortunados, empobrecidos y endeudados.

La gran novedad del anuncio del “*eón futuro*” se refiere a la presencia en la historia por la persona de Jesús de Nazaret, en quien se hace presente anticipadamente dicho

“eón” en su propia persona, en sus palabras y en sus actos. De ahí que Jesús comience su proclamación del Evangelio anunciando que el Reino de los Cielos se ha acercado y somos llamados a abrir nuestros corazones a él.

Es evidente, pues, que la referencia de nuestro Señor Jesucristo a la “*Gehenna*” no indica que se trata del “*infierno dantesco*” como lugar de tortura y tormento sin posible cesación. Lo que es eterno o inextinguible no es el castigo sino el fuego, con el cual, como en el caso de Sodoma, Gomorra y las demás ciudades de la llanura, a las que ya nos hemos referido, fueron destruidas totalmente por causa de los impíos que en ellas vivían.

El castigo aconteció una vez y para siempre, el resultado fue la completa destrucción de aquellas ciudades y sus habitantes, reducidos a cenizas, y en la tierra que dichas urbes ocuparon, hoy no sólo no arde el fuego eterno, que ya realizó su función cuyos efectos duran para siempre, sino que ese territorio está cubierto por las aguas del Mar Muerto.

De los juzgados con el fuego eterno sólo quedará ceniza, humo y su gusano, símbolos de su corrupción. Este “*gusano*”, griego “*skolex*”, es el hebreo “*tolá*”, el que se halla en las substancias putrefactas (latín: “*coccus ilicis*”, de color escarlata intenso). La voz “*tolá*” es un vocablo paranomástico con “*toleá*”, que aparece en Isaías 14:11:

“Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos (hebreo: ‘rimá’, ‘gusano en sentido general’) serán tu cama, y gusanos (‘toleá’, ‘gusano de putrefacción’) te cubrirán.”

El texto de Isaías señala al maligno, escondido tras la figura del rey de Babilonia. Por eso es que el pasaje comienza refiriéndose a dicho monarca, pero a partir de un punto de inflexión desenmascara a quien se oculta tras este déspota y nos muestra a Luzbel, al Lucero hijo de la mañana:

Isaías 14:4-11: “Pronunciarás este proverbio contra el rey de Babilonia, y dirás: ¡Cómo paró el opresor, cómo acabó la ciudad codiciosa de oro! Quebrantó YHVH el báculo de los impíos, el cetro de los señores; el que hería a los pueblos con furor, con llaga permanente, el que se enseñoreaba de las naciones con ira, y las perseguía con crueldad. Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas. Aun los cipreses se regocijaron a causa de ti, y los cedros del Líbano, diciendo: Desde que tú pereciste, no ha subido cortador contra nosotros. El Seol abajo se espantó de ti; despertó muertos que en tu venida salieron a recibirte, hizo levantar de sus sillas a todos los príncipes de la tierra, a todos los reyes de las naciones. Todos ellos darán voces, y te dirán: ¿Tú también te debilitaste como nosotros, y llegaste a ser como nosotros? Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán.”

Hasta este punto, en medio de una gran riqueza de figuras, el texto de la endecha va dirigido al rey de Babilonia, un azote cruel para muchos pueblos, pero a partir de aquí se revela que no sólo se trata del monarca humano, sino de un personaje que se oculta

tras él y le ha controlado y dirigido en esta tierra, cuyo fin es una sombra de lo que le acontecerá al maligno en el juicio divino:

Isaías 14:12-20: “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es este aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos, que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca abrió la cárcel? Todos los reyes de las naciones, todos ellos yacen con honra cada uno en su morada; pero tú echado eres de tu sepulcro como vástago abominable, como vestido de muertos pasados a espada, que descendieron al fondo de la sepultura; como cuerpo muerto hollado. No serás contado con ellos en la sepultura; porque tú destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo. No será nombrada para siempre la descendencia de los malignos.”

También encontramos un pasaje de estas características en el libro del profeta Ezequiel. En este caso las endechas van dirigidas al rey de Tiro, pero pronto se revela en el texto quién es el personaje que se oculta tras el monarca, y cómo su juicio es una figura del final del maligno:

Ezequiel 28:12-19: “Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho YHVH el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunco, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.”

Ni el maligno ni sus seguidores estarán por toda la eternidad en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda, sino que después de su castigo perecerán, dejarán de ser, por cuanto nada de cuanto ha sido creado tiene inmortalidad, sino sólo Dios:



Malaquías 4:1: “Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho YHVH de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.”

Otro texto favorito entre los defensores del castigo de tortura y sufrimiento eternos y conscientes es la declaración de nuestro Señor Jesucristo en Mateo 25:46:

“E irán éstos (los que no hicieron misericordia) al castigo eterno, y los justos (los que hicieron misericordia) a la vida eterna.”

Aquí conviene tener presente que los destinados al castigo eterno, a no poder acceder al Reino de Dios, es decir, a la vida eterna, pues fuera del Reino ya no habrá vida, no lo serán por su adscripción religiosa errónea o su humanismo no religioso, sino por no haber visto a Jesucristo en el necesitado, por no haber hecho misericordia; mientras que los salvos lo serán porque hicieron misericordia y vieron en el marginado o despreciado al Mesías de Israel y Deseado de las naciones, aunque no supieran que en el desvalido estaba presente el Señor.

Quienes interpretan estas palabras de Jesús como una prueba del sufrimiento consciente y sin fin de los impíos y malignos, ignoran la diferencia entre “*castigo eterno*” y “*castigando eternamente*”. La voz original griega “*aionios*”, que traducimos por “*eterno*” significa literalmente que “*dura por los siglos*” (“*eones*”), y lo más frecuente es que haga referencia a la permanencia del resultado, del efecto, y no a la duración del proceso conducente a dicho fin.

Un buen ejemplo lo hallamos en la Epístola de Judá (equivocadamente nombrado “*Judas*”) y en el versículo 7, donde se nos dice que las ciudades de Sodoma y Gomorra “*sufrieron el castigo del fuego eterno (“aionios”)*”. Evidentemente, el fuego que destruyó a aquellas ciudades fue eterno, pero no por su duración, sino por los efectos de juicio y destrucción permanente que aquel fuego produjo hasta el día de hoy.

Otra prueba de lo que venimos afirmando se encuentra en 2ª Tesalonicenses 1:6-10:

“Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros).”

¿Quiénes son los que “*no conocieron a Dios*” y “*¿quiénes los que le conocen?*” La respuesta de las Sagradas Escrituras es muy clara y sencilla:

Jeremías 9:23-24: “Así dijo YHVH: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se

hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy YHVH, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice YHVH.”

1ª Juan 3:14-19: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él (Jesucristo) puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestras corazones delante de él.”

1ª Juan 4:7-8, 21: “Amados, amémonos unos a otros porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor... Y nosotros tenemos este mandamiento de nuestro Señor: El que ama a Dios, ame también a su hermano.”

Los términos principales empleados en las Sagradas Escrituras para referirse a lo “eterno” son las voces “*olam*” y “*aion*” y sus derivados. Naturalmente, el estudio de estos vocablos es fundamental para saber qué nos dice la Biblia sobre el destino de la humanidad.

En contraste con la visión estática de la historia, como aconteció con la visión estática del universo, hasta que se descubrió la realidad del movimiento de las galaxias en la expansión que hoy es incuestionable dentro del universo conocido, el tiempo encerrado en una secuencia de ciclos constantes, es decir, “*eones*” –concepto común al pensamiento religioso oriental- del cual los mortales solamente podemos escapar saliendo al “*no-tiempo*”, nos encontramos con el pensamiento hebreo bíblico, para el que la encrucijada del tiempo y el espacio es dinámica, empírica y realista. Es decir, las causas secundarias son cortocircuitadas y los acontecimientos son atribuidos directamente a Dios, quien es contemplado como inmanente y activo en la historia, y, por consiguiente, dentro del tiempo.

De ahí que el concepto hebreo bíblico del tiempo sea lineal y contemple un progreso continuo hacia una consumación futura:

1ª Corintios 15:28: “Pero luego que todas las cosas le estén sujetas (a Cristo), entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.”

Aquí nos hallamos ante el conflicto entre el tiempo y la eternidad. Hemos de confesar que empleamos términos que generalmente no sabemos definir, y, por consiguiente, mucho menos sabemos establecer la relación entre dichas voces en términos aceptables. Por eso es que para algunos estudiosos de las Sagradas Escrituras hay evidencias de la realidad de un concepto de extensión ilimitada del tiempo, tanto antes como después de los “*eones*” cubiertos por la historia y por la profecía.

Para otros, por el contrario, la eternidad es la absoluta ausencia del tiempo, es decir, una especie de presente perenne, un “*ahora*” sin fin.

La idea de la extensión sin fin del tiempo es algo que se escapa de nuestra comprensión, al igual que la idea de la infinidad espacial. Pero resulta casi axiomático que la consciencia del tiempo brote de la secuencia de los acontecimientos, y se relacione con el movimiento y con los cambios. De modo que si todo el universo se detuviera, cesarían tanto el tiempo como nuestra percepción del mismo.

Esto nos hace a muchos pensar que pueda ser posible que los términos bíblicos para los períodos de tiempo no tuvieran más propósito de parte de Dios que cubrir las edades de la historia, así como los planos de la profecía predictiva, y que no vayan más allá de eso; que solamente se dieran para que los autores de las Sagradas Escrituras describieran acontecimientos, procesos y propósitos dentro de esas barreras de tiempo.

No hay en las Sagradas Escrituras, por mucho que nos pueda conmover, ningún ejemplo de “*eternidad*”, ni ninguna referencia directa a ella, por cuanto hemos de comenzar por reconocer que el propio concepto de la “*eternidad*” no se halla en la mentalidad hebrea bíblica, y, por lo tanto se trata de algo ajeno al pensamiento de las Sagradas Escrituras.

“*HaOlam*”, traducido por “*eternidad*”, no tiene el sentido que tendrá después la “*eternidad*” para el pensamiento de los filósofos griegos, sino que el sentido hebreo es el del “*mundo venidero*”, es decir, “*los nuevos cielos y la nueva tierra*”. De ahí que nuestro Señor Jesucristo se refiriera siempre al “*Reino*”, no a la “*eternidad*”.

Evidentemente, la destrucción de los impíos no puede ser eterna en su duración como proceso, sino en sus efectos y resultado. Por consiguiente, se trata de un proceso que no continúa hasta el momento ni continuará durante la eternidad, sino que termina en aniquilación, en cesación absoluta de la vida, en muerte eterna, no porque el proceso del castigo continúe sin fin, sino porque el resultado del mismo será permanente, irreversible y absolutamente definitivo.

Ese es el sentido de “*eterno*” referido al castigo y al fuego del juicio divino. No habrá más muerte para los redimidos por la sangre de Cristo Jesús, ni habrá más vida para los perdidos, por cuanto la vida eterna y permanente está sólo en el Hijo de Dios.

En el libro de Apocalipsis es donde el Apóstol Juan emplea la terminología más clara y contundente respecto a lo que venimos afirmando:

Apocalipsis 2:11: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu (Santo) dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.”

Apocalipsis 21:7-8: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”

---

Apocalipsis 20:6, 14: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años... Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.”

La interpretación de la segunda muerte como un tormento consciente y eterno, o como una separación consciente de Dios, quien es la única fuente de la vida, es una evidente negación del significado bíblico de la muerte como cesación de la existencia.

Además de todo lo dicho, las implicaciones morales de un castigo como tormento y tortura eternos constituyen otra de las pruebas del secuestro de Jesucristo y su verdadera doctrina. La idea de que Dios tortura de la manera más cruel a los impíos durante toda la eternidad, es sencilla y llanamente incompatible con la revelación escritural de la naturaleza, esencia y personalidad divinas.

Un torturador eterno que impone a algunas de sus criaturas un castigo inacabable, no puede ser el Dios de amor y misericordia que llega nada menos que a desprenderse de su propio Hijo Unigénito para salvar a sus hijos perdidos al precio más inmenso imaginable, y a quien ese Hijo, Jesucristo, revela como un Ser Espiritual de amor infinito.

Creemos y confesamos que el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo ha dotado a todo ser humano con una intuición moral en nuestra conciencia que se niega a aceptar semejante monstruosidad como una tortura sin fin para los impíos y abominables. No podemos imaginar que haya justicia alguna en un castigo eterno, es decir, ilimitado en el tiempo por pecados cometidos dentro del tiempo limitado y ciertamente breve y efímero como es la vida de todo ser humano.

Tal desproporción repugna a la razón, aunque muchos cristianos no se atreven a verbalizar estos pensamientos por temor a sus consecuencias dentro del ámbito del cristianismo institucionalizado, que como ya hemos manifestado y todos creemos que lo sabemos, no se caracteriza precisamente por ser dialogante y tolerante.

El Señor que ha prometido cielos nuevos y tierra nueva, donde habitará la justicia divina por toda la eternidad, no podría ofrecer una verdadera nueva creación si los impíos y abominables permanecieran como una realidad imborrable dentro el universo de Dios. Que los impíos y abominables dejen de ser, es comprensible, pues de lo contrario sería un nuevo comenzar con la perpetuación del pecado por toda la eternidad, y las cosas viejas no habrían pasado. Pero que incontables millones de personas permanecieran sufriendo un tormento indescriptiblemente doloroso por toda la eternidad, resultaría imposible de asumir, contrario a la naturaleza divina, y una negación de un mundo nuevo sin llanto, ni dolor, ni clamor en el que todas las cosas habrán sido hechas nuevas, por cuanto Dios ha prometido que todas las cosas viejas habrán pasado para siempre.

El propósito eterno de Dios es erradicar para siempre la presencia en este mundo del pecado, de la injusticia y la abominación. De ahí que Satanás y sus demonios, con

todos los impíos y abominables desaparecerán en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte:

1ª Tesalonicenses 5:3-4: “Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán.”

El rapto de Jesús de Nazaret, disfrazado de filósofo y demiurgo griego, es uno de los fraudes más escandalosos de la historia. Nos lleva causando náusea y vómito desde hace décadas. Pero damos gracias a Dios porque semejante despropósito por parte de los vendidos a los diversos poderes que trabajan desde las sombras sobre las conciencias de los hombres, especialmente de los menos capacitados para descubrir mentiras y subterfugios, no ha logrado apagar la fe que del Señor recibimos para arrepentirnos de nuestro pecado, darnos la vuelta para dejar atrás nuestra vana manera de vivir, y refugiarnos en Jesucristo como nuestro único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente.

Mientras tanto, el cristianismo evangélico fundamentalista de factura muy distante de nuestras fronteras, de naturaleza arrogante y no dialogante, seguirá enseñando que aquellos que no frecuentaron sus círculos ni abrazaron sus doctrinas -por cierto, generalmente sujetas con alfileres al examinar concienzudamente las Escrituras- sin que importe cómo haya sido su vida, se perderán para siempre.

A nosotros, claro está, nos resulta intolerable la enseñanza de semejante patraña, entre muchas otras, pues parece ignorar completamente lo que la Sagrada Escritura nos enseña en la suma de la Palabra de Dios, y muy especialmente en uno de tantos textos desconocidos o ignorados de las Biblias desgastadas no tanto por su estudio, sino por el sudor de las manos:

Apocalipsis 11:18: “Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.”

La promesa de galardón de parte de nuestro Señor para los suyos no pasa por unas determinadas doctrinas sancionadas como ortodoxas por las supuestas autoridades de las instituciones pertenecientes al cristianismo organizado, sino que esas promesas de galardón están destinadas a los siervos de Dios por excelencia, es decir, sus “*profetas*” o portavoces; en segundo lugar para los “*santos*”, es decir, para los fieles, para los creyentes que viven en santidad; y finalmente para aquellos en los que el institucionalismo cristiano jamás piensa, es decir, para los que temen el Nombre de Dios, los “*temerosos*” que desconocieron muchas enseñanzas del Señor, pero vivieron bajo el temor reverente de nuestro bendito Salvador, y lo hicieron con la luz que tuvieron.

En el adviento del Reino de Dios, hoy latente y en aquel día venidero patente, serán destruidas todas las fuerzas destructoras, cuyo último poder de enemistad contra Dios es precisamente la muerte. Todo cuanto carezca del derecho a la vida habrá de morir, es decir, de cesar de existir, de llegar a su final definitivo.

El airamiento de las naciones es una alusión figurada al odio de los reinos de este mundo para con todos cuantos representan el Reino de Dios y su justicia. Esos han sido y siguen siendo los reinos y su gloria que el maligno ofreció a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo en las tentaciones del desierto. Ese airarse será su reacción de angustia y odio ante la realidad infrenable de la terminación absoluta de su poder temporal que creyeron sería eterno e indestructible, por cuanto vivieron en conformidad con la primera mentira de Satanás -¡Dios le reprenda!- a la humanidad:

“No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él , serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”. (Génesis 3:4-5).

Esos reinos del mundo fueron, son y serán quienes maltrataron a la tierra, la explotaron sin medida ni control, esquilmandola en lugar de sojuzgarla, y del mismo modo actuaron respecto a sus hermanos los hombres mediante el establecimiento de sistemas de explotación destructiva, de hambrunas, guerras y contiendas.

Las instituciones religiosas autodenominadas “*iglesias*”, al pretender formar parte de los reinos de este mundo y participar de su gloria, no han por menos que apartarse de las verdaderas enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Eso es lo que nosotros denominamos “*rapto de Cristo*”, y lo hacemos con todas sus consecuencias.

El juicio negativo de parte de Dios será la destrucción de los destruidores de la tierra, especialmente de aquellos que ostentaron o detentaron el poder y la autoridad siguiendo caminos de corrupción, movidos por el afán por el lucro y la dominación sobre sus hermanos; quienes impusieron la lucha del hombre por el hombre, la división de la humanidad en castas y clases sociales, el enfrentamiento belicoso de ideales con el pretexto de mantener su *status*, y todos los desmanes que hacen imposible la vida para que los menos vivan a costa de los más. En definitiva, los causantes de las guerras y las hambrunas que arruinan las vidas y las empobrecidas haciendas de los más débiles para conformar el enriquecimiento de los fuertes y poderosos.

Nuestro Señor no recurrirá a la fuerza bruta para la destrucción de los impíos, sino que todo parece indicar que será la propia fuerza de la tierra, de nuestro entorno y soporte, la que se volverá contra ellos, y el salario de la destrucción de la tierra y de sus habitantes, especialmente la explotación destructora de los más débiles, frágiles y vulnerables, será su propia autodestrucción.

El amor al dinero y el poder está acabando con los recursos naturales de este planeta a pasos agigantados, mucho más acelerados de lo que nos dicen los medios, prácticamente todos en manos de esos mismos poderes explotadores ciegos. Ellos son quienes han creado un mundo dominado por un sistema de economías artificiales basadas en el consumismo y el endeudamiento, mientras el desarrollo industrial incontrolado e insostenible, y las fuerzas militares, sufragadas por esos mismos poderes, siguen contaminando la atmósfera y los océanos con sus emisiones y sus pruebas nucleares.

A todo este desorden, calificado por el poder como “orden establecido”, hemos de sumar todas las artimañas, algunas diabólicamente sofisticadas, para lograr el control absoluto de las mentes de los humanos mediante los medios de comunicación, poderosísimas herramientas para someter a las conciencias bajo la palabra mentirosa del príncipe de las tinieblas.

Naturalmente, todo aquel que busque someter su conciencia bajo la Palabra de Dios será tachado de peligroso malhechor, a quien es menester despreciar, perseguir y tratar de eliminar como elemento altamente peligroso para el bien de la sociedad y la convivencia.

Nada distinto fue lo que aconteció a nuestro Señor Jesucristo, si bien, en medio de semejante tragedia bochornosa, Él entregaba su vida por nosotros. Conviene tener siempre presente que a Jesús de Nazaret le asesinaron con un cargo ficticio, tras la farsa de un juicio basado en el testimonio de falsos acusadores, que las autoridades sintetizaron en las palabras del “*titulus*” sobre la Cruz, es decir, la tablilla con la acusación de haber pretendido ser “*Rey de los judíos*”, mientras Él entregaba su vida, por cuanto nadie se la podía haber quitado si Él no lo hubiera permitido, en rescate por nuestras vidas de injusticia y desamor, vanidad y pecado.

Esta escena final de naturaleza apoteósica muestra que los muertos han sido juzgados y los redimidos han sido recompensados por la fidelidad divina en su bondad incomparable. Naturalmente, esto no ha acontecido todavía dentro de la historia, sino que sucederá con la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo en el Gran Día de Dios.

Aquí es donde conviene que nos detengamos para considerar un aspecto de la recompensa que Dios tiene para los suyos, y que suele pasar inadvertida a muchos, y es el hecho de que ante nuestro Señor hay tres grupos diferenciados y que son, insistimos en ello, primeramente los siervos de Dios por excelencia, es decir, los profetas del Altísimo; en segundo lugar, los santos, es decir, los fieles de todos los tiempos, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo, los que vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica del Deseado de las Naciones; y en tercer lugar, los más olvidados de todos, es decir, los que temen el nombre de Dios, grandes y pequeños.

Muchos de esos temerosos de Dios no hubieran aprobado el más elemental examen de doctrina cristiana a nivel de Escuela Dominical; no habrían sido candidatos al bautismo en nuestras iglesias; jamás hubieran sido aceptados en las instituciones cristianas de formación teológica, y a esto podríamos añadir un largo etcétera de limitaciones, obstáculos e impedimentos. Sin embargo, vivieron bajo el santo temor reverente de Dios nuestro Señor. Sembraron en el corazón de sus hijos y nietos el santo temor divino, y fueron quienes pusieron las baldosas de una sociedad en la que se dieron el respeto y otras virtudes nobles que han desaparecido de entre nosotros, comprendidas las iglesias de nuestros días, donde predominan sólo el “*bombo y el platillo*” en el sentido más literal de esta expresión castiza.

No hay lugar para ociosos en las filas de nuestro Señor Jesucristo.

No hay lugar para los que procurando ser políticamente correctos tratan de nadar entre dos o más aguas.

Defender tradiciones eclesiales o teológicas que sabemos son contrarias a las enseñanzas de todo el consejo de Dios en las Sagradas Escrituras debería provocar que se cayeran muchas caras por el peso de la vergüenza.

Pero para eso hay una cosa imprescindible: Tener vergüenza.



*“Cuándo venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”*

*(Lucas 18:8)*

## LA AGONÍA DE LA FALSA CRISTIANDAD

La peligrosa tendencia al establecimiento de un “liderazgo” inspirado en los modelos mundanos será la principal causa –ya lo está siendo- de la agonía del falso cristianismo evangélico.

Los cristianos que todavía procuramos poner nuestros ojos en Jesucristo, y sólo en Él, como autor y consumidor de la fe, sentimos vergüenza indescriptible y tristeza honda al contemplar lo que se presenta en los medios evangélicos en general, y en la llamada televisión cristiana en particular en nuestros días. La radio supuestamente cristiana tampoco queda exenta de responsabilidad.

Somos muchos más de lo que se piensa quienes sentimos desconcierto al ver y oír a supuestos “pastores”, “obispos” y “apóstoles”, muchos de ellos autonombrados como tales, o con el consenso de algún grupúsculo, haciendo ostentación grosera de poder, de prestigio, de recursos para despertar sutilmente una mezcla de admiración-vidia entre su audiencia.

Son los que se dedican casi exclusivamente a predicar prosperidad para quienes les envíen ofrendas y compren sus libros, sus CDs y sus DVDs; para quienes asistan a sus campañas, congresos, conciertos y otras concentraciones que denominan “eventos”, donde dan la impresión de que allí solamente se producirán los milagros, portentos y señales de nuestro Señor Jesucristo. A la hora y el lugar por ellos determinado se darán las señales prodigiosas que los tales pretenden administrar en exclusividad, todo ello desde un escenario dotado de los artilugios de luz y sonido de cualquier espectáculo mundano.

Después de más de cuarenta y cinco años de vida cristiana, cuarenta de los cuales hemos empleado en el pastoreo y la enseñanza, no damos crédito a nuestros ojos al contemplar lo que acontece en muchos círculos cristianos de nuestros días, comprendido el uso desvergonzado de mano de obra gratuita mediante el empleo de personas procedentes del mundo de la drogadicción, el alcoholismo y la marginación; una auténtica explotación en régimen de esclavitud, mientras todos, comprendidas las autoridades civiles de la nación miran en otra dirección, agradecidos de que se haya retirado de la calle a un buen número de delincuentes reales y otros en potencia, mientras los gurúes de estas organizaciones viven refugiados en sus castillos con las carteras abultadas por las tarjetas de crédito que les permiten alardear de no tener necesidad del dinero.

En medio de semejante decadencia estamos comenzando a ver el desmoronamiento de estos modelos pastorales que se asemejan muchísimo más a multimillonarios del mundo del petróleo, con sombrero tejano conduciendo un Cadillac con una gran cornamenta al frente y un Rolex de oro en la muñeca. Son quienes demandan ofrendas

para los pobres niños del África subsahariana, para después mandarnos fotos de dichas pobres criaturas comiendo arroz en unos platos de plástico azul –pueden ser de otro color- con unas escasas bolas negras muy sospechosas, al menos a mí me lo parecen.

Todas estas cosas van a contribuir a que el proceso de derrumbamiento del cristianismo evangélico importado y corrompido que llena el espacio de los medios de comunicación social se acelere sobremanera. Y cuando se produzca el derrumbe nos llevaremos todos las manos a la cabeza, especialmente porque en aquel momento –ya ha ocurrido algunas veces- la explosión de la desvergüenza, la mentira y la ignominia nos alcanzará a todos.

*Carlos Mraida*, pastor principal de la *Iglesia Bautista del Centro de Buenos Aires*, República Argentina, institución que auspicia a 45 congregaciones en todo el país, en un artículo titulado “*Habemus Ecclesia*”, fechado el 18 de marzo de 2013, dice lo que sigue:

“Estos modelos mundanos caerán, principalmente porque Dios así lo dice en su Palabra. Pero además, porque la gente va a ver todos los días en todos los canales de televisión secular, el modelo del Papa, y comparará con estos liderazgos pastorales mundanos que irán perdiendo influencia y gente.

Hasta ahora el pueblo sin discernimiento miraba esos modelos por televisión y luego los comparaba con su pastor, muchas veces pobre, limitado, sin el halo de éxito que se ven en esos modelos televisivos, y creen que el paradigma a seguir es el de la pantalla.

Pero ahora en el televisor verán otra cosa, y a cada rato, y la comparación será inevitable, y estos ministerios mundanos irán cayendo.

Esto no es una justificación para que los pastores no se preparen, no crezcan en todo, no mejoren su imagen, no persigan el crecimiento. Pero sí es una advertencia para que si hemos “comprado” el modelo pastoral “marketinero”, nos volvamos al ejemplo de Jesús. Y si somos líderes conforme al modelo de nuestro único “Líder Jesucristo”, nos afirmemos en Él, y en lugar de perseguir ser “grandes”, persigamos ser fieles, para que Dios sea el que nos levante a más.”

Por no usar imágenes pictóricas ni escultóricas en nuestros cultos, frecuentemente creemos estar exentos de idolatría, pero las cosas no son tan fáciles. Cuando nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo habló acerca de la idolatría no mencionó a los *Baales* ni *Astarté*, deidades paganas que ya estaban muy distantes en el pasado histórico de la nación hebrea. Tampoco se refirió a las familias de “*dioses*” del panteón greco-romano. Podía haberlo hecho, pero no lo hizo. El único “*dios*” al que Jesús de Nazaret se refirió fue a “*Mamón*”, el “*dios*” de las riquezas, el cual no está limitado por las culturas de los pueblos, ni por sus sistemas religiosos, ni por sus fronteras territoriales, por cuanto su residencia radica en el corazón de todos los hombres, que es el templo religioso por excelencia.

Así continúa analizando la situación y el futuro el pastor *Carlos Mraida*:

“Ese modelo de liderazgo centrado en el poder humano, en el poder económico, en el poder de los números, que muchas veces vemos en la iglesia evangélica, es una forma de idolatría.

Iglesias y ministerios donde el nombre del pastor es más grande que el de Jesús, son formas de idolatría.

La iglesia evangélica como estructura más importante que Cristo, también es una forma de idolatría.

La iglesia evangélica centrada en sus programas y sin compasión por los que se pierden y sufren, también es una forma de idolatría.

El “evangelio” que en lugar de conducir a la negación y crucifixión del “yo”, encamina a la gente a la afirmación del “yo”, también es la raíz de todas las formas de idolatría y es el pecado que da origen a todos los pecados.

Nosotros no nos arrodillamos ante estatuas, pero si no nos limpiamos de estas y otras formas de idolatría no podremos ayudar a sacar la paja en el ojo ajeno, ni tendremos la autoridad moral para hacerlo.

Si no nos limpiamos de nuestros “liderazgos” que lastiman a la gente, centrados en sí mismos, que se privilegian a sí mismos, en lugar de privilegiar a Dios y a su gente, nosotros también experimentaremos que cada vez más número de evangélicos lo son nominalmente, pero que no viven como tales ni se congregan, ni son sal y luz en el mundo.”

Como cristianos evangélicos afirmamos que nuestra única regla de fe y de práctica es la Palabra de Dios conforme a las Sagradas Escrituras, la Santa Biblia, la cual no contiene error en sus documentos originales.

Afirmamos que el único mediador entre Dios y los hombres es Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Afirmamos que el único camino para el perdón de los pecados y la recepción de la vida eterna es mediante el arrepentimiento de nuestro pecado, es decir, dejando atrás nuestra vana manera de vivir, y abrazando la fe personal en Jesucristo, no por medio de indulgencias decretadas por autoridades eclesiales que no producen cambio alguno en el corazón de los hombres.

Confesamos que Jesús de Nazaret es el único y suficiente Redentor, por lo que la persona de María de Nazaret, la bienaventurada madre de Jesús, es tenida por nosotros en alta estima; reconocemos y admiramos su fe sencilla y firme; pero no podemos considerarla ni co-redentora, intercesora, ni objeto de ninguna clase de culto, llámese hiperdulía o como se quiera denominar. No dirigimos nuestras oraciones a ella, sino al Dios y Padre a quien ella las dirigía. Oramos a Dios Padre en el Nombre de Jesucristo y buscando siempre la dirección del Espíritu Santo, por cuanto creemos que sólo Dios puede ser adorado. Ninguna otra criatura merece nuestra adoración, pues de lo contrario caeríamos en esa idolatría de la que queremos apartarnos. Y

criaturas somos todos los seres humanos. Solamente Dios es inmortal. Sólo Dios es Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo.

1ª Timoteo 2:5: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.”

1ª Timoteo 6:11-16: “Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas (el amor al dinero y la codicia), y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.”

Hebreos 8:6: “Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo (el de Jesucristo) cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.”

Hebreos 9:15: “Así que por eso (Jesucristo) es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.”

Hebreos 12:24: “Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.”

Afirmamos que según todo el consejo de Dios en las Sagradas Escrituras, la única manera de ser justificados y tener paz con Dios es por medio de la fe de Cristo, don de Dios, cuyo autor y consumidor es Jesucristo, y que nos es dada por su pura gracia y misericordia, y no por medio de méritos humanos ni ritos religiosos, ni la adscripción a una determinada organización religiosa de cualquier nombre, como si tal pertenencia fuera meritoria *per se*.

Creemos y confesamos que solamente la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.

Afirmamos el antiguo lema fundamental de “Sola Gracia, Sola Fe y Sola Escritura.”

Estas afirmaciones son compartidas por todos los cristianos evangélicos del mundo.

¿Cómo es posible, pues, que se levanten muros de separación entre las familias denominacionales?

No es menester permanecer mucho tiempo dentro de los círculos evangélicos para descubrir que las separaciones y distancias entre los creyentes no se deben a puntos esenciales.

Los separatismos están arraigados y fundados en los personalismos y caudillismos que impiden el avance del verdadero Evangelio del Reino y de la Gracia de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha dicho claramente que de nuestra unidad dependerá que el mundo crea que el Padre ha enviado al Hijo, al Salvador del mundo.

Hagamos memoria de las palabras de Jesús en su magna oración sacerdotal antes de su pasión:

Juan 17:20-23: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

Ahora podemos aproximarnos más a las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio respecto a la gloria de Dios y la de los hombres:

Juan 5:44: “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”

Si la gloria que el Padre Eterno dio a Jesús fue su unidad perfecta, y la gloria que Jesús nos ha dado es esa misma gloria para que seamos uno como Él lo es con el Padre en la unidad perfecta del Espíritu Santo, todo cuanto atenta contra esa unidad es impedimento y barrera para que busquemos la gloria que procede del Dios.

Y cuando no buscamos esa gloria, caemos en la búsqueda y el don de la gloria del hombre, en la lucha mercantilista por hacer mayores y más prestigiosas a las respectivas denominaciones, en la confusión de las iglesias y los ministerios con la bendita persona de Jesucristo, y toda una larga cohorte de elementos idolátricos que pueden pasarnos totalmente inadvertidos con suma facilidad. Basta con tener ojos y oídos para percatarnos de esta triste realidad en que nos desenvolvemos.

Concluye el pastor *Carlos Mraida* diciendo lo que citamos a continuación:

“Debemos predicar más y más de Cristo y a Cristo.

Discipular a las personas para que vivan según el estilo de vida del Reino.

Que no sean sólo creyentes, sino convertidos.

Servir a los necesitados desinteresadamente, aunque ese servicio no nos redunde en crecimiento numérico...

Hacer de la iglesia lo que bíblicamente es, una familia y las primicias de la nueva humanidad que Jesucristo vino a formar.

Y adorar al único que merece ser adorado, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que está sentado en el trono, y al Cordero, el Hijo de Dios, nuestro único Salvador, llenos del Espíritu Santo...”

Urge dejemos que la iglesia sea menos nuestra y más de Cristo Jesús.

Urge buscar la llenura del Santo Consolador para seguir las pisadas del Maestro.

Urge poner la mirada en Jesucristo Señor nuestro para salir de esta agonía siendo llenos del Santo Espíritu de Dios.

*“Antes de dar al pueblo sacerdotes y soldados sería oportuno saber si el pueblo no se está muriendo de hambre.”*

*León Tolstoi.*

*“Los refinamientos de la teología burguesa constituyen una parte importante de la cárcel donde el cristianismo organizado ha pretendido encerrar a Jesús de Nazaret.”*

*Joaquín Yebra.*



## EL ADVENIMIENTO DEL REINO

La historia del pueblo de Dios está pendiente de ser escrita. Lo que poseemos es la historia de la Iglesia en tantas versiones como denominaciones cristianas han existido y existen. Ciertamente, demasiadas. Pero la historia de la cristiandad es decididamente otra cosa.

Dime la editorial y el autor del volumen de historia de la Iglesia que sujetas en tus manos, y te diré cuales son sus versiones de los acontecimientos descritos. Sin embargo, la ausencia de una verdadera historia del pueblo del Señor no es en definitiva preocupante por cuanto el hecho verdaderamente importante por ser trascendente, es que aunque los hombres no la hayan escrito con veracidad, está grabada en el corazón de nuestro Dios, de donde nadie podrá jamás borrarla. La versión divina de la historia es la que importa.

El malo -¡Dios le reprenda!- es el rey de este mundo, el dueño temporal de este sistema caótico, y toda autoridad y dignatario está a sus órdenes, sea consciente de ello como si no. Todo en este mundo le obedece. De ahí que en su duelo con Jesús de Nazaret bajo el sol del desierto, el maligno le ofreciera todos los reinos del mundo, sin excepción, con su gloria si Jesús le adorara.

También se desprende de esto que los reyes hayan matado a los verdaderos profetas de todos los tiempos, y naturalmente los clérigos se hayan vendido al mejor postor de turno, y se hayan caracterizado por no hacer lo que ordenaban y ordenan hacer a los demás. Esto es algo que está presente en el saber sencillo pero profundo de todos los pueblos de la tierra. Efectivamente, se trata de la opinión más generalizada respecto a los profesionales de la religión organizada y la extendida acusación de hipocresía que pende sobre ellos.

Quizás la más evidente de estas posturas hipócritas es la que se desprende de la enseñanza, como dice Lev (León) Tolstói (1828-1910), que “a los niños se les inculca respecto a la tortura, el presidio y las ejecuciones, así como el asesinato en las guerras internas y externas para apoyar y defender el orden establecido existente (independientemente de cuál sea: absolutista, monárquico, la convención, el consulado, el imperio de uno u otro Napoleón o Boulanger, la monarquía constitucional, la comuna o la república), como algo que es absolutamente legítimo y no contraviene ni la moral ni el cristianismo. Esto es lo que se afirma en todos los catecismos y otros libros empleados en las escuelas. Y las personas están tan persuadidas de ello que creen, viven y mueren con esta convicción, sin dudar ni una vez de ella.” (“El Reino de Dios está en vosotros”, Editorial Kairós, Barcelona, 2010).

Así es como muchos hombres, también mujeres hoy día, están dispuestos a servir como soldados o policías que ejecutan torturas y todos los derramamientos de sangre

que sean menester para el mantenimiento y el orden del sistema establecido, con la pleitesía y bendición de las llamadas autoridades religiosas.

De ese modo es también cómo los hombres, y hoy también las mujeres, son rebajados al nivel más bajo del bestialismo para poder así servir como instrumentos de violencia en la defensa y mantenimiento de los intereses de las clases dominantes. Aquí ha de surgir la pregunta de por qué toleramos semejante sistema, que de todos es sabido no nos conviene a los más, sino solamente a las oligarquías de las naciones. Y nuestra respuesta, hasta donde llega nuestra comprensión del asunto, es que, primeramente no todo el mundo lo tolera, sino que la mayoría de la gente sometida y explotada no tienen –no tenemos– más remedio que hacerlo; y en segundo lugar, los que lo aceptan suelen ser aquellos a quienes les ha ido muy bien en la feria de las vanidades, así como quienes ocupan posiciones destacadas en la sociedad y temen perder su puesto en la escala social, como es el caso de los políticos en el poder y quienes pretenden alcanzarlo un día de mejor fortuna.

De esa manera los pueblos son sometidos a la ignorancia por el gran administrador del sistema educativo, es decir, el estado que siempre ha descargado una parte importantísima de semejante labor en manos de las instituciones religiosas, sus incuestionables cómplices, respaldando siempre y sin excepción a las fuerzas de “orden”, entendiéndose “su orden”, sufragando y patrocinando a esa larga cohorte de cómplices, instigadores y gentes indiferentes a la realidad social, desclasados e irresponsables.

Nuestras tierras están plagadas de monumentos a militares y conquistadores a quienes los defensores del régimen de turno simulan honrar con el reconocimiento de su singular grandeza, pero no veremos un solo monumento a un hombre o mujer vestido con ropa de trabajo. Creo que las únicas excepciones son algunos monumentos románticos a alguna vendedora de pescado en alguna localidad costera, y el *Monumento al Trabajo* en la *Gran Vía* de Vigo. Si hay alguno más, será en número mínimo con relación a todos los monumentos erigidos a los grandes derramadores de sangre.

Mientras tanto, los pueblos adocenados no reparan en que el rey siempre usa como vestimenta de gala el uniforme militar, jamás viste el mono azul de un obrero fabril, productor de las plusvalías y gravámenes con que se financian los ejércitos, el gobierno, los gastos del estado, el sueldo del rey y su familia, los desfiles militares, las maniobras, las condecoraciones, los actos oficiales, los banquetes de estado y un sinfín de cosas, comprendidos los gastos de las acciones y desafueros de las cloacas del estado.

Los políticos, politicastros, lameculos, su esposas vacas de Basán, los paseantes en corte, aspirantes a llegar a la tumbona, y demás engendros del sistema, quienes no muestran en su vida ningún gesto de ser cristianos, fingen ser devotos seguidores de nuestro Señor y de todas las advocaciones marianas, así como de los santos de las diversas tierras, con lo que apoyan y sostienen las tristes devociones idolátricas de nuestra nación. Los más destacados son quienes veremos presidir las procesiones de

Semana Santa siguiendo los espantajos de melonar, los ninots que ellos saben perfectamente que tienen ojos, pero no ven; tiene boca, pero no poseen aliento; tienen pies, pero están fijos porque no pueden andar. Y tras ellos, los soldaditos de plomo.

Este es el mundo que permanece en enemistad con Dios nuestro Señor, no la creación divina, la que a pesar del deterioro al que los hombres la hemos sometido y seguimos haciéndolo por nuestro pecado, no ha perdido la hermosura de la impronta del Eterno que en cada acto creador afirmó ver que *“era bueno”*.

Por eso es que a pesar de la maldad de los hombres impíos, llegará el tiempo en que el Reino de Dios, el reinado del bien, conocerá que ha llegado su momento, cuando el mundo actual experimentará una transformación radical:

Mateo 19:30: “Muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros.” (Marcos 10:31).

Mateo 20:16: “Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.”

Lucas 13:29-30: “Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y he aquí, hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros.”

Ahora bien, en la actualidad y hasta el advenimiento del Reino de Dios en su plenitud, el bien y el mal permanecen mezclados, como el trigo y la cizaña en un campo cuyo propietario les deja crecer juntos a ambos. Pero llegará el momento inevitable de la separación definitiva.

Mateo 13:24-30: “Les refirió (Jesús) otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró (encima) cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.”

El germen de esta separación está ya presente en el mundo, aunque ciertamente pase inadvertido a los ojos de los más. De ahí que para nuestro Señor Jesucristo el Reino de Dios sea semejante a la menor de las semillas, capaz de brotar, crecer y desarrollarse hasta convertirse en un árbol frondoso al que se allegan las aves para encontrar sombra y descanso:

Mateo 13:31: “Otra parábola les refirió (Jesús), diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.” (Marcos 4:30-32; Lucas 13:18-19).

Otra referencia que Jesús emplea para describir este germen del Reino de Dios es la brevísima parábola de la medida de levadura que es introducida en la masa del pan, en la que nuestro Señor se atreve a presentar a Dios bajo la figura de una mujer, de un ama de casa, como en el caso de la parábola de la moneda perdida que también una mujer busca barriando su casa incansablemente hasta encontrarla, detalle que suele pasar inadvertido a la mayoría de los lectores:

Mateo 13:33: “Otra parábola les dijo (Jesús): El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado.” (Lucas 13:20).

Aquí radica la razón por la que Jesús de Nazaret, nuestro bendito Señor y Salvador, no pensó en rebelarse contra los tetrarcas romanos, ni contra los supuestamente “nobles” del laicado hebreo, ni contra el clero del Templo de Jerusalem, vendidos todos ellos al poder imperialista invasor, llegando incluso a pagar los impuestos del Templo de Jerusalem para no escandalizar a los escandalizadores:

Mateo 17:24-27: “Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? Él dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero (moneda equivalente a cuatro dracmas); tómalo, y dáselo por ti y por mí.”

Así vemos a Jesús cumplir lo establecido por la Santa Ley de Dios desde tiempos antiguos:

Éxodo 30:13: “Esto dará todo aquel que sea contado; medio siclo, conforme al siclo del santuario. El siclo es de veinte geras. La mitad de un siclo será la ofrenda a YHVH.”

Éxodo 38:26: Medio siclo por cabeza, según el siclo del santuario; a todos los que pasaron por el censo, de edad de veinte años arriba, que fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta.”

Sin embargo, usar estos textos para justificar el pago de los tributos e impuestos al poder secular es una patraña más de las que estamos acostumbrados a escuchar a predicadores o ignorantes o vendidos al poder, pues el impuesto que Jesús pagó, por Él y por Pedro, no fue destinado a las autoridades ni civiles ni militares, sino al sostén de la Casa de Dios y su pueblo, e incluso semejante señal fue hecha solamente para no escandalizar a sus paisanos, no porque fuera menester que lo hiciera.

Seguramente debió pasar por la mente y el corazón de Jesús de Nazaret la pregunta de si el Reino de Dios se establecería mediante la violencia o por la obra dulcemente transformadora del Espíritu Santo. ¿Sería mediante el lento pero constante perfeccionamiento de las almas o a través de una revolución que trastocara el desorden establecido como “orden”, tanto de entonces como de hoy?

Jesús encarna la auténtica anarquía frente a los poderes de este mundo: No profesa la idea generalizada, por haber sido impuesta y seguir siéndolo hasta el día de hoy bajo amenaza de muerte, de un estado perenne e inamovible, presidido desde las sombras por el maligno, causante de todas las guerras y derramamientos de sangre que han salpicado y siguen manchando este mundo. Semejante despropósito le parece a nuestro bendito Salvador simple y llanamente la deificación del poder como abuso extremo, sea del estado o de un partido político.

Además, Jesús enseña siempre contra la riqueza como enriquecimiento diferenciante, y contra el poder abusivo de las clases dominantes. Pero, a diferencia de todos los revolucionarios de todos los tiempos, nuestro Señor nunca deja entrever la propuesta de un levantamiento armado para apoderarse de esa riqueza injusta que ha sido gestada mediante la explotación y el empobrecimiento de los más debilitados.

La propuesta de Jesús es emprender el camino de victoria sobre el mal mediante la pureza de corazón, el sufrimiento y la resignación, pero no con un planteamiento de mera pasividad espiritualista ni mucho menos escapista, sino a través de una vivencia activa y dinámica, es decir, mediante la praxis de los principios del Reino de Dios –el amor a los enemigos, el perdón, la reconciliación- antes del advenimiento del Reino en su plenitud.

Esa es, sin duda, la idea más revolucionaria de Jesucristo: Vivir el “ya” aunque todavía no se haya materializado; la manifestación vivencial de la idea esperanzada en certidumbre; la expresión viva de lo que todavía no se ve, pero se puede vislumbrar de lejos, y saludarlo y recibirlo como acontecimiento infrenable e inevitable, por muchas fuerzas demoníacas, es decir, adversas que puedan levantarse en su contra.

Hebreos 11:13-16: “Conforme a la fe murieron todos estos (Abel, Enoc –traspuesto-, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Sara, etc.) sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad.”

Después de su muerte y resurrección para ascender al seno del Padre Eterno, de quien había venido, Jesús ha entrado en el Santuario Celestial, el verdadero Tabernáculo no hecho con manos humanas, no de esta creación, para interceder por nosotros convertido en Sumo Sacerdote del Orden de Melquisedec, hasta el Gran Día de Dios en que volverá a esta tierra para juzgar a los vivos y a los muertos, y establecer el Reino en toda su plenitud.

Será el Reino de Dios, y no la Iglesia constituida como reino de este mundo sobre el fundamento de la religión organizada, el que quedará eternamente establecido habiendo producido una inversión del sistema mundial imperante. La apoteosis final será la renovación de todas las cosas: Nuevos cielos, nueva tierra, nueva Jerusalem, e incluso un nombre nuevo para cada uno de sus hijos e hijas.

De ahí que no puedan acceder al Reino de Dios ni los enriquecidos como resultado de explotación de los débiles, ni los sabios a sus propios ojos, ni los profesionales de la religión organizada, maestros de la mentira e hipocresía. De lo contrario, el Reino de Dios sólo sería reestablecer el mismo sistema que genera el empobrecimiento y endeudamiento de los débiles; el sistema que arremete contra Jesús y trata de eliminarle; el mismo sistema que pretende raptarle y echarle fuera de su propia Iglesia.

Lucas 16:15: “Entonces (Jesús) les dijo (a sus discípulos, y a los fariseos que eran avaros y también le oían): Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.”

El Reino de Dios es para los simples, los que no viven bajo doblez, los sencillos, los despreciados, como las mujeres y los niños; los debilitados, explotados, empobrecidos y humillados:

Mateo 5:3, 10: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos...”

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (del Reino), porque de ellos es el reino de los cielos.”

Mateo 18:3: “Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.”

Mateo 19:13-14: “Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos, y orase; y los discípulos les reprendieron. Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo puesto sobre ellos las manos, se fue de allí...”

Mateo 20:16: “Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.”

Mateo 21:28-32: “Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameran van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan (el Bautista) en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameran le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.”

Pero los enriquecidos y apegados a sus posesiones no pueden acceder al Reino de Dios, por muy religiosos que sean o hayan sido, sino que han de alejarse tristes, como aquel que quería heredar la vida eterna, como seguramente había heredado las riquezas él creía poseer, pero que realmente le poseían:

Mateo 19:21-22: “Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.”

El estupor de los discípulos no pudo ser mayor, y entonces Jesús les explicó las cosas de la manera más comprensible, sin vanas filosofías *espiritualoides*:

Mateo 19:23-24: “Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja (griego ‘rafidos’, ‘aguja de remendar redes’), que entrar un rico en el reino de Dios.”

El asombro de los discípulos fue en aumento según escuchaban la explicación de Jesús:

Mateo 19:25: “Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?”

Y la respuesta de nuestro Señor deja perfectamente aclarada la cuestión:

Mateo 19:26: “Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.”

Para el hombre no regenerado es imposible que se desprenda de todo cuanto le posee para compartirlo con sus hermanos necesitados; primeramente porque no les puede ver como hermanos. El apego del hombre a sus riquezas es de tal magnitud que sólo mediante intervención divina puede producirse la liberación del corazón humano. Mientras su corazón esté centrado en sus bienes no podrá comprender que las cosas más importantes de la vida no son cosas, sino personas.

Dondequiera que vayamos en la redondez de la tierra siempre escucharemos a todos los pueblos afirmar que “*trabajando nadie se hace rico*”, algo que demuestra su valor universal por encima de todas las especulaciones de los economistas y demás tecnócratas vendidos al poder, y a lo que nosotros añadimos que si tal cosa llegara a suceder, y un hombre alcanzara la riqueza sobre la base de su propio trabajo con el sudor de su propia frente, habría sido porque hubo explotación de otros, no su solo trabajo propio, o bien porque practicó algún engaño pagando poco al obrero y haciéndole trabajar mucho.

De ahí se desprende una famosa frase, no de *Lenin*, como muchos pudieran pensar, sino de *Agustín de Hipona*, uno de los grandes padres de la Iglesia, quien dijo que “*El rico es ladrón o hijo de ladrones.*”

Recordamos a *Juan Sandoval Íñiguez* (1933), cardenal católico proclamado por *Juan Pablo II*, y arzobispo de la arquidiócesis de Guadalajara (México), desde 1994 hasta su

---

renuncia en 2011, aceptada por *Benedicto XVI*, quien de manera osada ha manifestado públicamente las siguientes declaraciones:

“No hay rico que sea rico sin haber robado...

Quien no espera bienes futuros, va ansioso y sediento con los bienes de la Tierra...

Los que se llenan los bolsillos de dinero con millones, millones y millones...

No hay rico, rico, rico que sea honrado, porque trabajando nadie se hace rico...

Y si así uno se hiciera rico, los burros serían los más ricos de todos.”

Este hermano, como algunos otros casos verdaderamente excepcionales, representa al remanente que siempre ha habido en la cristiandad, independientemente de los apellidos que los hombres nos pongamos o nos atribuyan; los que no hemos estado dispuestos a silenciar el rapto de Jesucristo, la negación de sus enseñanzas y su substitución por declaraciones expresadas en términos filosóficos que ni comprometen a la vida cristiana ni sirven absolutamente para nada más que para que vivan del “*cuanto*” quienes constituyen el gran contingente de vendidos a los poderes patrocinadores de la religión organizada.

Millones parecen haber olvidado, o bien se les ha ocultado mediante sofisticada manipulación, que la gran señal del Mesías prometido a Israel, y Deseado de todas las naciones, es la Buena Nueva anunciada a los pobres:

Mateo 11:5-6: “Respondiendo Jesús les dijo (a los dos enviados de los discípulos de Juan el Bautista): Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el Evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.”

Esas son las señales de la cercanía del Reino de Dios. Nada que ver con los signos de ampulosa riqueza, pompa y boato, y poder desmesurado en el gobierno de este mundo, que en el curso de la historia han sido los “*vinos y licores*” que han emborrachado a las instituciones religiosas autodenominadas “*cristianas*” en su guerra contra el mundo y entre sí por la pretensión de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, mostrando siempre la ausencia de las genuinas señales divinas que garantizan estar en el camino de Cristo Jesús, siendo substituidas por el opio adormecedor y por la filosofía disfrazada de teología.

La venida de la plenitud del Reino de Dios, con el Segundo Adviento de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, hoy libre en el Santuario Celestial pero raptado en la tierra dentro de las cárceles del cristianismo organizado, representará una inmensa revolución universal en la que todas las categorías humanas serán invertidas, y todos los poderes mundanos serán humillados.



---

Naturalmente, no será con espada ni con ejército, sino con el poder y la fuerza del Unigénito Hijo de Dios en su manifestación gloriosa. Esa es, ha sido y será la esperanza bienaventurada del remanente de discípulos de Jesucristo a través de los tiempos.

Mientras tanto, los proclamadores de este Evangelio, de esta Buena Noticia para los empobrecidos, seremos perseguidos. El mundo y sus instituciones, comprendida la religión organizada, aunque se llame "*cristiana*", procurará su silencio, persiguiendo o sofocando sus voces, y en casos extremos derramando sangre. Y no será absolutamente nada nuevo:

Juan 15:19: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece."

La iglesia-remanente será pronto antes que tarde un contingente muy reducido de discípulos de Jesús de Nazaret, unidos no por determinadas doctrinas históricas o corrientes teológicas, sino por el amor y la fe en el Cristo de Dios, llamados a vencer, no por la fuerza de los medios y recursos humanos, sino, antes bien, por su humildad y pobreza en el seguimiento del Crucificado y Resucitado.

Sofonías 3:12: "Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de YHVH."

*“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.”*

*Apocalipsis 22:20.*

## LA IGLESIA QUE JESÚS QUERÍA Y SIGUE QUERIENDO

Veamos tres textos bíblicos que hacen daño a todos los teólogos vendidos al poder auspiciador del cristianismo organizado:

Lucas 14:33: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.”

Hechos 2:44-47: “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas, y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

Hechos 4:32-35: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.”

No conozco pasajes bíblicos sobre los que más tinta se haya vertido para hacer lograr que donde dice “Diego” se haga creer que dice “digo”, como reza el refrán castellano. Las piruetas exegéticas de los comentaristas vendidos al poder son más que circenses.

Las iglesias, los teólogos y comentaristas vendidos al *establishment* han enseñado por siglos, y continúan haciéndolo, que el modelo de los primeros cristianos fracasó rotundamente por ser impracticable. Sin embargo, no hallaremos jamás texto alguno en el que se nos enseñe que aquellos primeros hermanos se equivocaron en su planteamiento de vida.

Si este argumento fuera válido tendríamos que suprimir los Diez Mandamientos por haber fracasado al no haber un solo humano que los haya cumplido todos. Sin embargo, no se nos ocurre aplicar semejante razonamiento a la interpretación de las Sagradas Escrituras.

Creemos que lo que denominamos para no emplear demasiadas palabras como “anarcocristianismo” o “comunismo cristiano”, es uno de los grandes misterios del Reinado de Dios. Aquí conviene que tengamos presente que el pensamiento de *Karl Marx* nada tiene que ver con el sistema dictatorial que ha imperado en la extinta “Unión Soviética”, que no ha sido en absoluto “comunismo”, sino “capitalismo de estado” o “de partido”. Sin embargo, todavía sigue produciendo pavor enseñar a

muchos cristianos que “*koinonía*” no es simple “*compañerismo*”, sino “*comunidad*”, “*comunión*”, “*tener en común*”, “*comunismo*”.

Mateo 13:10-11: “Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Jesús respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.” (Marcos 4:11; Lucas 8:10).

La cercanía del Reino de Dios se manifiesta en unas señales concretas: Los poseídos son liberados, los enfermos son curados, los pecadores son reconducidos al camino de la obediencia al Señor, y se multiplica el pan entre los hambrientos. El misterio del Reino de los Cielos se da a conocer entre los hombres por la persona de Jesús de Nazaret.

El Reino de los Cielos es el Reino de Dios. El Evangelista Mateo es quien emplea la expresión “*Reino de los Cielos*” para evitar el uso de la voz “*Dios*”, del mismo modo que se emplea “*el Nombre*” para evitar la cita del Nombre propio de Dios. Esta es la costumbre hebrea de *la santificación del Nombre de Dios*, tal y como también hace nuestro Señor Jesucristo en la oración que tradicionalmente conocemos como “*El Padrenuestro*”, cuando Jesús invoca a Dios como Padre de todos los hombres, de todos cuantos le invocan de veras, e inmediatamente dice “*Santificado sea tu Nombre*”. (Mateo 6:9).

En cuanto dónde va a realizarse el Reino, nuestro Señor Jesucristo no tiene duda alguna. Después de haber relatado la parábola del trigo y la cizaña, el Maestro les da una explicación clara respecto a su significado:

Mateo 13:36-43: “Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña en el campo. Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo (‘*suntéleia tou aionós*’, el ‘*cumplimiento del eón*’); y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo (‘*eón*’). Envió el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a todos los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.”

“*Suntéleia tou aionós*”, que traducimos por “*fin del siglo*” es literalmente “*culminación del eón*”, de manera que siendo el campo el mundo, no se nos dice que el Reino será trasladado a ninguna parte, sino que el Hijo del Hombre enviará a sus mensajeros para quitar del Reino todos los obstáculos, los escándalos y todos los hacedores de maldad, de injusticia, de iniquidad e impiedad; los causantes de todas las ignominias, guerras, matanzas, hambrunas y demás frutos de iniquidad. Será el momento en que los justos resplandecerán con el fulgor del firmamento.

Daniel 12:2-3: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los

entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”

El mismo resplandor de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo para despertar a los suyos, será el que destruirá a anticristo y los suyos:

2ª Tesalonicenses 2:8-10: “Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.”

La Biblia siempre habla del Reino de Dios o Reino de los Cielos, pero nunca traslada el Reino del Señor a ningún lugar que no sea la tierra. La petición que nuestro Señor Jesucristo nos enseña a hacer no es “*Ilévanos a tu Reino*”, sino “*venga tu Reino*”. El malentendido de “*Reino de los Cielos*” es el que los teólogos y los clérigos vendidos al poder imperante, los pagados por la superestructura, emplean para justificar la teología escapista que a tantos tiene cegados; la que induce a tantos mentecatos engañados para creer que el Reino no se puede realizar en esta tierra, sino en los cielos, en otro mundo, desde luego no en este, siempre *post mortem*.

De ese modo, todas las implicaciones reales del Evangelio del Reino de Dios y de la Gracia Divina quedan pospuestas para ultratumba. Así se pueden justificar todos los desmanes e injusticias del orden establecido con la bendición de las iglesias traidoras a Jesucristo.

Las iglesias vendidas al poder han ocultado la realidad incuestionable de que todos los seres humanos vivimos en una deuda permanente con la naturaleza, la fuente última que nos proporciona el aire, el agua, la comida y los materiales –todo lo demás es absolutamente virtual- así como con la sociedad que nos proporciona el lenguaje, el conocimiento y la tecnología. De esto se desprende que todo capital, sea tangible o intangible, material o intelectual, es una obra incuestionablemente colectiva, por lo que nadie, absolutamente nadie, por mucho que trabaje conseguirá liquidar semejante deuda.

Lo más que podemos hacer es devolver al menos una parte de esa deuda en forma de servicios a la comunidad mediante aportaciones que puedan servir a otros. Y esto podemos hacerlo de forma inconsciente o de manera consciente y premeditada, de manera que la mente colectiva formada por todos cuantos hombres y mujeres que han vivido, viven y vivirán sobre este planeta son los verdaderos propietarios de todo cuanto poseemos. Todos nosotros somos herederos de quienes nos precedieron, sólo que algunos han acaparado la casi totalidad de la herencia. Por eso es que desde esta cosmovisión, que creemos es la que nos presenta nuestro Señor Jesucristo antes de que la religión organizara tratara de secuestrar sus enseñanzas, debería hablar de “*derecho de uso*” en lugar de “*derecho de propiedad*”, ya este concepto carece de sentido.

El futuro de la humanidad pasará indefectiblemente por la adopción de nuevos puntos de vista sobre la propiedad privada, es decir, la propiedad que priva a otros de disfrutar de los bienes obtenidos por la comunidad. Creemos que un enfoque fluido, igualitario, garantizador y anticaparador, frente a la propiedad privada, es el futuro que Dios nuestro Señor tiene preparado para quienes estemos dispuestos a tratar de vivir en el “ya” y en el “ahora” los principios del Reino de Dios y su justicia.

De todas las Sagradas Escrituras, el libro de los Salmos, aparte de Apocalipsis, es quizás el más claro respecto a dónde se realizará el Reino de Dios, el Reino de los Cielos porque en los Cielos está guardado y de los Cielos viene. Veamos algunos ejemplos:

Salmo 74:12, 20-23: “Pero Dios es mi Rey desde tiempo antiguo; el que obra salvación en medio de la tierra... Mira al pacto, porque los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de habitaciones de violencia. No vuelva avergonzado el abatido; el afligido y el menesteroso alabarán tu nombre. Levántate, oh Dios, aboga tu causa; acuérdate de cómo el insensato te injuria cada día. No olvides las voces de tus enemigos; el alboroto de los que se levantan contra ti sube continuamente.”

Salmo 85:10-13: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos. YHVH dará también el bien, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia irá delante de Él, y sus pasos nos pondrá por camino.”

Salmo 146:1-10: “Aleluya. Alaba, oh alma mía, a YHVH. Alabaré a YHVH en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva. No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos. Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en YHVH su Dios, el cual hizo los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay; que guarda verdad para siempre, que hace justicia a los agraviados, que da pan a los hambrientos. YHVH liberta a los cautivos; YHVH abre los ojos de los ciegos; YHVH levanta a los caídos; YHVH ama a los justos. YHVH guarda a los extranjeros; al huérfano y a la viuda sostiene, y el camino de los impíos trastorna. Reinará YHVH para siempre; tu Dios, oh Sión, de generación en generación. Aleluya.”

Pero estos cantos de esperanza mesiánica también se hallan en la palabra de los profetas, como es el caso en Isaías:

Isaías 32:14-18: “Porque los palacios quedarán desiertos, la multitud de la ciudad cesará; las torres y fortalezas se volverán cuevas para siempre, donde descansen asnos monteses, y ganados hagan majada; hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.”

La ceguera producida por los teólogos y predicadores auspiciados por el sistema, que ni siquiera se percatan de lo que leen y repiten tantas veces en el Evangelio, llega a alcanzar un grado insospechado:

Mateo 6:10: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Lucas 11:2).

Jesús aboga por la venida del Reino de Dios, del Reino de los Cielos, a esta tierra:

Mateo 12:28: “Pero si yo (Jesús) por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios.” (Latente en ese momento, y patente en el Segundo Adviento de nuestro Señor). (Lucas 11:20).

Marcos 1:14-15: “Después que Juan (el Bautista) fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”

Apocalipsis 21:2, 10: “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido... Y me llevó en el Espíritu (Santo) a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalem, que descendía del cielo, de Dios.”

Efectivamente, el Reino de Dios se prepara en los Cielos, pero su destino final será la tierra, esta tierra tan poco amada por la inmensa mayoría de los cristianos contaminados de teología escapista. Veamos lo muy diferente que se desprende de la descripción de la adoración celestial:

Apocalipsis 5:1-10: “Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo. Y lloraba yo (Juan) mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

En el Evangelio según Mateo no se nos dice que recibiremos nuestra recompensa en los Cielos, sino que *“nuestra recompensa es grande en los cielos”*, donde está guardada temporalmente:

Hebreos 10:34: “Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos.”

1ª Pedro 1:3-5: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.”

Lucas 6:23: “Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos.”

Apocalipsis 22:12: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.”

En los cielos es donde también hemos de guardar nuestros tesoros, por cuanto no hay otro lugar más seguro en todo el universo:

Mateo 6:19-21: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”

Pero respecto al lugar donde recibiremos nuestra herencia, si vivimos en humildad y mansedumbre, Jesús nos dice claramente en el Evangelio que será en la tierra.

Mateo 5:5: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

Sencilla y llanamente, la herencia de Dios para sus hijos es la tierra, de la que fuimos tomados y constituidos almas vivientes, seres que respiran (hebreo: “*nefesh jayá*”), por el soplo de vida del Espíritu de Dios (hebreo: “*rúaj*”), es decir, por el soplo o hálito de la vida, la energía que posibilita que la materia inerte tome forma y vida.

2ª Pedro 3:13: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.”

El hecho de que la tradición haya engañado por siglos respecto al Reino de Dios solamente demuestra que, en esto como en tantos otros aspectos, Jesucristo ha sido traicionado por el cristianismo organizado, el cual ha fundado una religión acerca de Jesús de Nazaret que muy poco tiene que ver con las enseñanzas de nuestro Señor. Es a eso a lo que nos referimos cuando hablamos del rapto de Jesucristo.

Preguntémonos si podemos ubicar a nuestro Señor Jesucristo en la sociedad capitalista que las iglesias defienden, y dejemos que sean las Sagradas Escrituras las que respondan a nuestra cuestión:



Mateo 6:25, 31-34: “Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.”

Marcos 10:25: “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.”

Lucas 6:20, 24: “Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía Jesús: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios... Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo.”

Escuchando estas palabras de nuestro Señor Jesucristo, ¿podemos imaginarle sentado a la mesa de los grandes terratenientes, presidiendo concilios, coronando a emperadores y reyes, inaugurando sedes de instituciones bancarias dedicadas a la explotación y la usura, bendiciendo tropas y cañones, acompañando a los ejércitos en las campañas bélicas, jurando fidelidad a las banderas de los hombres que se adiestran para quitar la vida a otros hombres, mujeres y niños, todas ellas empapadas de sangre, acompañando a los reos a los patíbulos?

El testimonio neotestamentario no deja duda de que Jesús de Nazaret vivió en comunidad y que había una bolsa común para Jesús y sus discípulos:

Lucas 8:1-3: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.”

Juan 12:5-6: “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?”

Esto fue lo dicho por Judas respecto al perfume –una libra de perfume de nardo puro con que María ungió a Jesús.

“Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella.”

Por mucho que traten de encubrirlo con espiritualismo y ritualismo, Jesús pone como condición para entrar en el Reino de Dios algo que no tiene absolutamente nada que ver con los requerimientos que las iglesias institucionalizadas proponen o exigen a los hombres. No se trata de un examen de doctrina, como hoy tristemente se malentiende, sino de la praxis vivencial y la conducta para con los demás hombres, especialmente la consideración de los empobrecidos y marginados:

Marcos 10:21, 24: “Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta (para heredar la vida eterna): Anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz... Los discípulos se asombraron sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!”

Las Sagradas Escrituras no condenan la riqueza *per se*, la abundancia con la que Dios ha dotado a esta tierra suya y nuestra, capaz de proveer para varias veces la población mundial actual, por lo que la causa de la hambruna no es debida a la escasez de provisión de nuestro planeta, sino al abuso de poder y el latrocinio en la distribución de los alimentos.

La condena de la riqueza señala a la diferenciante o relativa, la que es fruto de enriquecimiento a costa del empobrecimiento de otros. Pero el cristianismo organizado como institución no se atreve a dar esta enseñanza porque sabe que todo el sentido de su interpretación de las Sagradas Escrituras se desploma y viene abajo estrepitosamente, y con semejante derrumbamiento se desmorona la llamada “*cultura occidental cristiana*”, que ha venido y continúa siendo la falsificación más grosera del mensaje y la praxis de Jesús de Nazaret.

En el mejor de los casos, el cristianismo organizado y aburguesado sólo ha promovido el samaritanismo y la contemplación de los empobrecidos como mera manera de mejorar los sentimientos de las almas con cierto grado de cariño, ternura y simpatía, con algún grado de solidaridad –sin pasarse– y siempre ocultando que se trata de una cuestión absolutamente estricta de moral y ética cristianas, sin explicar jamás a los empobrecidos cuáles son las causas verdaderas de su empobrecimiento y endeudamiento.

La teología burguesa se ha dedicado simplemente a especular acerca de cuestiones irrelevantes, sin incidencia alguna en las repercusiones de haber raptado o tratado de domesticar a Jesucristo para actuar levantado “*cortinas de humo*” y toda especie de productos opiáceos para el adormecimiento de las conciencias.

Por eso es que creemos que, si somos sinceros, hemos de optar por rendirnos a las enseñanzas de Jesucristo y ser fieles a sus mandamientos o bien seguir un cristianismo organizado que se convierte en el mayor impedimento para entender y obedecer a la llamada evangélica de Jesús de Nazaret.

Justamente antes de sentarme ante mi ordenador para seguir escribiendo estas líneas, he sintonizado un canal televisivo de los llamados “*cristianos*”, desde el que se emplea más tiempo en maratones para recaudar fondos que para predicar el Evangelio, y el orador de turno, uno de esos latinoamericanos o cubanos refugiados en los Estados Unidos, “*predicaba*” en un pésimo “*Spanglish*” acerca de la vida cristiana victoriosa afirmando que hemos sido llamados por Dios para ser vencedores, ganadores, prósperos, confesar siempre la victoria y el éxito en todos los órdenes de la vida.

Según ese farsante, la pobreza es resultado de la falta de fe, los fracasos no son sino causados por nuestra falta de confianza en Dios, y lo mismo podía decirse respecto a

toda enfermedad y dolencia, para acabar con lo cual la solución radicaba en enviar ofrendas a su “*ministerio*” para ser prosperados, para ser sanados, para ser bendecidos, y para que el “*pájaro*” en cuestión pudiera continuar “*predicando su Evangelio*”.

La solución, pues, a todos los problemas de la humanidad pasan, según este embaucador, por unirse a su ministerio. De ese modo se acabaría el hambre en el mundo, cesarían las guerras y todos los conflictos bélicos entre las naciones, desaparecerían todas las enfermedades, y el *superpastor* en cuestión se convertiría en el autor de la era mesiánica universal, para convertirse en el salvador del *mundo mundial*.

Supongo que en ese momento habrán desconectado el canal los parados de larga duración que estuvieran sintonizándolo, y que lo propio habrán hecho todos los hombres y mujeres del llamado “*tercer mundo*” que hubieran podido estar viendo semejante “*show*” –muy pocos, supongo- pero que tampoco faltarán almas cándidas que procederán a comprar los *CDs* y los *DVDs* del gurú cristiano de turno, suscribirse a su revista o adquirir sus paños y velas ungidas.

Lo auténticamente incomprensible es que en este mundo occidental, donde es tan fácil disponer de un ejemplar de la Biblia, pueda haber tantos ignorantes de las clarísimas palabras de nuestro bendito Salvador:

Mateo 8:20: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.”

Marcos 10:42-45: “Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Lucas 22:24-27: “Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.”

Lo que para los predicadores del *evangelicalismo* ultramoderno de los *superpastores*, *superobispos* y *superapóstoles* de estas versiones corruptas del *protestantismo* es el éxito, la victoria y la prosperidad, para nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo es la entrega a la causa del Evangelio del Reino y de la Gracia, el sacrificio por los necesitados y el servicio como único fundamento de auténtica autoridad espiritual.

Necesitamos urgentemente volver a las raíces de la fe de Jesucristo. Recordemos que “*radical*” es una voz que proviene del latín “*radix*”, es decir, “*raíz*”. Esa es nuestra

mayor necesidad en estos tiempos que corren, y en los que estamos sumidos. Por eso es que creemos que precisamos de una auténtica radicalidad, es decir, de una constante reorientación hacia las raíces del discipulado de nuestro único Maestro, y para ello, o al menos para comenzar por ver nuestra necesidad, hemos de visitar el Sermón del Monte y las Bienaventuranzas.

Es también preciso volver a las fuentes denominacionales, por cuanto creemos que todas ellas conservan el mover del Espíritu Santo en sus orígenes. De manera que es más que conveniente volver a las fuentes del Metodismo en la persona y la obra de Juan Wesley, desechado por la Iglesia de Inglaterra presidida por la corona, como lo fuera John Darby, figura prominente en el desarrollo del movimiento de los Hermanos; en el movimiento Anabautista para los actuales Bautistas entroncados incomprensiblemente en el protestantismo burgués heredero de la Reforma Luterana, sus máximos perseguidores; en la vida y obra de Francisco de Asís para los Católicos Romanos, su máximo reformador desde la radicalidad y el pacifismo; y así un largo etcétera de fondos históricos en los que podemos ver fácilmente por qué el Santo Espíritu de Dios movió en el curso de los siglos a hombres y mujeres hacia la vuelta a los orígenes de la cristiandad. No queda exento de esta necesidad el movimiento Pentecostal del giro del siglo XIX al XX, hoy tristemente muy distante de aquella primera ola del Espíritu Santo de los tiempos modernos.

Naturalmente, todos los mencionados y muchos más fueron sofocados o procuraron hacerlo los poderes fácticos incapaces de aceptar sus ideas teológicas y su manera de vivir por resultarles subversivas y extremas frente a los intereses inconfesables del maridaje iglesia-estado. No así la violencia del estado secular y su secuaces, perfectamente aceptada por las iglesias establecidas, cuando no apoyada y bendecida.

La Iglesia que Jesús de Nazaret quería y quiere no es un viento de doctrina o de moda, sino que tiene sus raíces en las Sagradas Escrituras y los primeros años de la cristiandad. Es cierto que entre los radicales ha habido quienes optaron, creemos que erróneamente, por una estrategia violenta, mientras que otros, con quienes nos identificamos, lo hicieron de manera pacífica. Pero no podemos comprender la historia de la Iglesia sin reconocer la indiscutible realidad de dos corrientes entrelazadas, como son el fanatismo destructor y el activismo constructor, así como la reacción aniquiladora de todo brote de radicalidad por parte de los poderes establecidos, tanto lo seculares como los eclesiásticos, por mantener y defender los mismos intereses de su vergonzoso maridaje.

La Iglesia que Jesús quería y siempre querrá, hasta su Segunda Venida en poder y gran gloria, lleva su Cruz, pero ni bendice espadas, ni tronos, ni cruces en los pechos de los derramadores de sangre y sus secuaces.

*“Es imposible que un hombre ocupe en contra de su voluntad una posición contraria a su conciencia.”*

*León Tolstói.*

## CONCLUSIÓN

No nos sentimos cómodos en el cristianismo organizado, establecido, vinculado a los poderes terrenales, vendido al estado secular o a cualquier pastor de turno.

Tampoco nos han gustado, y siguen sin gustarnos, las versiones del cristianismo importado e impuesto como única posibilidad.

Eso lo saben muy bien quienes nos conocen, tratan con nosotros, comparten trechos del camino de la vida, y, sobre todo, aquellos con quienes compartimos la fe de Jesucristo.

Nos gustaría pensar de otra manera, por la sencilla razón de que nos resultaría más cómodo, más convencional, más políticamente correcto, e incluso nos ahorraríamos tener que dar explicaciones; pero cuando se llega a cierta edad avanzada uno está harto del mundo de los *bisagras*, los *esbirros*, los *chupópteros*, los *lame-todo*, los *todo-vale-a-cualquier-precio*, los *maquilladores profesionales* –y naturalmente no me refiero a quienes desempeñan la respetable profesión cosmética – además de los repartidores de tarjetas de visita con títulos rimbombantes y un *curriculum vitae* impresionante, con toda la cohorte de los aprovechados dispuestos a no pensar con tal de que nadie les cuestione ni les moleste.

Creemos que hemos de buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia. Hemos comprobado que el Reino de Dios no interesa en la Iglesia convencional, el cristianismo organizado, sino que lo que se busca son los reinos propios y el sostén, mutuo y recíproco, de los reinos de este mundo.

Nos sentimos decepcionados y asqueados del *religionismo* en el que nos ha tocado desarrollarnos.

Pero en el camino hemos conocido a muchos hombres y mujeres enamorados de Jesucristo, como nos ha acontecido a nosotros mismos.

Eso es lo mejor que nos ha ocurrido.

Seguimos buscando el Reino de Dios y tratando de vivir su justicia.

Sabemos, por nuestro Señor, que no vendrá con advertencia.

Pero conociendo al Verdadero, a Jesucristo, no tememos ser confundidos por otros.

Creemos que esta espera es la que da sentido a nuestra vida y a la vida de nuestros hermanos.

¡Ven, Señor Jesús, y avergüenza a quienes han pretendido raptarte!

Amén.

J.Y.